

756

DAD AUT

CIÓN GEN



SANCHEZ

SERMONES
VARIOS



6

BX175

S2

V. 6

c. 1

135784

252

José Angel Benavides.



1080046340



6#2-6#43

SERMONES

VARIOS

PANEGÍRICOS Y MORALES.

SU AUTOR

*El P. Fr. Sebastian Sanchez Sobrino,
Lector dos veces jubilado, Padre Ho-
norario de Provincia, Calificador del
Santo Oficio &c. Morador en el Conven-
to de S. Antonio Abad de Granada, de
la Tercera Orden de Penitencia de
N. S. P. S. Francisco.*

TOMO VII.



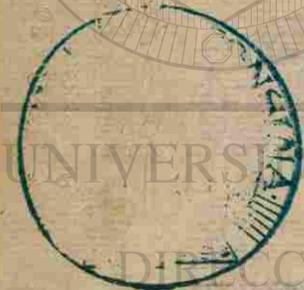
Con las licencias necesarias.
Madrid: Por la Viuda de Barco Lopez.
Año de 1807.

38101

BX1756

S2

V6



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135784

230 I 242 2

SERMON
DE LA INSTITUCION
DEL SS. SACRAMENTO,

PREDICADO

EN EL CONVENTO DE S. ANTONIO ABAD
de Granada. Año 1769.

Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos. Joann. 13.

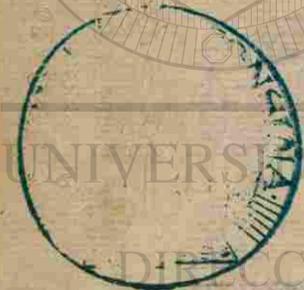
SEÑORES:

Será necesario cerrar los ojos de propósito á la luz de la fe, para dudar del inefable amor de Jesu Christo á los hombres, y que fuesen estos mas desconocidos que los irracionales mismos, para dexar de corresponder con gratitud á sus inmen-

BX1756

S2

V6



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135784

230 I 242 2

SERMON
DE LA INSTITUCION
DEL SS. SACRAMENTO,

PREDICADO

EN EL CONVENTO DE S. ANTONIO ABAD
de Granada. Año 1769.

Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos. Joann. 13.

SEÑORES:

Será necesario cerrar los ojos de propósito á la luz de la fe, para dudar del inefable amor de Jesu Christo á los hombres, y que fuesen estos mas desconocidos que los irracionales mismos, para dexar de corresponder con gratitud á sus inmen-

2 SERMONES

208
sos beneficios. Abrid esos libros santos, fiel depósito de las bondades del Eterno, y le veréis criando por sola su Palabra el cielo, la tierra y todas las cosas, para introducir en el mundo á el hombre su principal convidado Crió la luz, dividió las aguas, pobló los campos de frondosos árboles con variedad de frutas, de yerbas y de flores de admirable fragancia, y de infinito número de animales y reptiles; llenó el aire de multitud de aves de diferentes colores y de vistosas plumas; el mar de incalculable variedad de peces de diversas figuras y tamaños; todo para sustento, regalo, diversion y comodidad del hombre, á quien se dignó formar á su imagen y semejanza. Dióle la original justicia, y el derecho de hijo adoptivo de su Reyño; y á pesar de su rebelion é inobediencia, le ha conservado, conserva y sustenta sobre la tierra con abundancia, perpetuidad y delicadeza.

VARIOS. 3

209
Mas todos estos son beneficios generales de su amor. Acerquémonos á exáminar otros mas singulares, mas decisivos, y que no pueden dexar de excitar nuestra gratitud y fiel correspondencia. Un Dios que se humana; que por espacio de treinta y tres años habita entre nosotros; que nos instruye, cura nuestros enfermos, y resucita los muertos; que borra con su preciosa Sangre el decreto de condenacion en que habiamos incurrido por la culpa; que nos abre las puertas del cielo, restituyéndonos por su muerte en el derecho de hijos, que teniamos perdido; ¿no son todas estas pruebas irrefragables del amor, bondad y misericordia del Señor para con los hombres?

210
Pero que Jesu Christo, por no apartarse de los que ama, se humille, se anonade, se circunscriba, para servirnos de alimento, baxo el velo de las especies eucarísticas, y estar así con nosotros hasta la consumacion de

4 SERMONES

los siglos, ¿no es ésta la prueba mas decisiva, el testimonio mas auténtico de su amor, y el mas poderoso estímulo para nuestra gratitud? Con arreglo á estos principios, os haré ver que Jesu Christo en la Institucion de este adorable Sacramento, nos dió; primero, la mayor prueba de su amor; segundo, una regla infalible del que nosotros le debemos tener: dos breves reflexiones que dividen justamente la materia. Ella no puede ser mas interesante ni mas á propósito para excitar nuestra gratitud. Pide pues toda vuestra atencion.

Dios de inmensa bondad, á quien rendidamente adoramos oculto baxo el velo de este inefable Sacramento de vuestro amor á el hombre, enviad un ángel de los que rodean vuestro sòlio, para que purifique mis labios como los de vuestro Profeta, para poder anunciar dignamente vuestras obras y misericordias á este pueblo fiel y ansioso de vuestra palabra. Asi

VARIOS. 5

lo espero por la eficaz proteccion de vuestra augusta Madre y nuestra María Santísima. Saludémosla todos con el ángel. *AVE MARIA.*

Cum dilexisset suos &c.

Para estar plenamente persuadidos á que la divina Eucaristia es el testimonio mas auténtico del amor de Jesu Christo á los hombres, basta la induccion de los hechos de esta adorable Institucion: basta, digo, reflexar por un momento, ¿qué es lo que nos dió en este Sacramento, á qué tiempo, y para qué fin? Seguidme atentos.

Sabiendo Jesus, dice el Evangelista, que se acercaba la hora de salir de este mundo para volver á su Padre Celestial, que le habia enviado, y puesto todas las cosas en sus manos, habiendo amado á los suyos, que

estaban en el mundo, quiso amarlos hasta el fin, y despues de haber anunciado á sus discípulos, que uno de ellos, que estaba á su mesa, le entregaria en manos de sus enemigos, tomó el pan, lo bendixo, y se lo repartió, diciéndoles: *Tomad, este es mi Cuerpo.* En seguida toma el cáliz, y haciéndoles beber á todos, les dice: *Esta es mi Sangre del nuevo Testamento, bebed todos de ella.*

He aquí, señores, un hecho incontestable, y que basta por sí solo á demostrar el incomparable amor de Jesu Christo á los hombres. En efecto, por medio de este misterio aquel augusto Personage, á quien vieron los Profetas pesar los montes, y poner en equilibrio con tres dedos toda la masa de la tierra, extender como un hermoso pabellon los cielos, y contener en su abismo las aguas; el Dios prometido y deseado desde el principio del mundo, representado

en Abel, víctima de la envidia de su hermano; en Enoc, elevado sobre los cielos, para volver á la tierra al fin de los siglos; en Noé, formando el arca de su Iglesia, fuera de la cual todos perecerán en el diluvio del pecado; en Abraham, xefe de los verdaderos creyentes; en Isaac, llevando sobre sus hombros la leña para el sacrificio; en Melchisedech, Sacerdote de Dios Altísimo, ofreciendo á su Padre Celestial el adorable sacrificio de su Cuerpo y Sangre bajo los símbolos de pan y vino; el Soberano, digo, de la naturaleza, cuyo trono es mas brillante que el astro de la mañana, y desde el cual, segun la expresion de un Profeta, debe pisar algun dia la dura cerviz de sus enemigos; Jesu Christo, á quien vió David alzado Monarca sobre la montaña santa de Sion, dominando de uno á otro mar; desde el oriente al occidente, desde el aquilon al mediodia, y recibiendo legiti-

mos homenajes de todas las naciones y de todos los pueblos; Jesu Christo, Dios y Hombre, cuya voz formidable destronca poderosamente los cedros del Líbano, conmueve los desiertos de Cadés, y destruye á los fuertes de Moab; Jesu Christo, este Dios triunfador del Faraon de los Egypcios, del Baal de los Samaritanos, de la Astarte de los Sydonios, del Moloch de los Amonitas, del Dagon de los Filisteos, de la Diana de los Efesios, del Júpiter de los Griegos y de los Romanos; Jesu Christo, para decirlo de una vez, único Hijo de Dios, no por adopcion, sino por naturaleza; no por la dignidad de su ministerio, sino por la de su divina Persona; no por una simple igualdad de afecto, sino por una verdadera igualdad de Esencia; Dios verdadero de verdadero Dios, luz de la luz, la segunda Persona de la Trinidad Beatísima, consubstancial al Padre segun la naturaleza divina, in-

ferior á los ángeles segun la humanidad, nacido segun ésta en tiempo, de una Madre Virgen; engendrado segun aquella por su Eterno Padre en el esplendor de los santos antes del astro de la mañana; Jesu Christo se nos da á sí mismo en aquel augusto Sacramento; nos da, digo, su Cuerpo, su Alma, su Divinidad, sus atributos, sus inefables perfecciones. ¡Qué liberalidad! ¡qué bondad! ¡qué caridad! ¡qué amor tan excesivo!

No parece sino que su Alma estaba conglutinada con la nuestra, como de la de Jonatás y de David nos dice la escritura. ¿Mas qué digo? ¿Qué amor de amigo el mas íntimo se puede comparar con el de Jesu Christo en la Institucion del Sacramento de nuestros altares? El que nos sea mas fiel mirará cuando mas nuestros intereses como suyos; tomará parte en nuestros buenos ó malos sucesos; su crédito, sus bienes, todo estará á nuestra disposicion. ¿Mas

10 SERMONES

querrá sacrificarse por nosotros, y dárseos sin reserva alguna? ¡Ah señores! solo un Hombre Dios podia amar así á sus amigos, queriendo ser perpetua víctima de su amor por ellos.

La obra de la Redencion, á que Jesu Christo era enviado por su Padre, debia consumarse por la muerte ignominiosa que en Jerusalem se le preparaba. ¡Ó mi dulce Jesus! ¿no bastaba este cruento sacrificio para desahogo de vuestro amor al hombre? ¿No bastaba para consuelo nuestro vuestra infalible promesa de enviarnos al Espiritu Santo, para que nos enseñase todas las verdades, y nos consolase sobre la tierra? ¿No bastaba la seguridad que nos habiais dado de ir á prepararnos lugar en la patria celestial, y á interceder por nosotros con el Padre, que siempre os oye, por la reverencia que os es debida? ¿Quién lo duda? Mas Jesu Christo, este Divino Verbo, que

VARIOS. II

sufrió tantos insultos de parte de los hombres, por un exceso de misericordia quiere vivir Sacramentado entre ellos, renovando diariamente de un modo incruento el sacrificio de su amor al hombre hasta la consumacion de los siglos.

¿Y en qué circunstancias, os ruego, se nos da tan sin reserva? En la misma noche en que iba á ser entregado, como dice el Apóstol. Cuando veía mas solícitos á sus implacables enemigos, preparado ya á venderle el pérfido discípulo, la Synagoga en movimiento para poner en execucion sus malvados designios; quando nuestro amabilísimo Salvador empezaba ya á sentir en su Alma aquella terrible agonía, que debia aumentarse en el huerto de las Olivas hasta el extremo de hacerle sudar gotas de Sangre la consideracion del próximo é ignominioso suplicio; entonces, entonces, como si se olvidára de si mismo, parece piensa

12 SERMONES

solo en lo que va á dexar en el mundo; piensa, digo, en los hombres, y á pesar de las ingraticudes que ha experimentado en el comercio con ellos, y las que sabe ha de experimentar en la sucesion de los siglos, les hace el don mas precioso que todo un Dios pudo hacerles; es decir, se les comunica él mismo Sacramentado baxo los simbolos de pan y vino.

Poco antes habia dicho á sus discipulos aquellas notables palabras que encierran este misterio y otros muchos: *To me voy, y vengo á vosotros.* Asi es, dice un célebre Orador, como Jesu Christo los aflige y los consuela; los aflige, intimándoles su ausencia; los consuela, prometiéndoles vivir entre ellos. La triste noche es llegada, carísimos hermanos, en que herido el pastor, se dispersará el rebaño: las potestades del infierno y de la tierra se han desatado contra mí; me precisa ceder á su violencia,

VARIOS. 13

y experimentar su crueldad; mas á pesar de todo, vosotros me poseereis, porque el mismo amor que me hace ir al suplicio, me retiene entre vosotros. Asi, aunque me ofrezco á morir para servir de víctima á los pecadores, me reservo el derecho de vivir sobre mis altares. Yo os dexo, porque vuelvo al que me envió al mundo; y es justo, que despues de tantos trabajos, sea coronado á su diestra con la gloria de Reparador y Salvador del hombre; mas sin dexar de estar á la diestra de mi Padre, me quedaré con vosotros, porque corresponde á mi bondad, que habiendo estado conmigo en todas mis tribulaciones, permanezca yo con vosotros en todos vuestros peligros. Yo me ausento, porque es necesario abrir las puertas del cielo, cerradas hasta aqui por la culpa á todos los hijos de Adan; pero me quedo para siempre con vosotros, para conducirlos como por la mano á las eter-

nas recompensas que os tengo preparadas.

¿Qué justo, ó qué Profeta llevó jamas tan lejos el amor, la caridad y la dulzura? David estando para morir mandó á su hijo Salomon castigase con muerte violenta los atentados de Joab, y los ultrages cometidos por Semei. Jeremías, al ver que los Judios pedian con instancia su muerte, los cubrió de maldiciones (*). Zacarías, oprimido mortalmente bajo un promontorio de piedras, exclama, que Dios sea el testigo y el vengador de su agravio. Los mártires jóvenes que refiere el sagrado libro de los Macabeos no cesaban de amenazar al tirano; mas Jesu Christo, lejos de pedir venganza contra sus enemigos, en las circunstancias mismas de ir á ser entregado en sus manos para ser víctima de su furor sacrílego, ofrece generosamente

(*) Se advierte que todo esto es profético.

te al hombre su adorable Cuerpo y Sangre, con todo lo que es en sí, como un gage el mas decisivo de su encendido amor. Convenia; ó mi Dios! fueseis vos mas dulce, mas caritativo, mas misericordioso, mas tierno amante que todos los justos entre sí.

Mas; á qué fin, amabilísimo Jesu mio, os quedais Sacramentado entre nosotros? ¿Acaso únicamente para honrarnos hasta la consumacion de los siglos con vuestra adorable presencia, recibiendo de todo el mundo los debidos homenajes? Aun esta sería una muestra de amor imponderable. Pero se extiende á mas su amorosa beneficencia. Se queda entre nosotros para servirnos de alimento en este valle de lágrimas. ¿Qué fuego! ¿qué actividad de amor! ¿qué magnificencia de un Dios con sus criaturas! ¿qué union tan estrecha entre nosotros y Jesu Christo por medio de este adorable Sacramento! Si este Señor de bondad hubiera dado permiso al hom-

16 SERMONES

bre para que le pidiera todo cuanto quisiese, ¿habría éste osado llevar tan lejos sus súplicas y sus esperanzas?

¿Pero qué digo? Ni aun Dios en sus infinitos é inestimables tesoros podía hallar cosa mejor que darnos. Por manera, que siendo tan rico, no tuvo que darnos mas; siendo la Sabiduría por esencia, no supo darnos mas, ni pudo darnos mas, aun siendo Omnipotente, como un Padre se explica. Pero ¿qué mas que darnos á sí mismo, para ser nuestro Pan y nuestra vida? Jesu Christo es nuestro alimento, y por este medio venimos á ser en cierto modo una misma cosa con Jesu Christo; nos incorporamos con nuestro Salvador, y participamos de todo lo que es en sí.

No hay nación tan grande, tan privilegiada, ni á quien tanto se haya acercado Dios, como la nuestra, decia en otro tiempo Moysés, considerando los grandes beneficios que les

VARIOS. 17

habia concedido, con preferencia á los demás pueblos de la tierra. Pero ¿con cuánta mas razon podré yo hoy repetir este oráculo, atribuyéndolo á el pueblo christiano? Por mas privilegiado que fuese el de los Judios, como elegido por Dios para pueblo suyo favorito, sabemos por testimonio irrefragable de la santa escritura, que cuando el Señor llamó á Moysés para entregarle las Tablas de la Ley sobre el monte Sinai entre relámpagos y truenos, le ordenó intimase á el pueblo, no pasasen de la falda de la montaña, porque perecerian muchos por la curiosidad de acercarse á verle. Mas con el pueblo christiano es su comunicacion mucho mas íntima, y sin reserva alguna. En su nacimiento se hizo el Salvador nuestro hermano, en su vida nuestro Maestro y nuestro Médico; en su muerte nuestra santificacion y redencion; en su gloriosa Ascension nuestro abogado; en la Venida del Espíritu Santo nuestra for-

taleza; en su gloria nuestra recompensa. ¿Y en la divina Eucaristía? nuestra vianda y alimento: vínculo tan estrecho, que con él muda Jesu Christo en sí mismo al que le recibe en gracia, como S. Agustín se explica: comida sacratísima, según la expresión de S. Gerónimo, por medio de la cual se deifica en cierto modo el que comulga con pureza.

¡Ó mi Dios! ¿quién es el hombre, ó qué has visto en él, que tanto le engrandesces á costa de abatimientos? Solo vuestro amor al hombre os pudo reducir á semejante humillacion. En vuestra Encarnacion ocultasteis la Divinidad baxo la forma de un esclavo; mas en la Eucaristía ocultais la Divinidad y la Humanidad baxo las especies humildes de pan y vino. Vuestro nacimiento fué en un humilde establo; mas un ángel os anunció á los pastores, y una estrella milagrosa conduxo desde el oriente á los Magos, para que os adorasen en la

cueva. En vuestra vida mortal hicisteis manifestacion de vuestra omnipotencia, curando enfermos, y resucitando muertos. En vuestra muerte concurrió á manifestar vuestra omnipotencia toda la naturaleza. Mas en este augusto Sacramento no se descubre vestigio de vuestra Divinidad ni de vuestra Humanidad. Estais vivo, pero sin movimiento, como un muerto. Aqui verdaderamente sois el Dios humillado y escondido, que anunció á los mortales un Profeta, reducido á semejante abatimiento por un efecto de vuestra inmensa caridad. Aqui nos dais el testimonio mas ilustre, la prueba mas auténtica de vuestro encendido amor á los hombres. Aqui en fin nos dais la regla infalible del que en recompensa exígis de nosotros: según una reflexion de este discurso, que passo á manifestaros con la posible brevedad.

II. Para mostraros el amor con que debemos corresponder al de Jesu

Christo en la institucion de este adorable Sacramento de nuestros altares, no necesito recurrir á los motivos generales que nos representan el Salvador como el mas hermoso y mas amable entre todos los hijos de los hombres, Dios de todo lo criado, y únicamente digno de ser amado sobre todas las cosas; pues aunque por solo estos motivos comunes podria con S. Pablo cubrir de anatemas al que no ama á nuestro Señor Jesu Christo, reputándole como Judío en el seno del christianismo; por un esclavo indigno de la herencia de los hijos de Dios, como un ingrato rebelde á su Criador, por un enemigo de Jesu Christo, que quanto está de su parte trabaja en hacer inútiles su encarnacion, su muerte y sus misterios; en fin, como un falso christiano que deshonra este augusto título, y que desmiente su fe, violando la ley fundamental de la nueva alianza; sin embargo, prescindiendo por ahora de to-

dos estos motivos generales, que de justicia exigen nuestro amor á Jesu Christo, me limito á ponerlos á la vista los caracteres del suyo en la institucion de este inefable Sacramento, para que sirvan de norma y regla infalible al vuestro. Seguidme atentos.

El amor de Jesu Christo al hombre en la institucion eucarística es tan liberal, que se nos comunica sin reserva; tan ardiente, que no acierta á vivir sin sus amados; tan constante, que no admite mutacion. Hé aquí los caracteres que debe tener el nuestro, si hemos de complacer á Jesu Christo, y participar dignamente de sus misterios, para alcanzar sus eternas recompensas. En efecto, señores, si nuestro Salvador nos comunica en esta sagrada Mesa todo lo que es en sí, los tesoros, digo de su Divinidad, de su sacratísima Humanidad, y de sus infinitas perfecciones, para ser nuestra vianda, nuestra vida, nuestra santificacion en este valle de lá-

grimas, á fin de disponernos para su eterna felicidad, ¿no deberémos nosotros franquearle liberalmente nuestro corazon, amándole con todas nuestras potencias y todas nuestras fuerzas, no solo para cumplir con el primer precepto del Decálogo, sino tambien para ser templos vivos del Espíritu Santo, donde Jesu Christo quiere ser honrado, y busca sus delicias? Despues que este adorable Salvador nos redimió con su Sangre de la esclavitud del pecado, de cuya primera gracia es como una especie de extension la Eucaristía, ó como una redencion continuada, ¿no somos ya nosotros de Christo, segun la expresion de S. Pablo? ¿Cómo podrémos negarle nuestro corazon, que es lo que únicamente nos pide como á hijos? ¡Ah! insensatos hijos de los hombres, ¿hasta cuándo claudicareis ácia dos partes? para reconveniros con palabras del Profeta Elías. Vosotros, yo lo confieso, reconocéis la

grandeza del beneficio, y la obligacion que teneis de amar á Jesu Christo; mas pretendéis al mismo tiempo conciliar su amor con el del mundo, como si la luz pudiera jamas tener comunicacion con las tinieblas, ó Christo con Belial, contra el oráculo de la escritura. Es Dios muy zeloso de su honra, y no puede aceptar un corazon dividido. Lo exige pues todo sin reserva, y con la misma liberalidad, proporcionalmente hablando, que nos entrega el suyo en la adorable Eucaristía.

Mas ¡ah señores! ¿qué muestras son las que damos de este entrañable amor á Jesu Christo? Yo os veo correr como frenéticos á los espectáculos, y que los lugares de estas diversiones profanas son mas frecuentados en los dias festivos, que los templos del Dios vivo; veo que cuando debiais manifestar la mas profunda veneracion en su presencia, no parece sino que os reunís al rededor de su trono,

para insultarle mas de cerca; veo que las cosas mismas que nos debian elevar á ofrecerle el incienso puro de nuestro corazon, es decir, las voces que entonan sus alabanzas, la magnificencia de los altares, y los mas tremendos misterios sirven freqüentemente de materia de pecado y de escándalo. Veo una prodigiosa multitud de personas de uno y otro sexó, de todas condiciones y estados, haciendo ostentacion en este día de su luxo y de su vanidad, presentarse con mas desenvoltura en el templo, que si entraran en el teatro mas profano. Veo en fin, como se explica el Chrysóstomo, una caterva de animales inmundos, que rodean la Mesa del Señor, haciendo un detestable comercio de abominacion, y llevando la desolacion hasta dentro del mismo Santuario.

¿Son estas, ¡ó mi Dios! las delicias que teneis entre los hijos de los hombres? ¿Correspondéis así ¡ó mortales! al amor de Jesu Christo en este

augusto Sacramento, en que se os comunica todo entero, sin tasa, sin medida y sin reserva? Reconoced, os ruego, este inmenso beneficio, amándole con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma y fuerzas, y con aquel fervor que os amó Jesu Christo hasta el fin, como S. Juan se explica.

La Eucaristía, señores, no es otra cosa en su produccion, como reflexiona un sabio, que un Dios hombre, que se sacrifica por nosotros, por el ardiente amor que nos tiene. Si le amásemos pues como debemos, ¿habria en el mundo un lugar de mas consuelo, ni de mayor atractivo para nosotros, que los pies de los altares en que reside Jesu Christo? El discípulo favorito que lo amaba, la Magdalena que lo amaba, María su verdadera Madre que lo amaba, ¿no despreciaban el furor de los Judios, y permanecieron constantes al pie de la Cruz en medio de un pueblo que no podia mirar sin indignacion, que se com-

padeciesen de este Varon de dolores?

Nosotros, oigo decir á algunos, no nos hallamos en iguales circunstancias; antes por el contrario, nos hemos congregado á manifestarnos sensibles á los oprobrios de nuestro Salvador. ¡Ah! corazones tibios, ¡cuánto debéis temer que el Señor os arroje de sus labios con ignominia, por vuestra falta de fervor, conforme al oráculo de S. Juan! La divina Eucaristía en su duracion no es otra cosa que un Dios que habita y se incorpora con nosotros hasta la consumacion de los siglos. Si le amásemos como debemos, ¿podríamos vivir sin nuestro Amado? ¿Miráramos con tanta indiferencia estar separados de su gracia y amistad, por pasatiempos frívolos, por vagatelas del mundo, y por una firme adhesion á las cosas terrenas? Si nuestro amor fuese ardiente, ¿no deseáramos como S. Pablo ser desatados de los vínculos de esta mortalidad, para estar con Jesu Christo,

y gozarle eternamente? ¿No clamáramos muchas veces con la Esposa de los Cánticos, habeis visto á el Amado de mi alma? Y despues de haberle hallado por medio del Sacramento de la reconciliacion, y de haberle recibido en vuestro pecho por el de la Eucaristía, ¿no diriais con la misma Esposa, ya lo hemos hallado, ya lo poseemos, y jamas lo dexaremos ausentarse de nosotros? ¿No repetiriais con el Apóstol: ciertos estamos, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni la instancia, ni la fuerza, ni criatura alguna será capaz de separarnos de la caridad de Dios, que está en Jesu Christo Señor nuestro?

¿Entendeis por ventura este lenguaje? ¡Ah! si hablo á corazones tibios, nada perciben de estas importantes verdades. Dadme un corazon amante, como S. Agustin se explica, y entenderá lo que digo. Dadme uno que

en este valle de lágrimas suspire por la fuente de la vida eterna, y entenderá mis palabras. Conocerá, digo, que el Sacramento eucarístico es un Dios hombre, enamorado de nuestras almas, sacrificado por nuestro amor, el pan de los ángeles hecho nuestro alimento, como una prenda segura de nuestra santificación y eterna felicidad.

¿Y qué se sigue de aquí? podrá decirme alguno. Que le debemos amar sobre todas las cosas con un amor sin reserva, ardiente y constante por toda nuestra vida, porque solo el que perseverase hasta el fin será salvo, según el oráculo de la escritura. En efecto, el amor de Jesu Christo Sacramentado, amor sin límites, el mas eficaz y permanente, y nunca mas luminoso que en las circunstancias mismas en que iba á experimentar la mayor ingratitud de los hombres, ¿no exige de justicia un amor generoso y constante de parte nuestra, aun en

medio de las mayores tribulaciones y peligros? Yo me acordaré siempre, decía un Profeta, de las obras del Señor; del poder con que sacó á los hijos de Jacob y de Josef de la esclavitud de Egipto; del respeto que infundió á las aguas del mar Roxo, para que dexasen pasar á pie enxuto á los Israelitas, envolviendo á los Egypcios entre furiosas olas; de la veneracion que tuvieron las aguas del Jordan al arca de su divino Testamento; de la sabiduría con que desconcertó las medidas de los Jebuseos, Amorreos y Cananeos. Siempre tendré presentes, añade, las maravillas obradas por Dios desde el principio, para bendecirle y alabarle.

¿Cómo podremos pues nosotros olvidar por un momento el mayor de todos sus milagros; es decir, la institucion eucarística, en que este Señor misericordioso hizo el memorial perpetuo de todas sus maravillas, como la Iglesia canta? ¿Qué tienen en

efecto que ver los prodigios obrados por ministerio de Moysés y Josue, en comparacion del que Jesu Christo obra en este augusto Sacramento? Allá vimos sumisos los elementos, dice un sabio, domados los tiranos, confundidos y humillados los hombres, aquí vemos trastornadas todas las leyes de la naturaleza, encadenadas todas las potestades de tinieblas, renovado todo el hombre, unido á Jesu Christo, y hecho participante, por medio de esta vianda, de todos los tesoros del cielo.

¿Qué ofreceremos pues al Señor en retribucion de tan inefable beneficio? Hijos, dadme vuestro corazon, nos dice este Dios de bondad. Amadle pues, os diré con S. Agustin, amadle, yo no puedo daros otra regla, esto es lo único que os pide: amadle, y sereis ilustrados sobre vuestros deberes, y fortalecidos para cumplir con ellos. Lejos de esta sagrada Mesa los que como Judas venden á

su Maestro, haciéndole traicion por el vil precio de una pasion favorita; lejos los que como Pilatos, faltan á la equidad y á la justicia, por el vano respeto de desagradar á los grandes; lejos los que como Herodes tratan á este divino Salvador á lo burlesco, despreciando con sus obras el Evangelio, el culto, la religion y la piedad; lejos en fin todos los que como ministros de Satanás renuevan diariamente la crucifixion de Jesu Christo por medio de sus indignas comuniones. Acercaos vosotros los humildes, los mansos de corazon, los puros de conciencia, los que no teneis teñidas las manos con la sangre de vuestros hermanos: comed y bebed del Cuerpo y Sangre de este Dios hombre, sacrificado por nosotros con un amor sin límites, el mas fervoroso y permanente: amadle pues vosotros sin medida, con ardor y permanencia, que digno es el Cordero de Dios de reci-

32 SERMONES

bir el honor, la virtud, la gloria, la
divinidad y la accion de gracias,
por los siglos de los siglos. Amen.

DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

33

SERMON
DE LA PASION
DE JESU CHRISTO,

PREDICADO

EN EL CONVENTO DE S. ANTONIO ABAD
de Granada. Año 1771.

Ecce Homo. Joann. 19.

Hora es esta, rebaño escogido
del mejor Pastor Jesu Christo, mas
á propósito para llorar, que para
predicar: en ella debian enmudecer
los labios, y explicarse únicamente
los ojos y el corazon. Porque en efec-
to, señores, ¿qué eloqüencia humana
ó angélica será capaz de ponderar
un asunto que ha sido y será siem-
pre la admiracion de todos los siglos?
ó ¿quién podrá dignamente tratar de

32 SERMONES

bir el honor, la virtud, la gloria, la
divinidad y la accion de gracias,
por los siglos de los siglos. Amen.

DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

33

SERMON
DE LA PASION
DE JESU CHRISTO,

PREDICADO

EN EL CONVENTO DE S. ANTONIO ABAD
de Granada. Año 1771.

Ecce Homo. Joann. 19.

Hora es esta, rebaño escogido
del mejor Pastor Jesu Christo, mas
á propósito para llorar, que para
predicar: en ella debian enmudecer
los labios, y explicarse únicamente
los ojos y el corazon. Porque en efec-
to, señores, ¿qué eloqüencia humana
ó angélica será capaz de ponderar
un asunto que ha sido y será siem-
pre la admiracion de todos los siglos?
ó ¿quién podrá dignamente tratar de

un suceso, donde no se sabe qué cosa es mas digna de admirar, si la envidia de los Fariseos, si la perfidia del traidor discípulo, si la crueldad de los ministros, si la falsa política de los Magistrados, si el amor de Jesu Christo á los hombres, si la ingratitude de estos, si la severidad del Padre Celestial, y el rigor de su justicia, si el poder de las tinieblas, si los dolores de María Santísima, si la humildad y mansedumbre del Salvador; ó si últimamente aquella su rendida y extremada obediencia, que le reduxo á sufrir voluntariamente la afrentosa muerte de una cruz entre las atroces injurias y tormentos? Objetos todos ciertamente dignos de una lamentable confusion, de una consternacion profunda, de un dolor y sentimiento universal, á que nos estimula toda esta máquina del mundo, y aun las cosas insensibles, celestes y sublunares. Dígalo el sol, la luna, las estrellas, las piedras, los sepul-

ros, los altares: todo se altera, todo se trastorna, y da las muestras mas claras de dolor.

Pero ¡ó mi Dios y Redentor! que el mármol mas duro se ablanda á el suave impulso de repetidas gotas de agua, el fierro mas fuerte cede al calor del fuego, el diamante mas firme se suaviza, y permite que el artífice grave en él sus labores, la bestia mas fiera se domestica y reconoce el beneficio. Solo el corazon del hombre, mas duro en esta parte que el mármol, que el fierro, que el diamante, y mas desconocido que los mismos irracionales, no se ablanda con las copiosas lágrimas que sobre él derrama su Redentor, ni se enternece con el fuego de su inmenso amor, ni pierde su dureza con la abundante copia de sangre del Cordero de Dios, ni quiere reconocer un tan inefable beneficio. ¿Pero qué mucho? si debia conocer el buey á su dueño y poseedor en el tiempo mismo que Israél

desconociése á su Dios, segun el oráculo de un Profeta. Asombraos, cielos, á presencia de un tal prodigio de insensibilidad.

Esta ingratitude inaudita del corazón humano es aquel amargo cáliz que tanto afligió á Jesu Christo en la noche de su Pasion. Una tan increíble dureza es la que pretende la Iglesia nuestra Madre ablandar, con estas adorables ceremonias, cubriendo de anatemas á los que no se aflijan y llenen de compuncion por sus pecados, á presencia de la muerte ignominiosa que sufre el Santo de los santos, victima de nuestra expiacion. Para impedir pues nuestra eterna ruina y confusion en el dia de la ira nos presenta la Iglesia en esta hora á su augusto Esposo sacrificado por nosotros en el ara sacrosanta de la Cruz, queriéndonos excitar por este medio á un vehemente dolor de haberle ofendido, y á un propósito firmísimo de nunca mas ofenderle.

Conformándose pues con los piadosos sentimientos de esta augusta Madre, os anuncio á vuestro Salvador en esta hora con las mismas palabras con que Pilatos lo presentó á los Judios, cubierto todo de sangre de resultas de una cruel flagelacion, y con la mira de moverles á compasion. *Ved ahí al Hombre*, les dice: como si dixera: hé aqui al Varon de dolores: hé aqui al Justo de los justos: hé aqui al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo: hé aqui el modelo perfecto de la verdadera santidad, y el mas bello retrato de todas las virtudes: hé aqui al Hombre Dios, la bondad por naturaleza, y la mas viva censura de todos los vicios, sacrificado en esta hora al poder de las tinieblas, y á la justicia de su Eterno Padre.

Á vista de tan lamentable espectáculo sería inútil detenerme en digresiones morales, pues cuando todas las cosas condenan el pecado, ¿qué

otra censura es necesaria? Bastará para contener el pecador, para ablandar su dureza y llenarle de compuncion, presentar á los ojos de su fe á este Hombre Dios, abismo de dolores, ignominias y afrentas. Vuestra Cruz, ¡ó adorable Salvador! debe instruirnos mas que todos los discursos humanos.

¡Ó vara excelsa de Moysés! ¡ó báculo del mejor Jacob! por vos nos reciba el que por vos nos redimió. Merezcamos por vuestro medio, ¡ó instrumento adorable! pasar seguros el peligroso Jordan de este valle de lágrimas, y alcance yo hablar dignamente de la Pasion y Muerte de Jesu Christo vuestro Hacedor. Mas antes de comenzarla, recibid, ¡ó leño excelso! el homenaje debido con que la Iglesia os saluda: *¡O Crux! ave spes unica, hoc Passionis tempore, piis adauge gratiam, reisque dele crimina.*

Passio Domini nostri Jesu Christi secundum quatuor Evangelistas.

Despues que el mas hermoso entre los hijos de los hombres conversó con ellos los treinta y tres años de su vida mortal, dándoles saludables documentos, sanando cojos y tullidos, curando ciegos, y poniendo los primeros y eternos cimientos de su Iglesia, sabiendo que se acercaba la hora de engolfarse en el alto mar de su Pasion y Muerte, para volver triunfante á su Padre Eterno, que le habia enviado, despues de haber celebrado con sus discípulos la augusta cena de su Cuerpo y Sangre, despues de haberse humillado hasta lavarles los pies con indecible ternura, recomendándoles la caridad, union y amor recíproco, salió fuera del cenáculo á dar principio á sus penas, y á consumir nuestra eterna redencion.

Salió pues acompañado de sus amados discípulos, prendas de su cora-

zon, encaminándose ácia el monte de las Olivas, poco distante de la pérdida Jerusalen, desde donde pasó al huerto de Getsemani Entró en aquel valle opáco, donde las sombras de los árboles, el miedo de los Apóstoles, la congoja del Salvador, todo producía desmayo, todo asombro, mas terrible que la muerte misma.

Dexó á ocho de sus discípulos fuera del Huerto, intimándoles que velen, para no caer en la tentacion. Llevó consigo únicamente á Pedro, Juan y Diego, para que fuesen testigos de su tristeza y agonía, los mismos que en el Tabor habian participado de su resplandor y de su gloria. Apartóse tambien de ellos como un tiro de piedra, ordenándoles que velen para hacerle compañía.

Pero ¡ó mi amable Redentor! qué poco pueden acompañaros unos hombres que han de quedarse profundamente dormidos al punto que los dexeis solos. Hincó el Salvador con hu-

mildad sus sagradas rodillas en la tierra, maldita hasta allí por la culpa de nuestros primeros padres, en que incurrimos todos. Inclínose, postróse con suma reverencia, y con instancia, nacida de la mortal congoja que le causa la consideracion de la afrentosa muerte; y así postrado oró al Padre Celestial con estas tiernísimas palabras: *¡Padre mio! si es posible, pase de mí este cáliz; pero si no puede ser que yo dexé de beberlo, bágame tu voluntad, y no la mia.* ¡Ó humilde y fervorosa oracion! quien ruega, señores, es el Unigénito de Dios, esplendor de su esencia, figura de su substancia, viva imágen de su divinidad, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de Esencia, y Trinidad de Personas. Por tres veces le ruega con las mismas palabras.

¡Qué es esto, dulcísimo Jesus mio!
¿ Vos orando con tan grande instancia,

y nadie del cielo ó de la tierra acude á vuestros clamores? Vuestra Madre purísima está ausente; vuestros discípulos en un profundo sueño; temerosos vuestros amigos; los ángeles están suspensos; el Eterno Padre parece que no os oye; y vuestro pecho anegado en un mar de aflicciones y congojas.

Creció en estas circunstancias sin límites la agonía, siendo inexplicable la batalla de los afectos, y muy duro el combate del espíritu fuerte contra la carne flaca; porque el sagrado aliento del espíritu, junto con el deseo eficaz de obrar la salud del hombre, producen en su corazón esfuerzo, amor y aun gozo; por otra parte el natural conato de la humanidad por evitar la muerte y las injurias, le causan temor, congoja y susto; y batallando de poder á poder el temor con el esfuerzo, el amor con la congoja, la tristeza con el gozo, creció tanto la agonía, que abriéndose los poros de aquel Cuerpo sacró-

santo, empezó á brotar por ellos la sangre en abundancia hasta la tierra. ¡O sangre preciosísima, que cargando sobre ti toda la pena á que yo era acreedor por mis delitos, me dexaste la dulce esperanza de que me serán perdonados por tu inefable virtud! ¡O precio inestimable de nuestra redención! ¿cuándo serás bastante-mente reconocido de los mortales? ¡Ah! señores, ¿es este por ventura algún gigante, que gime baxo las aguas, según la expresión de Job? Es un Dios omnipotente, que fluctúa, para decirlo así, en su propia sangre, que sale de sus venas por un exceso del dolor que le causan nuestras culpas.

Estando nuestro amable Redentor en este duro conflicto, descendió á confortarlo un ángel de las alturas. ¡Ah! ¿quién hubiera oído las tiernas y enérgicas palabras de esta embajada! Levantaos de la tierra, pudo decirle, gloria del cielo, alegría de los ángeles, gozo de los espíritus

bienaventurados, espejo de vuestra Madre purísima, esplendor del Padre Eterno, enxugad las lágrimas, el sudor y la sangre de ese divino rostro, en que desean mirarse las supremas inteligencias: salid, salid ya como capitán esforzado á conquistar la gloria de Redentor, á triunfar victoriosamente de vuestros enemigos, á arrojar del mundo al príncipe de las tinieblas, á postrar y encadenar las potestades aéreas é infernales, y á recibir el pérfido escuadron de ministros, escribas y fariseos que se acercan.

Llegaron estos al Huerto guiados por el traidor discípulo, que por un precio vil habia vendido á su Maestro. Venian con varas, lanternas y armas para executar la prision. ¿Qué os parece haría el Salvador en estas circunstancias? ¿Huiría? ¿Se haría invisible á esta sacrílega cohorte? ¿Saldría por medio de sus enemigos sin ser conocido, como cuando quisie-

ron apedrearle en el templo, ó despearle desde el monte? Nada menos; porque era venido el tiempo de que se cumpliesen las escrituras, y de que el Hijo del hombre fuese entregado al poder de las tinieblas, y á la justicia de su Eterno Padre. Debía pues, según los Profetas, caminar al suplicio con la mansedumbre de un cordero que va á ser sacrificado. Así, considerando que á la frente del libro de los decretos de Dios le está ordenado cumplir su voluntad, la acepta voluntariamente, y abraza con todo su corazón. Con rostro pues sereno, con paso sosegado, con semblante apacible, sale al encuentro de los que le buscaban, y con ayre de magestad les dice: *¿A quien buscáis?* Ellos responden, que: *A Jesus Nazareno. Yo soy,* reponde Jesu Christo, y esta sola voz fué un horrible trueno que arrojó en un momento por tierra á Judas con toda su comitiva, con las armas, luces y demas aparatos que traían para la prision.

¡Ó voz fuerte! exclama aquí un contemplativo; ¡voz penetrante! ¡voz formidable! ¡voz que conmueve los desiertos! ¿Quién podrá, Señor, resistir vuestra voz de Juez enojado, cuando la de prisionero, y que va á ser crucificado por amor, destronca tan poderosamente los erguidos cedros del Líbano?

Permitióles el Salvador que se levantasen, dexólos recobrar del susto, y vuelve á preguntarles que á quién buscan. Ellos, repiten, que á Jesus Nazareno. *Ta os he dicho que yo soy*, repone Jesu Christo, y en atencion á que estais obstinados á poner en execucion vuestro mal intento, mirad que os mando no toqueis ni ofendais á ninguno de los míos: como si fuera un ladrón habeis salido á prenderme con varas y con espadas. *Aunque todos los dias he estado con vosotros en el templo, no habeis querido prenderme; mas esta es vuestra hora, y la del poder de las tinieblas.*

Á esta sazón se acercó el malvado discípulo Judas, y dando al Salvador un ósculo de paz fingida, le dice: *Dios te guarde, Maestro*; señal que habia dado á los ministros para que le conocieran y prendieran. ¡O mi dulce y amabilísimo Jesus! ¡Qué diferente ósculo es este de los que recibisteis de vuestra Madre purísima: de los que os dió en el templo el santo anciano Simeon; de los que fixó en vuestros sacratísimos pies la Magdalena! Aquellos en efecto fueron hijos de amor, de reverencia y de dolor penitente; pero el de Judas fué un ósculo de traicion y de perfidia, como el de muchos christianos que se acercan á vuestra sagrada Mesa estando en mala conciencia.

Si hubiésemos de juzgar conforme á las ideas de la carne y de la sangre, nos parecería conveniente que el Salvador hubiera exterminado á Judas con un soplo de su divino aliento. Asi lo executaríamos nosotros con

nuestros enemigos, si en los transportes de nuestra ira nos confiriese el Señor por un momento su omnipotencia. Mas no son lecciones de venganza, sino instrucciones de caridad, de sufrimiento y mansedumbre las que vino Jesus á dar al mundo. Díganlo las humildes palabras con que en el mismo acto de la injuria recibida se explica: *Amigo, ¿á qué has venido? dice á este monstruo de ingratitude. ¿Entregas con un ósculo de paz al Hijo del Hombre?* Dicho esto, acometieron al Salvador los ministros.

San Pedro á la sazón llevado de un imprudente zelo, sacó la espada, y cortó la oreja derecha á Malco, criado del sumo Pontífice. Mas tocando el Señor la herida, la sanó perfectamente, y volviéndose á Pedro, le reprendió aquella acción sanguinaria, diciendo: *Vete detrás, Satanás; ¿qué no quieres que yo beba el cáliz de la Pasión que me ha ordenado mi Padre Celestial?*

Dichó esto, se entregó voluntariamente en manos de aquel pueblo deicida, y ellos se apoderaron al instante de la inocente presa, que con tan vivas ansias habian hasta allí perseguido. Los discípulos desampararon luego á su Maestro, para que se cumpliese aquel oráculo: *Heriré al Pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño.* Ligáronlo fuertemente, porque Judas les habia dicho, que lo llevaran con cautela. Romped, ¡ó Sansón divino! esas fuertes ligaduras. Mas ¡ah! que son nuestros yerros los vínculos que le oprimen y aprisionan. Debe pues con arreglo á las escrituras caminar al suplicio como un cordero sin voz, que va á ser sacrificado por el hombre.

Lleváronle á casa de Anás primeramente, porque siendo suegro de Cayfás, Pontífice de aquel año, no le quisieron privar de esta iniqua complacencia. De aqui conduxeron la inocente víctima á casa de Cayfás, don-

de estaba congregado el pérfido concilio de fariseos, escribas y sacerdotes. S. Pedro, que seguía á lo lejos al Salvador, entró tambien en el átrio del Pontífice; y aquí fué donde este Apóstol, que acababa de defender á su Maestro con la espada en la mano, y que poco antes se habia lisonjeado morir por él en caso necesario, no dudó negarlo abiertamente á la voz de una criada; y añadiendo, como dice un sabio, á la pregunta una mentira, á la mentira un juramento, al juramento un sacrilegio, de cabeza del Apostolado, quedó convertido en principal apóstata.

¡O Dios y Redentor mio! ¡cuál sería vuestra pena al ver que Pedro, destinado por vos para xefe de vuestra Iglesia; Pedro, el primero de sus pastores, para el cual habeis elevado un trono superior á todos los del mundo; Pedro, testigo de vuestros mas grandes milagros, que ha oido sobre el Jordan la voz del Padre

Celestial declarándoos su Hijo muy amado; Pedro, que sobre el Tabor ha participado de los resplandores de vuestra gloria; Pedro, el mas zeloso de vuestros Apóstoles, y que os habia confesado Hijo de Dios vivo, cuál sería, repito, vuestra pena al ver que os niega con exécrable perjurio!

Volvió el Señor su rostro ácia Pedro, y esta sola mirada con que habia sanado en otro tiempo á las Hemorroidas y Cananeas, y convertido á las Samaritanas, infundió tanto dolor en el corazon de este Apóstol, que saliendo fuera del átrio; y llorando amargamente su pecado, fué admitido bien presto á la gracia de su Salvador. Comunicadnos, Padre amoroso, un vivo dolor de haberos ofendido, para ser restituidos á vuestra amistad.

Preguntó Cayfás á Jesu Christo por sus discípulos y doctrina, y el Señor respondió con mansedumbre: *To he hablado claramente al mundo:*

he predicado siempre en la Synagoga y en el Templo, donde concurren todos los Judios. ¿A qué fin pues me preguntas? Infórmate de los que me han oído, que ellos saben lo que he dicho. Al oír estas palabras tan moderadas, uno de los siervos del sumo Sacerdote dió una cruel bofetada en el rostro á Jesu Christo; en aquel rostro que tantos Reyes quisieron ver, y no pudieron; en aquel rostro en que desean mirarse los ángeles; en aquel amabilísimo rostro que servía de espejo á su Madre purísima, y de tierna complacencia á su Padre Celestial.

¿Cómo no te abres, ¡ó tierra! y sepultas vivo á este malhechor, mucho mas criminal que los Datanes y Abirones? ¡O santos ángeles! ¿No sois vosotros los ministros de las venganzas del Señor? ¿Dónde está aquella espada que sacrificó en una noche todos los primogénitos de Egipto? ¿Dónde la que defendía la en-

trada en el paraíso? ¿Dónde la que destruyó el ejército de los Asyrios? ¿Dónde la que detuvo á Balaam en su marcha? ¿y dónde entre vosotros los que castigaron el sacrilegio de Eliodoro? ¿No hay, ¡ó mi Dios! fuego en el cielo que devore á este sacrilego como á los perseguidores del santo Profeta Elias? ¿No hay en fin osos en el desierto que lo despedacen, como á los jóvenes que se burlaron de vuestro siervo Eliseo?

Mas no olvidemos, señores, que este Dios humanado es Dios de humanidad, Dios de paciencia, Dios de paz; no olvidemos, que es venida su hora, y que ha dado permiso para que sea maltratada su adorable humanidad; no olvidemos, que ha venido á confundir con su exemplo nuestro espíritu de venganza. Díganlo las humildes palabras con que él mismo á la sazón se explica: *Si he hablado mal, le dice, da testimonio de ello, y si bien, ¿por qué me hieres?* ¡O ado-

rable mansedumbre de nuestro Salvador!

Convocaron los Judios muchos falsos testigos que depusiesen contra Jesu Christo, y hallándolos Cayfás discordes, se levantó en medio del concilio, y dixo al Salvador: *To te conjuro por Dios vivo, que nos digas, si eres el Christo, Hijo de Dios bendito.* Veneró Jesu Christo el nombre de su Eterno Padre, y respondió con todo acatamiento: *Tú lo has dicho; yo soy ese mismo, y antes de mucho vereis al Hijo del hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios venir sobre las nubes del cielo.*

Al oír estas palabras de verdad eterna, el Príncipe de los sacerdotes, en vez de postrarse, y adorar humildemente á su Dios y Salvador, rasgando sus vestiduras dixo: *Blasfemó: ¿no habeis oido la blasfemia? ¿Para qué son los testigos? ¿Qué os parece hagamos?* Todos fueron de acuerdo, que era reo de muerte: ¿Qué

no se siguieron de oprobrios á este iniquo dictámen? Diéronle de bofetadas, escupiéronle en el rostro, cubriéronle éste con un lienzo, heríanle los malvados ministros, y haciéndole son las palmas de las manos, le decian: *Aciértanos, Christo, ¿quién es el que te ha herido?* ¡O admirable paciencia de nuestro Salvador! ¡O sufrimiento incomparable! ¿Son estas, Señor, las delicias que gozais entre los hijos de los hombres? ¡O Madre purísima! venid, venid en socorro de vuestro Hijo, á quien tratan con tanta inhumanidad los sacerdotes. Ministros de Dios Altísimo, exáminemos nuestro interior sin indulgencia, para conocer cómo tratamos nosotros sobre las aras á Jesu Christo.

Disolvióse el iniquo concilio de seniores, escribas y fariseos, y mientras ellos se retiraron á buscar el descanso, dexaron al Salvador del mundo entregado á la gente mas vil de la república, que se divirtieron lle-

nándole de oprobrios. No se sabrá, dicen algunos contemplativos, hasta el día del Juicio lo que Jesu Christo padeció en esta noche. ¡O sagrada noche del Jueves Santo! ¿en qué se ocupan muchos de los christianos? ¡Ah! vosotros lo sabeis, señores.

Venida la mañana, volvieron á congregarse los príncipes de los sacerdotes, y acordaron llevar á Jesu Christo á casa de Pilatos, para que le impusiese la sentencia. Conduxéronle pues á su tribunal, ligado, y con estruendo, como si fuera un malhechor. Pilatos le preguntó: ¿si era el Rey de los Judios? y el Señor le respondió interrogándole: ¿Lo dices esto por ti mismo, ú otros te lo han dicho de mí? ¿Yo soy Judio por ventura? respondió Pilatos: Tu nacion y tus pontífices te han traído á mi tribunal; ¿qué has hecho? Mi Reyno, dice Jesu Christo, no es de este mundo; si fuese de este mundo, mis ministros ciertamente combatirían para que no me

prendiesen los Judios; mas ahora mi Reyno no es de aquí. ¿Luego tú erás Rey? le reconvinó Pilatos. Tú dices que soy Rey, le dixo Jesu Christo: Con esta dignidad nací, y he venido á dar al mundo testimonio de la verdad: todo el que es hijo de la verdad, oye mi voz; y esta fue la última palabra que pronunció el Salvador en su presencia. Conociendo pues Pilatos la inocencia de Jesu Christo, y que solo por envidia le habian llevado á su tribunal los Judios, salió fuera, y les dixo: Yo no hallo causa en este hombre; tomado allá vosotros, y juzgad de él conforme á vuestras leyes. A nosotros no es lícito, dixerón, quitar á nadie la vida; pero atendidas vuestras leyes, es reo de muerte. Conmueve al pueblo, y predica por toda la Judea, empuzando desde Galilea hasta aquí.

Luego que oyó Pilatos nombrar á Galilea, preguntó: ¿Si era aquel hombre galileo? y como supiese pertenecía á la jurisdiccion de Herodes, lo

remitió á este Príncipe, que deseaba mucho tiempo había conocer á un varon tan acreditado por su doctrina, por sus discipulos, y por sus milagros. Esperaba pues Herodes que obrase en su presencia alguno de aquellos prodigios que tanta admiracion habian causado en la Judea. ¡Vana y criminal curiosidad! jamas lograrás ver obradas en tu obsequio las maravillas de la omnipotencia. ¿Pero qué digo? ni aun una sola palabra se dignó Jesu Christo responder al prolixo interrogatorio de Herodes. Con este motivo asi él como todos sus cortesanos le tuvieron por demente; y tratándole como á tal, le vistieron por burla con una ropa blanca, y vestido asi á lo ridículo, le devolvieron á Pilatos. ¡Cuál sería, señores, la pena de nuestro Salvador á presencia de semejantes insultos é irrisiones!

Viendo Pilatos que crecian las instancias de aquel pueblo bárbaro, usó de otro arbitrio para ver si podia li-

brarlo de sus manos deicidas. Tenian costumbre los Judios de dar libertad en la Pascua á uno de los reos condenados al suplicio. Habia á la sazón entre ellos uno muy facineroso llamado Barrabás. Este era autor de una sedicion, en la cual habia cometido un homicidio, y merecia por consiguiente pena capital. Creyendo pues Pilatos, que en caso de eleccion, pedirian á Jesu Christo, les dice: ¿A cuál de estos dos hombres quereis poner en libertad, á Jesus ó á Barrabás? Ellos responden: que suelte á Barrabás, y crucifique á Jesus.

¡O pesos engañosos de los hombres, en cuya balanza pesó mas un homicida sedicioso, que el Hijo de Dios Eterno! Ni aun el gentilismo, dice un sábio, abrigó en su seno una injuria tan atroz contra la Divinidad. En efecto, ¿quién vió jamas, que ninguna nacion, por bárbara, por fiera que haya sido, hubiese tenido en mas á un facineroso, que á su mis-

mo Dios? Felicitaos pues, naciones idólatras, de ser menos criminales que este pueblo ingrato; y avergoncémonos nosotros de serlo á veces mas que los mismos Judios; porque diariamente renovamos en el seno de la Iglesia el ultrage una vez hecho á Jesu Christo en medio de Jerusalem. No es el verdadero Barrabás á quien damos la preferencia sobre Jesus; pero es el oro, el placer, una belleza frágil, una vil criatura, á quien á cada paso preferimos en nuestro corazon. De suerte, que si yo digo á muchos de mis oyentes: ¿A quién quereis poner en libertad, á Jesus, ó al torpe objeto de vuestros deseos criminales? Me parece les oigo decir en voz acorde, que muera Jesu Christo, con tal que reynen sus pasiones; pues aunque no lo pronuncien con sus labios, tal es la voz del corazon del que se abandona al pecado, contribuyendo de su parte á crucificar de nuevo á Jesus, como testifica S. Pablo.

Viendo Pilatos que tampoco le aprovechaba este medio para librar á Jesu Christo de la furia de aquel pueblo ingrato, aunque conocia la inocencia del acusado, no atreviéndose á resistir abiertamente la injusticia, le condenó al castigo de los esclavos; es decir, á la pena de azotes, con la mira de calmar la ira de sus enemigos á presencia de espectáculo tan lastimoso; como si un crimen fuese preservativo de otro, y no al contrario, preparacion para el último; ó como si condenarle á azotes, fuera garantirle de la muerte, y no una preparacion para el suplicio.

Apenas les dió Pilatos el permiso, quando se apoderaron de la inocente presa, que con tan vivas ansias habian perseguido. Desnudan con fiereza de sus sagradas vestiduras á este humilde y manso cordero de Dios; le atan fuertemente á una columna ó brocal de un pozo, y empiezan á descargar cruelísimos azotes sobre sus

delicadísimas espaldas, que batidas sin compasion como el fierro, se entumecen bien presto; de suerte que empezaron á correr por sus heridas copiosos arroyos de sangre hasta la tierra, quedando su Cuerpo convertido en una vasta llaga, y sin especie ni hermosura el mas precioso entre los hijos de los hombres, conforme á la prediccion de un Profeta.

Asombraos, cielos, á presencia de semejante crueldad. He aquí, señores, á vuestro Salvador hecho objeto del menosprecio de la plebe, segun le vió Isaías; como el ínfimo de los hombres; como un varon de dolores, herido y humillado por Dios, y sacrificado á su justicia. ¿Qué corazon no se oprime de un vehemente dolor? Me parece ver á los ángeles, que no pueden exprimir su profunda consternacion, sino por medio de un murmullo sordo. ¡O Padre Eterno! ¿no es este vuestro Hijo muy amado, y dulce objeto de vuestras complacen-

cias? ¿Sufrís que sea despedazada de esta suerte su adorable humanidad? ¿Dónde estan los ministros de vuestras venganzas? Mas esta es, señores, la hora del poder de las tinieblas, y la en que el Hijo de Dios debe obrar nuestra Redencion á costa de su preciosa Sangre. Adorémosle pues, hermanos míos, con espíritu de compuncion, y con un dolor entrañable de haber sido nuestras culpas la causa de estos tormentos.

No contentos los judios de verlo así cubierto de oprobrios, de salivas, de heridas y de sangre, coronado de espinas y hecho ludibrio de Israel, claman á grandes voces por la crucifixion de Jesu Christo: *¿Crucificaré á vuestro Rey?* les dixo Pilatos. *Nosotros*, respondieron, *no tenemos mas Rey que el César, ni tú eres amigo suyo, si pones á éste en libertad.*

Viendo Pilatos que crecian los clamores del pueblo como las olas del mar con la tormenta, aunque cono-

cia la inocencia de este manso cordero, atendiendo mas al establecimiento de su fortuna, que á la integridad de la justicia, poseido al fin del terror pánico de desagradar al César, firmó sentencia de muerte contra el mismo Autor de la vida.

He aquí, señores, el auto definitivo é irrevocable que confirma, para decirlo así, el del Eterno Padre, cuya adorable Sabiduría se sirve de la envidia del tribunal de los pontífices, escribas y fariseos, y de la falsa política del secular de Pilatos, para dar cumplimiento á lo que tenia decretado antes de todos los siglos, anunciado por tantos Profetas, y prometido en la ley antigua baxó tantos símbolos y figuras. He aquí, repito, al Salvador del mundo entregado á discrecion de los judios y paganos, y hecho objeto de maldicion, segun la expresion de S. Pablo, el mismo á quien el ángel y santa Isabel proclaman fruto bendito de María, Jesu

Christo, el Santo de los santos.

Dexemos pues á los judios, dice aquí un contemplativo, dexemos que se apoderen de la inocente presa, que con tanto furor han perseguido. Dexemos que ellos mismos, sin conocerlo, den cumplimiento á las profecías. Dexemos á Judas quitarse á sí mismo por último crimen de desesperacion la vida, de que se creía indigno, despues de haber conspirado contra la de su Maestro. Dexemos á los sacerdotes y escribas, que poco tocados de arrepentimiento, perciban de Judas el vil precio de su traicion, que les arrojó en el templo; y sigamos nosotros con la consideracion á Jesu Christo, que ha cargado sobre sus delicados hombros el grave, el desmesurado peso de la cruz, ó por mejor decir, de nuestras culpas.

Esta es, señores, la hostia figurada en el dia solemne de la expiacion; este es el Dios escondido, que anunció á los mortales un Profeta,

entregado por amor al hombre en esta hora al furor de sus enemigos y á la justicia de su Padre Celestial; este es el justo Abel, sacado por su hermano al campo para hacerle víctima de su envidia; éste el verdadero Isaac, que lleva sobre sus hombros la leña para el sacrificio; este es el heredero de la viña, el hijo tiernamente amado, á quien pretenden quitar juntamente la herencia con la vida.

Sí, hermanos míos, este Dios hombre, humillado, y que gime baxo un duro leño, es el Soberano de la naturaleza, que afirmó la tierra sobre sus fundamentos, que extendió como un hermoso pabellon los cielos; el que puso límites al mar, y en equilibrio las montañas; el Dios vencedor de la muerte y del infierno, que lleva sobre sus hombros aquel estandarte glorioso, baxo el cual deben alistarse algun día todas las naciones y reyes de la tierra. Reconocedle y adoradle, aunque veais que en esta hora, por

uno de sus mayores milagros, se debilita á sí mismo y se anonada, sirviendo de escándalo á los judios, y de insensata locura á los gentiles.

Algunas devotas mugeres seguían al Salvador por el camino del Calvario, manifestando su compasion con lamentos. Pero el Señor desaprobó aquellas sus lágrimas estériles, intimándolas llorasen por sus propias culpas y por las de sus hijos. Mas convenia, dice S. Leon, que estas mugeres llorasen en la muerte del Redentor, para que á una tan ilustre victoria precediesen tristes lamentaciones.

Alquilaron á un tal Simon de Cirine, para que llevase la cruz hasta el monte Calvario; porque convenia, dice un célebre orador, que el altar para el sacrificio de la víctima se erigiese fuera de Jerusalem, esta ciudad sacrilega, que habia cubierto de piedras, y quitado la vida á tantos Profetas. Su templo tampoco era dig-

no de la grandeza de la hostia, por haber dexado ya de ser casa y santuario de Dios, y haber llegado el tiempo de su reprobacion. La cruz debia fixarse en campo abierto, para denotar que no era un altar particular de la Judea, sino el ara pública del universo.

En fin llegó al Calvario el Reparador de la vida; llegó, repitió, al lugar del suplicio la inocente víctima del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Bien presto aquellos malvados ministros despojan de sus vestiduras á este adorable Salvador: las sorteán y dividen entre sí, conforme al oráculo de un Profeta: horadan con penetrantes clavos sus pies y manos sacrosantas, y coronado de espinas elevan crucificado al Santo de los santos.

¡Temblad, potestades infernales! ¡abismos, estremeceos á presencia del estandarte de la salud! ¡cielos y tierra, humillaos delante de vuestro Cria-

dor! Sus llagas se renuevan, y su preciosa sangre corre en abundancia hasta regar la tierra; pero ¡cuán de distinto modo que la de Abel! pues en lugar de la venganza que la de éste pide, clama la de nuestro Salvador por el perdon y la misericordia. Aun los labios del mismo crucificado se unen á esta caritativa peticion: ¡Padre mio! perdonadlos, dice, que no saben lo que hacen.

¿Qué hombre ó qué Profeta, como pondera un sábio, llevó jamas tan lejos la humildad, el amor y la dulzura? Job en el exceso de su afliccion maldixo el dia de su nacimiento, y respondió con imprecaciones á los que censuraban su conducta. David estando para morir mandó castigar con muerte sangrienta los atentados de Joab, y los ultrages cometidos por Semei. Isaías, perseguido de sus enemigos, clama que sea Dios el testigo y el vengador de su muerte. Jeremías oprimido mortalmente baxo

un promontorio de piedras, cubre de maldiciones á los judios, y concluye con estas terribles palabras: Señor, no les perdoneis, ni falte jamas su pecado delante de sus ojos. ¡Pero qué distinto language el de Jesu Christo sobre la cruz! ¡Padre mio! perdonadlos, que no saben lo que hacen. Convenia, ¡ó amabilísimo Jesus! que fueseis vos mas caritativo que todos los justos del mundo, como fuente inagotable de amor y de toda santidad.

Mas ¡ah! pérfida ingratitud del hombre. Unas tan dulces y amorosas palabras no bastaron á calmar la furia de aquel pueblo parricida. Todo el monte resonaba en estos gritos confusos, y sacrilegos clamores: Si eres Hijo de Dios, ¿cómo el Altísimo no te libra de nuestras manos? Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz, y creeremos en ti. Otros le burlaban y blasfemaban diciendo: Este que salvó á otros no puede salvarse á sí

mismo, y ahora invoca á Ellas; venga pues á librarlo.

¡O inefable clemencia de nuestro Salvador! En esta misma hora de ultrage y de ignominia manifestó el ardiente deseo que tenia de padecer por el hombre; prometió al Buen Ladron el paraíso; y mirando á su afligidísima Madre, la dixo: *Muger, he ahí á tu hijo*, señalando á Juan, y en él á todos nosotros: despues dixo al amado discípulo: *He ahí á tu Madre*; la cual nos adoptó desde entonces por hijos de sus dolores, conforme á la prediccion de un Profeta; y acercándose ya la hora de su muerte, clamó en altas voces diciendo á su Padre Celestial: ¡Padre mio! ¡Padre mio! ¿por qué me has desamparado? en tus manos encomiendo mi espíritu. Todo se ha consumado, añade. ¡Qué oráculo tan profundo!

Yo no dudo exponerlo á vuestra meditacion con las palabras enérgicas y vivos colores de un sabio. Todo se

ha consumado, dice, "el cielo ha cumplido sus promesas, el tiempo de las figuras ha pasado; las sombras han desaparecido; todas las profecías se han verificado; todo lo que está escrito del Mesías á la frente del gran libro de los decretos de Dios, se ha executado fielmente; los votos de los Patriarcas y de los Profetas han sido satisfechos; ha llegado la plenitud del tiempo."

Todo está consumado. La Ley antigua es derogada, sus sacrificios abolidos, sus ceremonias reprobadas, impuros ya sus misterios, sus sacramentos y sus festividades profanas; el templo es ya abandonado; el sacerdocio suprimido; deshecha la synagoga.

Todo está consumado. La Ley de gracia sólidamente establecida; el nuevo Testamento está sellado; el Evangelio ha sucedido á la Ley de Moyses; el velo de las escrituras se ha quitado; un nuevo orden de co-

sas; un orden mas sublime ha ocupado el lugar del antiguo: habrá en lo sucesivo una oblacion mas pura, una víctima mucho mas preciosa, un sacerdocio mas santo, un pueblo mas fiel; serán las ceremonias mas nobles, los sacramentos mas eficaces, mas augustos los templos, las leyes mas perfectas, las gracias mas abundantes, y una mejor alianza.

Todo está consumado. Jesu Christo ha postrado por tierra á todos sus enemigos; ha conquistado enteramente su reyno; ha recibido golpe mortal la idolatría; ha sido confundida la sabiduría de los filósofos; van á enmudecer los oráculos, los demonios son vencidos, se han cerrado los infiernos, y la muerte es destruida.

Todo está consumado. La sentencia de nuestra condenacion no subsiste, la sangre de Jesu Christo la ha borrado; nuestra Redencion es copiosa; nuestras deudas son pagadas; el mundo está redimido; el cielo está re-

74 SERMONES

conciliado con la tierra; la justicia del Padre satisfecha; su gloria es vengada; la medida de los sufrimientos de su Hijo se ha colmado; su mision es concluida, y el curso de su ministerio se ha acabado. *Consummatum est.*

Inclinando luego al punto la cabeza, murió Jesus por nuestro amor en el árbol sacrosanto de la cruz. *Et inclinato capite emisit spiritum.* Y como si con esta inclinacion hubiera infundido síntomas de convulsion al universo, todo es terror y desmayo en el cielo y en la tierra. Tiembla ésta, y se estremece en temerosos vayvenes, abre inmensas cavidades, que parecen querer sepultar vivos á los hombres. Los sepulcros se abren y arrojan de sus entrañas los cuerpos de muchos muertos que encerraban. Las piedras se chocan fuertemente y se quebrantan. El velo del templo se rompe con ímpetu violento, dexando patente á los ojos profanos el propiciatorio del Señor. El sol oculta sus

VARIOS. 75

luces y encubre su resplandor. Se viste el cielo de una pompa funesta, y esparciendo nubes negras y densas, dexa rodeada á la tierra de espesas tinieblas, y á el dia convertido en una obscura noche con asombro del corazon humano.

¿Qué es esto, criaturas insensibles del universo? ¿Qué es de vuestra luz? ¿qué de vuestra armonía y orden? ¿qué de vuestra solidez y resistencia? ¿Mas qué orden ha de haber en una hora en que domina el poder de las tinieblas? ó ¿cómo no han de darse por sentidas todas las criaturas en la muerte de su Hacedor? Si ellas fueran tan ingratas como nosotros, no hay duda que ninguna muestra hubieran dado de dolor, ninguna señal de sentimiento.

Hé aqui, señores, un breve rasgo de las injurias, Pasion y Muerte del Unigénito de Dios, humanado y sacrificado por nuestras culpas á la justicia de su Eterno Padre. Si esto su-

cede al leño verde, ¿qué sucederá en los áridos? es decir: si la justicia divina trata con tanto rigor al inocente, ¿qué hará con el criminal? Si no perdonó á su propio Hijo porque tomó el hábito de pecador, ¿qué hará con los esclavos de las pasiones y los crímenes, que fueron los verdaderos artífices de esta trágica escena?

¡Temblad, pecadores obstinados! ¿No os parece bastante haber sido autores de un tan horrible deicidio, sino que diariamente quereis renovar la crucifixion del Salvador con vuestras culpas actuales? No despreciéis, os ruego, la voz interior de la gracia mas eloqüente aún que la de la naturaleza misma. Ella toma la voz de la Sangre del Salvador, que como dice el Apóstol, clama mejor que la de Abel. Esta pide venganza, y la de Jesu Christo misericordia. La de Abel se eleva al cielo, la de Jesu Christo al cielo y á la tierra, al cielo para pedir perdon de nuestros pecados, á

la tierra para exhortarnos á expiarlos por una verdadera penitencia. Yo deseo que os aprovecheis de esta su inefable caridad. Tiempo es ya que despertéis del profundo sueño de la culpa, tiempo es de salir ya del abismo del pecado. Llegad pues con confianza ante el trono de la misericordia, y con lágrimas de compuncion decid: Señor mio Jesu Christo &c.

SERMON
DEL PATRIARCA
SAN JOSEF,

PREDICADO

EN EL CONVENTO DE S. ANTONIO ABAD
de Granada. Año 1797.

*Quis putas est fidelis servus et prudens,
quem constituit Dominus super fa-
miliam suam, ut det illis cibum in
tempore? Matth. XXIV. 45.*

¿Quién juzgas es el siervo fiel y pru-
dente que constituyó el Señor so-
bre su familia, para que les diese
de comer en tiempo?

SEÑORES:

Asi habló Jesu Christo sentado so-
bre el monte Olivete á sus discípulos,

despues de haberles anunciado la rui-
na de Jerusalem y las señales del Jui-
cio universal, con el fin de exhor-
tarlos á que estuviesen vigilantes pa-
ra no ser sorprendidos al tiempo de
su venida inopinada, y prometiendo
constituir sobre todos sus bienes á el
siervo fiel que así lo executase. Y
de estas mismas palabras no dudo yo
concluir el mayor elogio del santo
Patriarca Josef. Ellas en efecto en-
cierran, no en parábola, sino en rea-
lidad, la sabia economia de Dios en
orden al ministerio sublime de este su
Siervo prudente sobre la tierra, co-
mo asimismo su carácter de fidelidad.
Los pequeños rasgos que de su pre-
ciosa vida nos conservaron los evan-
gelistas bastan á persuadirnos que
fué por excelencia el Siervo fiel y
prudente, constituido por Dios sobre
la tierra, para que alimentase á su
FAMILIA, haciéndole gefe de ella, y
económico de todos sus tesoros.

Sabemos por los Evangelios que
Tom. VI. F

fué verdadero esposo de María; sabemos que fué padre putativo de Jesu Christo; sabemos que le sirvió de amparo en su huida á Egypto, librándole de la persecucion de Herodes; sabemos que el Hijo de Dios le estuvo sujeto sobre la tierra; sabemos en fin que fué *justo*, elogio que le da el evangelista. ¿No podré yo concluir de aqui, que este es el Siervo fiel y prudente por quien pregunta Jesu Christo en las palabras de mi tema? Con arreglo pues á ellas os haré ver á Josef, primero, como el santo mas favorecido de Dios por su ministerio; segundo, como el mas acepto al Señor por su fidelidad; dos breves reflexiones que dividen justamente la materia de su elogio, que le distinguen del comun de los santos, que son dignas de esta cátedra, de este respetable auditorio, y de mis débiles conatos. Pidamos todos las luces del Espiritu Santo por la poderosa intercesion de María Santísima.

Saludémosla humildemente con el ángel. *AVE MARIA.*

Quis putas est &c.

Por poco que reflexemos sobre los designios de Dios en orden á Josef, deberemos admirarle por el Santo mas favorecido del cielo, atendida la elevacion de su ministerio. Esta es una verdad que no necesita de mas prueba que la sencilla narracion de los hechos. Josef, esposo de María, padre putativo de Jesu Christo, y gefe de la casa de Dios sobre la tierra, ¿no son otros tantos títulos gloriosos que le distinguen del comun de los santos, y que le elevan sobre todos ellos? Reflexemos.

María, esta criatura la mas privilegiada, la mas feliz, la mas santa que hubo ni habrá jamas en el mun-

do, y fruto de una deliberacion eterna, como S. Agustin se explica, fué desde luego destinada para verdadera Madre de Dios. Por manera, que el Verbo Eterno debia tomar nuestra humana naturaleza de la substancia misma de esta vírgen, para ser Salvador de los hombres. Con respecto á tan inefable dignidad le concedió liberalmente en el primer instante de su sér justicia perfecta, pureza sin mancha, union con Dios, potestad sobre el infierno, soberanía universal sobre la tierra, independencía del pecado, plenitud de gracia. Esta singular Heroína, superior á todo lo que no es Dios, estaba por el Altísimo destinada para Esposa verdadera de Josef, que en fuerza de este vínculo, debia ser el fidelísimo coadjutor del gran consejo del Eterno sobre la tierra, segun la expresion de S. Bernardo.

En efecto, este singular ministerio es una consecuencia legítima de

la sabia economía de Dios en orden á la Encarnacion de su Unigénito. Este debia tomar carne de la substancia de una vírgen; pues como un Padre reflexiona, ni convenia que Dios naciera sino de una vírgen, ni una vírgen concebir sino á Dios; lo cual no podia ser sino por obra del Espíritu Santo. Pero si María hubiese sido una simple vírgen, y no desposada, segun la reflexion de S. Gerónimo, hubiera quedado expuesta á ser apedreada como adúltera; no hubiera tenido quien la consolase en su huida á Egipto, ni su parto, como dice el mártir S. Ignacio, hubiera podido ocultarse al diablo.

Para llenar pues tan altos fines destina Dios á Josef. Por esta gracia de eleccion con que fué prevenido felizmente mucho antes de su creacion, admiramos á el santo Patriarca comprendido en la idea de Dios en el mismo designio, para decirlo asi, de la creacion de María. Asi cuando el

Altísimo determina producirla para Madre de su Unigénito, no trata solamente de ejercer sobre ella su potencia y su bondad, sino que atiende á señalarle por consorte un varon que se la asemeje. Por tanto cuando yo veo nacer en los designios de Dios una virgen desposada, para que conciba por obra del Espíritu Santo, y sea Madre de su Verbo Eterno, en el mismo punto veo que concibe y hace nacer en sus designios inefables un esposo digno de tan incomparable Virgen y Madre.

¡Qué rasgos de grandeza! ¡qué gracias tan sublimes! ¡qué singulares privilegios no veo ya descender sobre Josef! Este nuevo Obededon, en cuya casa habia de reposar la verdadera arca del divino Testamento, debía en conseqüencia recibir las bendiciones del Señor, tanto mas abundantes, quanto era mas elevado su ministerio.

Yo en efecto, señores, me repre-

sento al Altísimo en el momento de la creacion de este glorioso Patriarca, recogiendo, para decirlo asi, todos los dones y prerogativas, ó ya concedidas, ó que han de concederse á los demas santos, para reunir las en él, y formar un varon digno de ser esposo de la Reyna de todos ellos, y verdadera Madre del Omnipotente. En fuerza de esta eleccion vino Josef á tener por Esposa la que lo fué juntamente del Espíritu Santo, y por Hijo putativo á el Unigénito de Dios.

¡Qué excelencia, señores! El Verbo Eterno, por quien todas las cosas fueron hechas en el cielo y en la tierra, el Verbo engendrado por toda la eternidad en la mente de su Padre Celestial, y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de esencia y Trinidad de Personas; el Verbo, á quien sirven de trono los mas encumbrados querubines, y de cuya soberana voluntad son ministros

los espíritus mas sublimes, el Verbo quiere ser reputado por hijo de Josef sobre la tierra. ¡Qué elevacion! ¡qué dignidad! Ni este fué un título vano, sino real y verdadero en todo aquello que no se oponga á la pureza virginal de María. Todos los Padres le aclaman con esta gloriosa denominacion. Jesus, dice S. Agustin, es hijo de Josef, porque lo es verdaderamente de María. Josef es padre de Christo, como S. Gerónimo se explica, no porque lo haya engendrado, sino porque lo educó. El Espiritu Santo honró á Josef con este nombre, porque nutrió al Salvador, segun la expresion de Orígenes y de S. Bernardo, ¿pero qué mucho? Su misma Esposa María, Virgen y Madre de Dios, cuya autoridad es superior á la de todos los Doctores de la Iglesia, no llama á su esposo Josef, padre de Jesu Christo? Oídla como se explica por S. Lucas, en ocasion de haberle hallado en el Templo,

despues de haberle perdido tres dias. *Hijo, le dice, ¿cómo has hecho esto con nosotros? He aquí que tu PADRE y Yo te buscamos llenos de dolor.* ¿Quién dudará pues atribuirle el justo título con que le caracteriza María?

En virtud de esta incomparable elevacion, es preciso confesar con un Padre de la Iglesia, que el Espiritu Santo constituyó á Josef por su vicario sobre la tierra, y que en ella exerció asimismo las veces del Padre Celestial, que junto con la patria potestad, le confirió el cuidado y la providencia de su Familia; es decir, del Unigénito de Dios y de su verdadera Madre, para que los alimentase, consolase y defendiese.

Estos augustos personajes pues deben obedecer á Josef como á padre de familias constituido por Dios sobre la tierra, y Josef en fuerza de su ministerio, debe educarlos con sus palabras, y edificarlos con sus obras. María como Madre de Dios, sabe

que es Reyna de los ángeles y los hombres, y superior á todo lo que no es Dios, pero sabe al mismo tiempo, que Josef es su verdadero esposo, y baxo esta cualidad su gefe y su cabeza, á quien debe obedecer por institucion divina. El Verbo Eterno asimismo es el Criador omnipotente, á quien todo está sujeto en el cielo y en la tierra, gloria y derecho inflexible que á nadie puede ceder, atendida su generacion divina; pero en calidad de Hombre Dios mira como padre putativo á el justo Josef, á quien obedece y está sujeto sobre la tierra, como nos enseña el evangelio, viniendo á ser por este medio gefe de su mismo Criador, nutricio del que alimenta todos los vivientes, y salvador del mismo Salvador del mundo.

¡Qué alteza! ¡qué dignidad, señores! ¿No podré yo concluir de aqui que Josef es el Siervo fiel y prudente á quien constituyó el Señor sobre

su familia y sobre todos sus bienes? ¡Qué de abundantes gracias no veo descender sobre Josef para hacerle capaz de tan alto ministerio! Las obras de Dios siempre fueron perfectas. Asi en la distribucion de sus dones, como reflexiona un Padre de la Iglesia, nunca pierde de vista el ministerio á que destina sus siervos, para hacerlos instrumentos proporcionados de su gloria. Eleázaro, hijo de Aminadab, fué santificado para que guardase el arca del Testamento, figura de Jesu Christo y de su Madre. Obededon fué colmado de bendiciones por haberla tenido en depósito algun tiempo. ¿Qué diremos de Josef, que poseyó no la figura, sino la realidad por tantos años? El Bautista es grande delante del Señor, y santificado en el vientre de su madre, por ser destinado para precursor del Mesías: ¿qué diremos de Josef que le debe servir de padre y de tutor sobre la tierra?

Por otra parte, señores, el gran con-

sejo de Dios en orden á sus criaturas, ¿no es la Encarnación del Verbo Eterno? María con respecto á que debía ser su Madre, ¿no es elevada en dignidad y en dones á toda pura criatura, y solo inferior á Dios? ¿Por qué no será Josef superior á los mas grandes santos, y solo inferior á María, atendido su ministerio, que le constituye, despues de su Esposa, el mas inmediato á la encarnacion, ángel de este gran consejo, como le llama S. Bernardo, que debía servir de custodio al Hijo y á la Madre, cabeza y nutricio de los dos sobre la tierra? ¿Qué ángel ni qué santo, como se explica S. Basilio, mereció jamas, ni aun por un momento, ser llamado padre de Jesus, sino solo Josef, este varon justo, el mas favorecido de Dios por la exáltacion de su ministerio, y el mas acepto al Señor por su fidelidad? Segunda reflexion de este discurso. Seguidme atentos.

II. Los favores singulares con que

Dios colma á los hombres, elevándolos para algun ministerio, no son precisamente los que deciden de su justicia y de su suerte. La corrupcion del corazon humano convierte muchas veces en olor de muerte lo que en las miras del Señor debía servir de olor de vida y de suavidad. Ni es nuevo este misterio de iniquidad, como reflexiona un sabio, pues todos los siglos nos presentan innumerables exemplos de esta ingratitude. Saúl, preferido entre tantos para Rey de Israél, halla en su misma exáltacion el principio de su caida. Los judios, pueblo escogido de Dios entre todas las naciones de la tierra, engreidos miserablemente con su propia exáltacion, hicieron la mas viva resistencia al Espíritu Santo, persiguiendo de muerte al Hijo de Dios vivo, su adorable bienhechor. Judas, elevado por Jesu Christo á la dignidad de Apóstol, entregó con la mas negra perfidia por un precio vil á su Maestro. Nada

digo de los ángeles apóstatas que osaron rebelar contra su mismo Criador. No hace pues precisamente aceptos á los ojos de Dios la sublimidad del ministerio, sino la fidelidad con que se desempeña.

Con arreglo á este principio de nuestra moral, debemos graduar nosotros el mérito de Josef, y su admirable santidad. La escritura le llama *justo*, cuya denominacion encierra el cúmulo de sus grandes virtudes y su rara fidelidad. En efecto, por poco que reflexemos sobre su conducta, le hallaremos el mas obediente á la voz del cielo, el mas constante en la adversidad, el mas humilde en la exaltacion, el mas solícito en su ministerio, el amante mas fervoroso del Hijo de Dios y de su augusta Madre. ¡Qué campo tan ameno de reflexiones sólidas en comprobacion de la fidelidad incomparable de Josef, si pudiera yo detenerme á ilustrarlas segun su dignidad! Me limitaré pues á decir

sumariamente lo que baste para demostracion de esta verdad.

Igual siempre Josef en la felicidad que en la tribulacion, daba este nuevo Job las mas rendidas gracias á su Criador, sin lamentarse jamas, ni maldecir como aquel el dia de su nacimiento. Su fe, su viva fe pronta y luminosa como la de Abraham, le hace executar con sumision y sin tardanza la voz del ángel del Señor, con mas presteza que Moysés y Zacarías. Apenas le dice que no tema recibir á María, porque lo que tiene en su vientre es obra del Espíritu Santo, desaparece la dura afliccion de sus zelos, y sin ser curioso investigador de la Magestad, para no ser oprimido de su gloria, en el momento la recibe como á Esposa la mas fiel, dando mayor asenso al oráculo que al testimonio de sus sentidos; pues cuando se trata de obedecer las órdenes del cielo, nada es capaz de impedirle su fiel execucion. Apenas, repito, le intima un án-

gel entre sueños que huya á Egypto con Madre é Hijo, para librarle de la crueldad de Herodes, cuando sin esperar dilaciones, sin oponer dificultades, sin alegar por exemplo la delicadeza del Hijo y de la Virgen Madre para tan larga jornada, la falta de provisiones, lo crudo de la estacion, lo intempestivo de la hora, lo ignorado del terreno, el inminente riesgo de caer en manos de sus enemigos, los peligros é incomodidades de una larga jornada, su peregrinacion en fin á tierra extraña por tiempo indefinido, al punto se levanta, y tomando al tierno Hijo y á la Madre, empieza con pasos de gigante su carrera. Las montañas mas altas, los caminos mas ásperos se allanan y suavizan á presencia de la fiel obediencia que le anima; pues cuando consta la voluntad de Dios, es peligroso todo exámen, culpable toda dilacion, y toda resistencia es criminal.

En efecto, señores, nuestros prime-

ros padres no hubieran quebrantado el precepto del Altísimo, si no hubiesen dado oidos á la astuta serpiente que les dixo, *¿por qué Dios os ha mandado esto?* Abraham no hubiera sido padre de los creyentes, si se hubiese detenido á exáminar el mandato del Señor, que le ordenaba sacrificar á su hijo. Jonás no hubiera incurrido en la indignacion de Dios, si hubiese marchado inmediatamente á Nínive; ni Josef hubiera sido salvador del mismo Salvador del mundo, si no hubiese respondido con fidelidad á las órdenes del cielo. Mas era un varon fiel, dice San Juan Chrysóstomo; sabia que era mejor la obediencia que la víctima, y que el verdadero secreto de alcanzar la paz del corazon consiste en dexarse conducir, conocida la voluntad de Dios, sin escudriñar los motivos ni los recursos de su providencia.

¿Pero qué digo? El entrañable amor que Josef tenia á Jesu Christo

y á su augusta Madre le hacia dulces las tribulaciones, y fáciles de vencer los mayores peligros. Transportaos, señores, en álas de la fe por un momento á considerar esta célebre jornada, para conocer la solícitud y amor de este Siervo fiel á su Criador. Las incomodidades indispensables de tan larga peregrinacion, al paso que le afligen hasta el fondo de su alma, inflaman su corazon en el amor mas tierno. Una Madre Virgen sobresaltada, un Infante Dios y hombre expuesto á la crueldad del monarca mas impío, á la hambre, al frio y á la sed, ¡qué pena para este Patriarca! ¡pero qué estímulos tan poderosos para manifestar su constancia, su oficiosa solícitud, su ardiente amor y caridad! Forma carroza de sus mismos brazos para llevar sobre ellos al que es mas elevado que los cielos, y á quien sirven de trono los mas encumbrados querubines: le abraza en su seno, le cubre con su

manto para defenderle del rigor de la estacion, busca con la mayor solícitud el alimento del Hijo y de la Esposa, y conforme siempre con las disposiciones de Dios, aunque el dolor era á medida del amor que les tenia, cantaba frecuentemente con David las justificaciones del Señor durante la carrera de su peregrinacion, de suerte que aun en los precisos momentos en que se entregaba al sueño, podia decir con la Esposa de los Cánticos: *To duermo, y mi corazon vela.*

¡Que no pueda detenerme á reflexionar sobre los dulces transportes de este amante corazon al recibir en sus brazos al mismo Hijo de Dios, este misterioso grano de trigo, que nacido de tierra virginal, mortificado por la infidelidad de los judios, y multiplicado por la fe de las naciones, habia de servir de alimento á todo el pueblo christiano! Alegraos, pudo decir, desiertos del Egypto, por donde los hijos de Israël anduvieron errantes

por espacio de cuarenta años, alegaos á presencia de estos ilustres fugitivos: santificados por sus plantas, sereis en lo sucesivo el jardín mas ameno de la Iglesia, la feliz mansion de los mas célebres solitarios y defensores gloriosos de la verdadera religion. Abre, Egipto, tus puertas, y entrará el Rey de la gloria: reconoce el tiempo de tu visita, y da á Dios el honor, la virtud y la accion de gracias. Temblad y estremeceos vosotros, vanos simulacros, conforme al oráculo de un Profeta, porque el verdadero Dios de magestad se ha manifestado ya en carne mortal, para destruir por sus cimientos todas vuestras obras de tinieblas.

Nada digo, señores, de la rendida humildad con que sirvió de continuo á el Hijo y á la Madre por mas de treinta años que vivió en su compañía: nada de su infatigable aplicacion al trabajo para ganar con el sudor de su frente el preciso alimento, asi

á su dulce Esposa, como al que provee con abundancia de sustento á todos los vivientes: nada de su rara modestia y pureza virginal, comparable á la de los espíritus mas sublimes, y cual convenia al gefe de la casa de Dios sobre la tierra: nada de su altísima contemplacion en que gastaba gran parte de la noche, hurtando á sus fatigados miembros el preciso descanso, para gozar en éxtasis las grandezas de su Señor, y desahogar en fervorosos deliquios su inflamado corazon: nada en fin de su inalterable paciencia y conformidad con la voluntad divina en medio de sus mayores aflicciones. Todo era dulce para el justo Josef, este varon extraordinario, Siervo fiel y prudente, que constituido por Dios sobre la tierra para padre suyo putativo, y verdadero esposo de su Madre, supo corresponder con fidelidad á los altos designios de su providencia, con sollicitud, con rendimiento, con amor:

digno por tanto de la mayor grandeza entre los áulicos de su reyno inmortal, de la veneracion de la Iglesia, de las aclamaciones de los pueblos, del fervoroso culto de todos los christianos, como á padre compasivo, y benéfico protector de sus devotos.

Josef dulcísimo, dichosísimo esposo de María, padre putativo y tutor solícito de nuestro amabilísimo JESUS, desde el sólio de grandeza á que os elevó Dios y vuestra fidelidad, dignaos echar una mirada favorable sobre la criminal descendencia de Adán. Nosotros hasta aquí hemos cometido iniquidades, hemos errado las verdaderas sendas; ¿mas cómo podremos volver á ellas si el conductor nos falta? Nuestras culpas, lo confesamos, nos hacen indignos de vuestra alta proteccion para con el Padre de las misericordias; pero conocemos nuestro yerro, volvemos arrepentidos, y llenos de compuncion y de dolor imploramos vuestra proteccion

en esta hora, y llenos de confianza christiana, esperamos la remision de nuestras culpas, y levantando ya nuestras manos y nuestro espíritu hasta el cielo, protestamos solemnemente la detestacion del pecado, y que sólo á Dios se debe el honor, la virtud, la gloria y la alabanza por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

SERMON

SOBRE LA RESURRECCION

DE LA CARNE,

PREDICADO EN SAN ROQUE

en la Feria VI. post Dominicam V.

Quadragesimæ. Año 1796.

*Scio quia resurget in resurrectione in
novissimo die. Joan. XI. 24.*

Yo sé que resucitará en la resurreccion en el último dia.

SEÑORES:

Asi responde á Jesu Christo Marta, hermana de Lázaro difunto, que yacía ya en el sepulcro, en ocasion que el Salvador venia á resucitarle para manifestar su divinidad, y confundir la incredulidad de los judios. Y de

las mismas palabras no dudo yo valerme en este dia, para radicaros mas y mas en un artículo de nuestro símbolo, que por mas que le impugnen los impíos y libertinos, se deberá siempre mirar como una de las verdades fundamentales de nuestra Religion: hablo de la resurreccion de los muertos, este grande objeto de la esperanza y de la fe de los christianos, como San Agustin se explica, este apoyo de la caridad y del amor de Dios, que nos hace continuamente desear el principio de una feliz inmortalidad que no conocemos aún sino con imperfeccion, como dice el mismo Padre.

La materia, señores, es de sumo interés, y aun necesaria en estos dias lúgubres, en que muchos jóvenes incautos, conducidos por fuerza á reyno extraño, se han dexado seducir de las capciosas máximas de los impíos, con vergonzosa desercion de la religion de sus padres. A estos pues digo con S. Agustin, si quitais la resurreccion,

aniquilais el christianismo; porque negar este principio, es segregarse del número de los creyentes, que apoyados en las escrituras, en la tradicion y en la razon, han confesado siempre el dogma de la resurreccion de los muertos. Yo no haré mas que tirar algunos breves rasgos sobre estos tres principios, para manifestaros este artículo de nuestro símbolo, y ponerlos á cubierto de las vanas cavilaciones de los incrédulos. Pidamos las luces del Espiritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa.

AVE MARIA.

Scio quia resurget &c.

Nada es mas expreso en las santas escrituras que la resurreccion de los muertos para que se presenten á juicio. El mas antiguo, segun algunos de todos los libros canónicos; es decir,

el de Job, testifica expresamente este dogma. "Yo sé, dice, que vive mi Redentor, y que en el último dia he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser revestido de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios, á quien he de ver yo mismo, y mis ojos han de contemplar, y no otro; esta es mi esperanza, que guardo en mi pecho."

Queriendo el Profeta Ezequiel confirmar á los judios cautivos en Babilonia en la verdad de este dogma, y anunciarles el fin de su cautividad, les manifestó aquella prodigiosa multitud de huesos áridos que cubrian el campo, los cuales reanimados por Dios á la voz del Profeta, se reunieron, tomaron carne y nervios, se pusieron en pie, y formaron un grande ejército.

Tan convencidos estaban de esta verdad los judios, á excepcion de la secta de los saduceos, precursores en esta parte de los impios de nuestro siglo, que preguntaron al Salvador los fariseos: ¿A qué marido perteneceria

despues de resucitar, una muger que se habia casado siete veces? La respuesta del Señor, al paso que confunde esta capciosa pregunta, los confirma en la fe de la resurreccion. "Vosotros errais, les dice, porque no entendéis las escrituras, ni conoceis el poder de Dios. Despues de la resurreccion, ni las mugeres tendrán maridos, ni los maridos mugeres: todos serán como los ángeles en el cielo."

"No os admireis, dice el mismo Jesu Christo al pueblo de los Judios, no os admireis, porque vendrá tiempo en que todos los que estan en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios; y los que hubieren hecho buenas obras saldrán de los sepulcros para resucitar á la vida, como los que las hubieren hecho malas saldrán para resucitar á su condenacion. La voluntad de mi Padre que me envió es, que todo el que vea al Hijo, y crea en él, tenga la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia."

San Pablo descubre asimismo este dogma con un raciocinio capaz de convencer al mas protervo. Habla con algunos fieles de Corinto, que preocupados aún con las falsas ideas de la filosofia pagana, tenian dificultad en creer la resurreccion universal. El Apóstol los instruye de un modo capaz de disipar todas sus dudas.

"Si es incontestable, les dice, que Jesu Christo, Hijo de Dios, y gefe de los electos ha resucitado, ¿cómo algunos de vosotros osan afirmar que no resucitarán sus miembros, despues de las promesas que les ha hecho? Si no hay resurreccion que esperar, todo el evangelio que habeis recibido no es mas que un texido de imposturas y de absurdos; nuestra predicacion es inútil, vana vuestra fe, los Apóstoles serían falsarios, que han testificado mentiras, y asegurado como cierto lo que Dios no ha hecho: ya no se debe contar con la virtud de los christianos, ni con la remision de los pecados, los

que murieron en los tormentos por Jesu Christo nada deben ya esperar; finalmente los fieles que esperan una otra vida, y las recompensas sobre la divina palabra, serán los mas insensatos é infelices de todos los hombres."

¿ Con qué expresiones mas enérgicas podía testificar S. Pablo la resurrección de los muertos? Pero aún no se contenta: quiere de paso refutar la principal objecion de los Corintios, inculcada en estos últimos siglos por algunos incrédulos. ¿ Cómo puede ser, dice en nombre de ellos, que muertos reducidos á polvo, cuya materia ha pasado por tantas formas y revoluciones, puedan volver á tomar su cuerpo como estaba?

Insensatos llama el Apóstol á los que así discurren. Hombres sin reflexión, les dice, el grano que sembráis ¿ no muere antes de producir su semejante, y no obstante lo veis renacer á su tiempo? Si la naturaleza resucita todos los dias de las semillas

muertas ó destruidas, ¿ por qué no quereis que su Autor resucite á los hombres muertos, á pesar de la corrupcion que han experimentado? También vemos que el producto de la semilla es mas perfecto que ella, porque de ella nacen las plantas, árboles, frutos ó flores. No es pues de admirar que de un cuerpo muerto saque Dios uno otro con cualidades superiores á las que en su primitivo sér tenia; ni que de un cuerpo material haga un cuerpo glorioso. Acerca de lo cual no es menos auténtico el testimonio de la tradicion que el de las escrituras.

Una prueba nada equívoca de la fe del pueblo judaico en esta parte nos proveen las palabras de mi *tema*. Apenas Marta oyó decir á Jesu Christo que resucitaria su hermano Lázaro, sin pensar hablase de su resurreccion en aquella hora, recurrió al principio de la resurreccion universal, protestando sabía bien que resucitaria en el dia novísimo; cuya creencia era tan general

IIO SERMONES

entre los judios, que miraban como hereges á los saduceos, que no creían la resurreccion de los muertos. ¿Pero qué mucho? ¿No fué esta la tradicion constante de la ley natural que el santo Job nos testifica? Por lo que hace á la Iglesia christiana siempre ha creído este misterio. Sería muy prolixo insertar aqui todos los testimonios de los Padres depositarios de esta tradicion. Baste por ahora saber que Tertuliano hablando de la resurreccion de los muertos, la llama esperanza de los christianos, basa en cierto modo y fundamento de nuestra religion. Baste saber con S. Agustin, que ella es el grande objeto de la esperanza y de la fe christiana, el apoyo de la caridad, el feliz principio de la inmortalidad, sin cuya fe no puede subsistir el christiano.

Reusais, añade este Padre, reusais creer la resurreccion de Jesu Christo, gage de la vuestra, y sus consequencias en la vida futura, porque no habeis visto á nadie que haya resucita-

VARIOS. III

do. ¡Insensatos! el Soberano del universo ha resucitado. El cielo, la tierra, los infiernos, los ángeles os dirán que Jesu Christo resucitó, y que sobre su palabra resucitaremos tambien nosotros á recibir el premio ó castigo que nuestras obras hubieren merecido conforme al oráculo de nuestro Salvador.

Añadid á los testimonios irrefragables de la escritura y de la tradicion el grave peso de las razones que persuaden este dogma. La sentencia que Dios pronunciará sobre el hombre no puede ser justa, dice Tertuliano, sino en quanto comprehenda las dos substancias que componen su persona, para que sea juzgado todo entero. El en efecto debe serlo segun que ha vivido; es decir, que sobre su vida y sus costumbres debe recaer la sentencia que decidirá de su suerte eterna. ¿Ha sido por ventura simplemente el alma la que ha obrado? ¿No, han tenido parte en las acusaciones del hombre

el alma y el cuerpo? Luego es necesario que el cuerpo reciba como el alma el castigo ó las recompensas que les son debidas; para lo cual es indispensable la resurreccion de todo el hombre. Argumento irrefragable, y que jamas podrán debilitar los enemigos de nuestra religion con todas sus objeciones.

Ellas por lo comun se reducen á incertidumbres sobre el modo de la resurreccion y sobre las cualidades de los cuerpos resucitados. ¡Insensatos! El que los sacó de la nada, el que formó esta infinita multitud de objetos admirables é incomprendibles al hombre, ¿no sabrá unir las partes dispersas de los cuerpos, restableciéndolas en su primer figura, sin que sea necesario comprehendais el modo con que hará esto? Porque no comprendéis en qué consiste el fluxo y refluxo del mar, la virtud del imán, la cuadratura del círculo, con otros muchos objetos que caen baxo vuestros

sentidos, ¿osareis por esto negarlos? ¿O será límite de la omnipotencia del Criador vuestra propia ignorancia? ¿Quién de vosotros ha sido consiliario del Señor para la sabia economía de sus obras? ¿O quién ha osado acercarse á ser curioso investigador de la Magestad, sin ser oprimido de su gloria?

Bástanos saber y creer lo que las escrituras acerca de esto nos enseñan con las expresiones mas enérgicas; esto es, que en el último dia se oirá la voz del Hijo del hombre por ministerio de un arcángel, que tocará una trompeta; es decir, segun los Padres é Intérpretes, que hará resonar el ayre desde un extremo á otro de la tierra de un modo terrible y mas espantoso, como dice un sabio, que el que se dexó oír sobre el monte Sinaí cuando descendió el Señor á dar su Ley á Moyses. Dada esta señal universal, aparecerá el Hijo del hombre con gran magestad sobre una nube; los muertos saldrán al instante de sus

sepulcros: unos resucitarán en su estado natural; otros en un estado glorioso. Asegurados estos de su triunfo por los méritos del Salvador, exclamarán: ¡O muerte! ¿dónde está tu victoria? ¡O muerte! ¿dónde está tu aguijón? Confundidos aquellos con el testimonio de su propia conciencia, dirán con un lamento inconsolable: *Todo lo hemos perdido; caed, montes, sobre nosotros.* Jesu Christo en este momento, ¡estremeceos, señores! Jesu Christo hará la separacion de los electos y de los réprobos. "Venid, dirá á los primeros, venid, benditos de mi Padre, poseed el Reyno que os está preparado desde la constitucion del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fuí huésped, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; pues siempre que hicisteis esta caridad á los pobres que son hermanos vuestros, la usasteis conmigo mismo."

Y volviéndose despues á los répro-

bos, que estarán á su siniestra, fulminará contra ellos estas terribles palabras: "Apartaos de mí, malditos, id á las llamas eternas, preparadas al demonio y á sus ángeles, porque habiéndome visto en necesidad en persona de mis pequeñuelos, no me disteis socorro alguno." De resultas de esta formidable sentencia, y sin apelacion, unos irán al fuego eterno, cubiertos de oprobrio y de ignominia: otros entrarán en la posesion de una vida soberanamente feliz, para gozar de Dios por una eternidad. Tales serán los frutos de la resurreccion universal, frutos de consuelo y de gloria para los predestinados, pero funestos y origen de un grito eterno para los réprobos; frutos finalmente que hemos de recoger nosotros mismos, sin distincion de personas, y á proporcion de nuestras obras.

¡Momento terrible, señores! Espectáculo el mas pavoroso de todos los siglos, que hemos de ver en esta

misma carne, que hemos de tocar con nuestros propios sentidos, siendo nosotros mismos representantes de esta augusta tragedia, en que ha de terminar el mundo, para que entremos todos en una eternidad, respectivamente feliz ó infeliz, segun el mérito de nuestras buenas ó malas obras.

Por esta causa nos manda Jesu Christo en su evangelio, que oremos y velemos incesantemente, porque no sabemos el dia ni la hora en que ha de venir nuestro soberano Juez. Asi como un hombre, dice, que despidiéndose para viajar, dexó su casa, y encargó á cada uno de sus siervos todo lo que debia hacer, ordenando al portero que velase; velad vosotros, porque no sabeis cuándo vendrá el dueño de la casa, si de sobre tarde, ó á media noche, ó al canto del gallo, ú en la mañana, no sea que cuando venga de repente, lo halle durmiendo. Lo que á vosotros digo, habla con sus discípulos, á todos lo digo;

velad, porque de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre.

Para infundirnos pues un temor santo, y convertir á todos los mortales al camino de la salud, les ha anunciado la caridad de Jesu Christo de un modo tan terrible los espantosos preliminares de la resurreccion y juicio universal; la ilusion, por exemplo, de los falsos profetas, sostenidos del Ante-christo, que se derramarán por todas partes, y harán prodigios tan engañosos como su doctrina infernal, para seducir á los hombres, aun á los electos, si posible fuera; las guerras civiles y crueles, que llevarán consigo la desolacion de todo el mundo; las hambres, las pestes, los grandes terremotos, que acompañarán este primer castigo, y que solo serán principio de los verdaderos dolores; la persecucion que suscitará el Ante-christo; las enemistades, los ódios que reynarán por todas partes, hasta en el seno

118 SERMONES

de la Iglesia; los escándalos, las caídas, los desórdenes públicos; la fe, la caridad, la paz que casi desaparecerán del mundo; la abominacion de la desolacion, que profanará los lugares santos; el sol que no arrojará sino una luz triste y opaca; la luna que perderá su luz; los astros, que caerán del firmamento con estruendo, y estas virtudes del cielo que se estremecerán, turbándose su curso en las cercanías del trastorno universal, ¿qué otra cosa significan sino que la última tribulacion, como dice un Padre de la Iglesia, debe ser precedida de otras muchas, á fin de despertar nuestro letargo, y de excitar en tiempo nuestros ánimos para huir de la ira futura, y tener parte en la resurreccion primera, si la queremos tener en la segunda y última? Es decir, segun el espíritu del evangelio, que creyendo firmemente como un artículo de nuestra fe, que en el día de la resurreccion universal de la carne he-

VARIOS. 119

mos de ser juzgados por Jesu Christo, y destinados á una gloria perpetua, ó á un suplicio eterno, ordenemos en tiempo nuestra vida, observando los mandamientos de Dios y de su Iglesia, para que nuestra muerte sea preciosa en su divina presencia, y podamos tener parte en esta resurreccion, de cuyo destino depende el de la eterna.

Este es, señores, el idioma de la religion en orden á la resurreccion de la carne, artículo fundamental de nuestra fé, apoyado en las escrituras, confirmado por la constante tradicion de la Iglesia, y sostenido por la razon misma.

Resta que vosotros todos aspireis desde este momento á la resurreccion de los justos, para recibir en cuerpo y alma en aquella hora la plenitud de la bienaventuranza celestial, que consiste en ver á Dios como es en sí, y gozarle eternamente. Mas para esto es indispensable, segun el evangelio, conocer al Señor en esta vida, obser-

120 SERMONES

var sus preceptos, y amarle hasta la muerte con todo nuestro corazon y nuestra alma. Asi será nuestra herencia, nos resucitará gloriosos, y reynaremos con Jesu Christo por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

121

SERMON

DE S. ANTONIO ABAD,

PREDICADO EN GRANADA
en el año 1800.

Certamen forte dedit illi, ut vinceret.
Sapient. 10. 12.

Dióle una fuerte lucha, para que
venciese.

Asi habla, sabios y respetables Prelados, congreso ilustre de varones perfectos, igualmente religiosos que ilustrados, asi habla el Espíritu Santo en elogio del Patriarca Jacob, cuando volviendo de Mesopotamia, luchó toda una noche con el ángel, sin que pudiese éste prevalecer; y las mismas palabras no dudo yo aplicar en esta hora en recomendacion del grande Antonio, este héroe de la religion de

120 SERMONES

var sus preceptos, y amarle hasta la muerte con todo nuestro corazon y nuestra alma. Asi será nuestra herencia, nos resucitará gloriosos, y reynaremos con Jesu Christo por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

121

SERMON

DE S. ANTONIO ABAD,

PREDICADO EN GRANADA
en el año 1800.

Certamen forte dedit illi, ut vinceret.
Sapient. 10. 12.

Dióle una fuerte lucha, para que
venciese.

Asi habla, sabios y respetables Prelados, congreso ilustre de varones perfectos, igualmente religiosos que ilustrados, asi habla el Espíritu Santo en elogio del Patriarca Jacob, cuando volviendo de Mesopotamia, luchó toda una noche con el ángel, sin que pudiese éste prevalecer; y las mismas palabras no dudo yo aplicar en esta hora en recomendacion del grande Antonio, este héroe de la religion de

Jesu Christo, que tantos y tan fuertes combates sostuvo en el desierto y en el mundo, sin dexarse jamas vencer. Es verdad que no luchó con el ángel del Señor como Jacob; pero combatió de poder á poder mas de una vez con el ángel de tinieblas satanáas, cuya terrible potestad no tiene igual sobre la tierra, segun la expresion del santo Job, prevaleciendo siempre contra él y todas sus huestes infernales; de suerte que puede contarse el número de sus victorias por el de sus combates. Ni fueron menos vigorosos y terribles los ataques que sostuvo de parte del mundo y de sí mismo; ni inferiores los triunfos que alcanzó de estos enemigos importunos y domésticos, que tantas veces han postrado por tierra á los cedros poderosos del Líbano; es decir, á varones en santidad muy eminentes.

Para manifestaros pues las célebres victorias de Antonio en todos sus duros y freqüentes combates me basta,

señores, recorrer sumariamente la admirable vida de este héroe, que dexó á la posteridad su íntimo amigo San Atanasio. Por ella vereis la fuerte lucha que sostuvo por mas de noventa años para triunfar del mundo, de sí mismo y del demonio: tres breves reflexiones que dividen la materia de su elogio, y que van á ser objeto de vuestras atenciones y de mis débiles conatos.

Infundid ¡ó mi Dios! en mis labios palabras de eficacia y de vida para que dignamente os publique glorioso en vuestros santos. No atendais, Señor, á mi indignidad, sino á los méritos de vuestro fiel siervo Antonio, y al bien espiritual de este numeroso pueblo, ansioso de vuestra doctrina. Renovad hoy vuestra gloria en el templo de nuestras almas. Asi rendidamente os lo pedimos por la poderosa proteccion de vuestra augusta Madre y nuestra María Santísima. Saludémosla todos con el ángel. *Ave Maria.*

Certamen &c.

La vida del hombre, decia el Santo Job, es un combate sobre la tierra; y ninguno será coronado, como afirma S. Pablo, si legitimamente no pelea; es decir, si ayudado de la divina gracia, no triunfa de sus enemigos. Estos, como nos enseña la doctrina, son el mundo, la carne y el demonio. Con ellos debemos combatir desde que tenemos uso de razon hasta el último aliento de nuestra vida, y sin vencerlos finalmente no podemos ser salvos. Por esta causa nos recomienda tanto Jesu Christo la vigilancia; pues en cualquier momento de descuido prevalecerán nuestros capitales enemigos, y nosotros perderemos el fruto de todas nuestras buenas obras. Todo el que entra en la lucha, dice el Apóstol, se abstiene de todas las co-

sas; y si esto, añade, hacen estos para alcanzar una corona corruptible, ¿qué deberemos hacer nosotros para conseguir la inmortal? S. Gregorio el Magno no duda afirmar, que para entrar en esta lucha ó combate debemos ir desnudos de toda afeccion terrena y bienes falaces del mundo.

Penetrado Antonio de estas grandes verdades desde los primeros años de su juventud, declaró una cruda guerra á todos los enemigos de su salud eterna. Los templos, la oracion, los ejercicios de piedad eran las delicias de este jóven Daniel. Sus padres no menos piadosos que ricos le apartaron desde luego de los tabernáculos de los pecadores, educándole segregado de todo comercio humano, para que los malos exemplos no pervirtiesen su inocencia. Por manera que llegó á ser adulto sin la mas leve tintura de literatura humana, ni saber mas idioma que el nativo. Pero compensaba esta falta su modestia, su veneracion en la Iglesia,

y rendida obediencia á sus padres.

Por muerte de estos, y aun cuando no tenia veinte años, heredó considerables riquezas, las cuales empezó á administrar fielmente, pues en vez de disiparlas como los hijos pródigos de todos los siglos, las invertia en la manutencion y decencia de una hermana doncella, y alivio de los pobres. Mas estando á pocos dias en el templo oyó cantar las palabras de Jesu Christo al jóven rico que le consultaba sobre el camino de la perfeccion; conviene á saber: *Si quieres ser perfecto, ve, y vende todo lo que tienes, y ven, y sígueme.* Al punto, en vez de entristecerse como el jóven del Evangelio, oye como otro Samuel, y obedece como otro Pablo. Vendió pues toda su hacienda, y colocada su hermana en una clausura de vírgenes, distribuyó todo el demas producto á los pobres para poner su tesoro en el cielo, á cubierto de todo latrocinio.

¿Pensais, señores, que Antonio se

contenta con esta resolucion generosa? ¿con triunfar, digo, del brillo seductor de las riquezas? Nada menos. Para vencer completamente al mundo huye presuroso á la soledad, donde habla Dios al corazon, y se sepulta vivo en las entrañas de la tierra. Figuraos por un momento al jóven Antonio en el desierto. El fondo estrecho de una roca, rodeada de precipicios, es su habitacion ordinaria. Su alimento son las yerbas, ó un poco de pan y agua, cuanto se necesita para no desfallecer. Su vestido pieles toscas, ó las hojas de las palmas, que le sirven mas bien de silicio que de abrigo. El ayuno, la oracion y la vigilia es su frecuente ocupacion, y el trabajo de manos su descanso; de suerte, que su vida no solo es una total privacion de todos los placeres, sino una penitencia continua y rigurosa.

¿Juzgais por ventura divisar un animado esqueleto de mortificacion? ¿Ah! señores, sin embargo de no

comer jamas hasta puesto el sol, y pasados á veces tres y cuatro dias, este nuevo Daniel se mantenía con vigor, y con un semblante alegre y risueño manifestaba la rectitud y paz interior que reynaba en su corazon. El dulce canto de las aves, el mormullo de los arroyuelos, la frondosidad y lozanía de los árboles, la suavidad y fragancia de las flores, el cielo, este libro abierto de las maravillas del Señor eran otros tantos poderosos estímulos para tributarle las mas rendidas alabanzas. Como abeja solícita, dice S. Atanasio, recorría las habitaciones de los Monges para imitar en cada uno de ellos las virtudes en que mas sobresalían; la continencia de éste, la alegría espiritual del otro; de éste la mansedumbre, de aquel la vigilancia; de uno la industria; de otros en fin la paciencia, el amor, la caridad. Por medio de una vida tan laboriosa no solo triunfó del mundo, sino tambien de sí mismo:

segunda reflexión de este discurso.

II. Vencerse á sí mismo, dice un sabio filósofo, es la primera y mas difícil de todas las victorias de un héroe; porque trae consigo dos ventajas, como se explica Tertuliano; una, la gloria de agradar á Dios; otra, el gage de vivir eternamente. Mas este es un combate muy duro, expuesto á los mas vigorosos ataques del enemigo mas obstinado é importuno. Hablo del de la rebelion de las pasiones, y de aquella formidable concupiscencia de que tanto se lamenta S. Pablo, aun con todas las gracias de su Apostolado. Yo, decia, experimento en mis miembros una ley tan imperiosa é inflexible, que se opone á toda mi razon, y me cautiva en el pecado: huyo del bien que deseo, y executo el mal que aborrezco: quiero lo que no quisiera, oponiéndome á mis ardientes deseos. Hásemelo dado el estímulo de mi carne, este ángel de sataná, que me maltrata y

me persigue hasta el cielo, donde he fixado mi morada. ¡Infeliz de mí! ¿Quién romperá los vínculos que me ligan á este cuerpo mortal y criminal? Queramos ó no, dice el grande Augustino, la concupiscencia se rebela contra la razon, la carne se enfurece á pesar nuestro, nos solicita, nos atrae, nos molesta, nos deleyta, nos domina, nos arrastra, nos precipita.

Antonio pues, para combatir con enemigo tan nocivo é importuno, se arma con la oracion y con la penitencia, estos dos invencibles escudos tan recomendados por Jesu Christo contra todas las tentaciones. Verdadero imitador de S. Pablo, castiga su cuerpo, y lo reduce á servidumbre. A la penitencia hace suceder la oracion, á la oracion el ayuno, al ayuno las vigiliass, á las vigiliass el trabajo de manos, al trabajo de manos la visita de los solitarios que vivian baxo su direccion; y cuando daba algun breve descanso á sus miembros,

era sobre el duro suelo, y vestido de un cilicio interior, que mas le servia de instrumento y lecho de penitencia, que de consuelo y refrigerio. Asi domaba la rebelion de sus pasiones y apetitos, viviendo sobre la tierra como si no estuviese en carne mortal, adherido á las virtudes, al cielo y á Dios, como si fuese un ángel, ó mortificando su carne, como si fuera insensible.

Entrad, os ruego, con la consideracion en las bastas malezas de la Tebaida, y hallareis á otro Elías exterminando en persona de los Arrianos, á los falsos profetas de Baal; á otro Eliseo llevando consigo la capa del venerable Pablo, primer Ermitaño; á otro Bautista, predicando y haciendo penitencia; á otro Moysés, conduciendo por los desiertos de Egypto al pueblo escogido de Dios; á otro Josué, guiando á los verdaderos Israélitas, y dirigiendo sus combates, para que entrasen á poseer la tierra

de promisión; hallareis en fin un hombre extraordinario, que vive siempre para Dios, porque no supo vivir para sí solo en el mundo, como se explica el Crisólogo.

El zelo de la honra del Señor le devoraba, poniendo los mayores conatos en conducir almas al cielo. Amonestaba á sus discípulos á que tuviesen siempre la eternidad en su memoria, para refrenar los apetitos de la carne; que reflexáran todas las mañanas, que acaso no vivirían á la noche, porque ignoraban la hora y el día de la venida del supremo Juez, que temiesen cada noche no llegar acaso á la mañana, porque el número de los meses y días está en manos de Dios; que dirigiesen cada una de sus obras como si fuera la última, porque la hora de la estrecha cuenta solo el Señor la sabe.

Estas saludables máximas producían todo su efecto en los discípulos de Antonio; de suerte que la soledad florecía como el lirio, según la expre-

sion de Isaías. Sí, señores, aquellos horribles desiertos del Egipto, por donde los Israelitas anduvieron errantes el espacio de cuarenta años, consagrados después con las plantas y adorable presencia de Jesu Christo, fugitivo de Herodes, vinieron en tiempo de Antonio á convertirse en un delicioso paraíso, donde una infinidad de eremitas hacían resonar en dulces cánticos é hymnos las alabanzas de su Criador. ¡Qué gloria para Antonio ser conductor y jefe de tantas almas, para introducir las en la verdadera tierra de promisión!

No contento pues con ser víctima de la más austera penitencia, para sujetar la rebeldía de su carne, hecho todo para todos como otro Pablo, instruye á sus discípulos, los corrige, los alienta, los confirma en su vocación, los edifica con su humildad y aspereza de vida, los consuela en fin en sus tribulaciones. En vano el demonio le declara una cruda y abierta

guerra. Antonio, que ayudado de la gracia de Dios, ha triunfado del mundo y de la carne, va tambien á aplicar á sataná al carro de sus gloriosos trofeos. Lo vereis demostrado en la tercera y última reflexión. Seguidme sin desmayar.

III. El príncipe de las tinieblas, dice el Apóstol S. Pedro, anda continuamente al rededor de nosotros como un leon rugiente, buscando á quien devorar, y sus mayores asaltos se dirigen contra las almas justas para derribarlas de la gracia, envidioso de su eterna felicidad. Las obras de Antonio eran muy luminosas para que se pudiesen ocultar á un espíritu tan vigilante, tan perspicaz y comprehensivo. Observa desde luego un jóven que renuncia del mundo, de sus placeres y dignidades, que vende su rico patrimonio, y lo reparte á los pobres, que huye á la soledad, y se encierra en una gruta, como inocente paloma en los agujeros de las peñas, que em-

prehende una vida laboriosa, mortificada y penitente, conduciendo á otros muchos por las mismas sendas.

Prepara pues sataná todas sus máquinas, usa de toda su astucia, ordena todas sus legiones, y tiende todos sus lazos para derribar la fortaleza de Antonio, y precipitarlo en el abismo del pecado. Ya le pone delante las muchas buenas obras que hubiera podido hacer en el mundo con sus riquezas, ya la falta de caridad consigo mismo en su dura constitucion, que no es extraño en esta bestia infernal, hacer de teólogo para alucinar con su falacia á los incautos, ya le combate de dia y de noche con pensamientos impuros y representaciones obscenas, ya le maltrata de obra, dexándole casi muerto, ya procura asustarle con horribles visiones y espectros. Mas siempre le resiste, le confunde y le ahuyenta este nuevo Job de la ley de gracia.

Permitidme, señores, hacer el pa-

ralelo. Satanás pide licencia á Dios para tentar á Job; igual permiso tuvo en órden á Antonio. El Señor prohibió al demonio atentase contra la vida de Job; la misma prohibicion se le intimó en órden á Antonio. El demonio maltrató á Job, cubriéndolo de llagas de pies á cabeza; lo mismo executó con Antonio, llenándole todo su cuerpo de heridas, hasta dexarlo casi muerto. Job fué maltratado por satanás príncipe de los demonios; Antonio lo fué por este mismo acompañado de una legión entera. El demonio se manifestó á Job; y tambien á Antonio muchas veces, ya en persona de un jóven, ya de una muger desenvuelta y lasciva, ya disfrazado en ángel de luz, ya en figura de osos, tigres, leones y otras bestias feroces. Pero en lo que mas perfectamente convienen, es en que en ninguna de estas ocasiones, ni Job ni Antonio pecaron con sus labios.

Aquel, lleno de conformidad ex-

clamaba: si de mano del Señor recibimos los bienes, ¿por qué no recibiremos tambien los males? Sea bendito el nombre del Excelso; y Antonio en sus mayores tribulaciones decia con David: bendito sea el Señor Dios mio, que instruye mis manos para la lucha, y mis dedos para el combate.

Sí, señores, Antonio con sus manos y dedos prevalecia siempre del comun enemigo. Con sus manos tomaba las disciplinas para humillar su cuerpo y reducirlo á servidumbre: con sus dedos formaba la señal de la cruz, instrumento de nuestra salud, y con ella disipaba todas las ilusiones del demonio.

Creedme, decia á sus discípulos, satanás teme mucho el ayuno, la oracion, la humildad y las buenas obras, ni aun es capaz de cerrar mis labios cuando hablo contra él. Las ilusiones del diablo presto se desvanecen, especialmente si el hombre se arma con la señal de la cruz. El demonio tiem-

bla en su presencia, porque nuestro Salvador por medio de este adorable instrumento triunfó de él, le desarmó y ligó en el abismo. En una de estas ocasiones en que los demonios le habian dexado casi exánime, tendido en el suelo por no poderse mantener en pie, los desafiaba diciéndoles: *Miradme, aqui estoy, haced todo quanto podais contra mí, nada podrá jamas separarme de Christo mi Señor.*

Tanto ascendiente tomó Antonio sobre sataná, que en una de estas apariciones le confesó estar vencido. ¿Pero qué mucho, si los demonios eran arrojados del cuerpo de muchos energúmenos, con solo invocar el nombre de Antonio? Dios, que es la misma fidelidad por esencia, y la verdad por naturaleza, así se lo habia prometido diciéndole: *porque has resistido con magnanimidad á tus enemigos, siempre te protegeré, y haré tu nombre famoso en toda la redondez de la tierra.*

En efecto, Antonio sepultado en las

entrañas de la tierra, viene á ser célebre en Egypto, en Africa, en España, en Francia, en el Ilirico, y aun en la misma capital del mundo Roma, como afirma S. Atanasio; y los mundanos entregados al comercio del siglo, apenas son conocidos de todo un pueblo, y á veces cuando lo consiguen, mas es por lo notorio de sus vicios, que por el mérito de sus virtudes. Le visitan los Obispos, y Obispos como el grande Atanasio; le escriben los Emperadores, y Emperadores como el gran Constantino y sus hijos, cartas llenas de humanidad y de reverencia filial. Todo el mundo busca al hombre de Dios, al vencedor del demonio, al gefe de las almas justas. Gentiles de todas edades, de todas condiciones y estados corrian á porfia al desierto, para decirle como el ejército de Judá al célebre Macabeo: *tú serás nuestro gefe, y nosotros haremos lo que tú nos mandes.*

¿Pero digo el pueblo fiel? Hasta los

mismos filósofos gentiles y hereges arrianos iban á visitarle movidos de la fama de su nombre. ; A cuántos no convirtió haciéndoles ver la certeza y seguridad de la religion christiana, confirmándola en presencia de ellos con milagros, y ahuyentando con la señal de la cruz al demonio que los poseía!

Sería no acabar si hubiese de referir por menor todos los ilustres trofeos que erigió Antonio del mundo, de la carne y de sataná. Basta decir que Dios le asistió en todos los recios combates que le dieron estos poderosos enemigos, para que triunfase siempre de ellos; del mundo, renunciando de sus riquezas, vanidades y placeres; de la carne, con la oracion, la humildad y la mortificacion; del demonio, con el ayuno, la penitencia y la señal de la cruz. *Certamen forte dedit illi, ut vinceret.* Digno por tanto de la veneracion de la Iglesia, de la aclamacion de los pueblos, y de la invocación é imitacion de los fieles.

A vos pues, ¡ó Santo Patriarca! padre y modelo de los eremitas y héroes de la penitencia, á vos recurren hoy postrados vuestros hijos, implorando vuestra mediacion para con el Dios de las misericordias, á fin de que eche sobre nosotros una mirada favorable, capaz de consolar la tribulacion de la Iglesia y del Estado en las presentes circunstancias. No veamos por vuestra intercesion ¡ó tutelar de esta casa! entrar por ella incircuncisos de corazon que profanen las aras de Dios vivo. Sea este suntuoso y magnífico tabernáculo, erigido con tantas contradicciones y afanes, y que hoy se consagra por la primera vez al Rey inmortal de todos los siglos, sea, repito, un monumento eterno de la piedad de los bienhechores, y de la solicitud de los agentes y operarios, que sin perdonar gastos, confiados únicamente en Dios, le han llevado hasta su conclusion en breve tiempo. Veán pues

142 SERMONES

las generaciones posteriores hasta la consumacion de los siglos, sacrificarse en él por la salud del género humano el cordero sin mancha, que quita los pecados del mundo, Jesu Christo Sacramentado, á quien se debe el honor, la gloria, la alabanza y la accion de gracias por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

143

SERMON
DE ROGATIVA
POR LA PESTE,

PREDICADO

EN EL CONVENTO DE S. ANTONIO ABAD
de Granada á 29 de Octubre de 1800.

*Custodite sabbata mea, et pavete ad
Sanctuarium meum. Ego Dominus.
Levit. XXVI. 2.*

Guardad mis sábados, y tened pa-
vor á mi Santuario. Yo el Señor.

Tales son las palabras con que for-
mó Dios su exórdio, cuando por mi-
nisterio de Moyses, determinó anun-
ciar á su pueblo sobre el monte Sinái
los premios que debian esperar los
que obedeciesen sus preceptos, y los

Tom. VI.

K

142 SERMONES

las generaciones posteriores hasta la consumacion de los siglos, sacrificarse en él por la salud del género humano el cordero sin mancha, que quita los pecados del mundo, Jesu Christo Sacramentado, á quien se debe el honor, la gloria, la alabanza y la accion de gracias por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

143

SERMON
DE ROGATIVA
POR LA PESTE,

PREDICADO

EN EL CONVENTO DE S. ANTONIO ABAD
de Granada á 29 de Octubre de 1800.

*Custodite sabbata mea, et pavete ad
Sanctuarium meum. Ego Dominus.
Levit. XXVI. 2.*

Guardad mis sábados, y tened pa-
vor á mi Santuario. Yo el Señor.

Tales son las palabras con que for-
mó Dios su exórdio, cuando por mi-
nisterio de Moyses, determinó anun-
ciar á su pueblo sobre el monte Sinái
los premios que debian esperar los
que obedeciesen sus preceptos, y los

Tom. VI.

K

males con que debía castigar á los transgresores, para darles ocasion de implorar su misericordia. Y con las mismas palabras no dudo yo reconvienros, cuando llenos de terror á presencia de las calamidades que afligen hoy á las ciudades de Cádiz, Sevilla y pueblos adyacentes, venis á postraros á los pies de los altares, rogando al Señor por la intercesion de su Madre dolorosa y de su padre putativo, se digne preservaros del contagio que devora á vuestros hermanos.

¡Qué justa causa de temer, señores! ¡qué urgente motivo para orar, y qué sólida esperanza de ser oidos, si desde esta hora nos resolvemos á observar los dos preceptos que nos intima Dios en las palabras de mi tema! Guardad, nos dice, mis sábados, y tened pavor á mi santuario; esto es, santificad mis festividades, y tened respeto á mis templos, porque de la observancia ó inobservancia de

estos preceptos depende vuestra felicidad ó infelicidad, no solo temporal, sino la eterna.

No me atreveria yo á comentar así estas palabras, si antes no las hubiese expuesto el mismo Dios por boca de Moysés. "Si guardais, dice, en seguida mis preceptos, os daré lluvia á sus tiempos, los árboles se llenarán de fruta, la trilla de las mieses alcanzará á la vendimia, y la vendimia embarazará la sementera: comereis vuestro pan en hartura, y habitareis sin pavor en vuestra tierra. Daré paz en vuestros términos; dormireis sin sobresaltos.... quitaré las bestias nocivas... perseguireis á vuestros enemigos... cinco de vosotros á cien extraños, y cinco de vosotros á diez mil.... os miraré benignamente, y os multiplicaré, firmando mi pacto con vosotros.... seré vuestro Dios, y vosotros sereis mi pueblo, Yo el Señor Dios vuestro que os saqué de la tierra de Egipto, y quebré las cadenas que

abrumaban vuestras cervices.”

He aquí, señores, las recompensas magnificas que Dios promete á los que guardan sus sábados ó festividades, y tienen pavor á su Santuario. Pero fulmina sin interrupcion las mas terribles amenazas contra los transgresores de estos preceptos. “Si no me oyereis, dice el Señor, ni observareis mis mandatos... Yo tambien haré esto con vosotros: os visitaré prontamente con la carestía, y con un ardor ó calentura que destruya vuestros ojos, y consuma vuestras almas. En vano sembrareis, porque las mieses serán destruidas por los enemigos.... Ellos os perseguirán, y aun vosotros huiresis sin que nadie os persiga.... Yo quebrantaré vuestra dureza: os daré un cielo de fierro, y una tierra de bronce. En vano trabajareis, porque ni la tierra producirá yerba, ni fruto los árboles.... Enviaré sobre vosotros la espada vengadora de mi alianza. Cuando huye-

reis á las ciudades, enviaré la pestilencia en medio de vosotros, y sereis entregados en manos de los enemigos... Caereis entre las ruinas de vuestros ídolos, y mi alma os abominará hasta el extremo de reducir á solédad vuestras ciudades, y dexar desiertos vuestros santuarios... Todo á fin de que confeseis vuestras iniquidades... Para acordarme del pacto que hice con Jacob, Isaac y Abraham.”

¿Son estas por ventura amenazas exclusivamente hechas al pueblo de los judios, ó miran igualmente al pueblo christiano? ¿Son palabras proféticas respecto de uno y otro pueblo, ó hechos y sucesos reales que ya experimentamos? ¡Ah señores! ¿cuánto tiempo hace que la carestía nos aflige, que la guerra nos oprime, que nos cerca el castigo, despues de haber casi destruido las mas populosas y brillantes ciudades de Andalucía? ¿De dónde pues os parece proviene este cruel azote, sino de la inobser-

vancia de aquellos preceptos que atra-
xo iguales castigos sobre la dura cer-
viz de los Israelitas?

No será pues fuera de propósito
inculcaros la substancia de ellos, y
persuadiros á su exácto cumplimien-
to, para que abandonadas vuestras
iniquidades, se acuerde el Señor de
su alianza con vosotros, preserván-
doos de su ira, pronta ya á recaer
sobre vuestras cabezas. Hablaré pues
en primer lugar de la santificacion de
las fiestas, y en segundo del respeto
debido á los templos; sin omitir de
paso las funestas consequencias que
traen consigo sus transgresiones. Pi-
damos las luces del Espíritu Santo
postrándonos con sumision y rendi-
miento ante aquel augusto y adorable
Señor Sacramentado, origen y prin-
cipio de toda gracia. *AVE MARIA.*

Custodite sabbata mea &c.

Por un precepto de la religion, que
es la mayor entre las virtudes mora-
les, estamos obligados á observar un
dia en la semana, destinado al culto
de Dios y santificacion de nuestras
almas. Desde el principio del mundo
hubo este dia consagrado al Señor,
confirmado é inculcado del modo mas
solemne, asi en la ley natural como
en la escrita y en la del evangelio.

En su origen fué el sábado un dia
festivo, instituido por Dios, para que
conservásemos la memoria del bene-
ficio de la creacion. En seis dias hizo
el cielo y la tierra con los demas
seres criados, que por un efecto de
su bondad se dignó sacar de la nada. ®
En el dia séptimo descansó de la obra
que habia hecho. Este descanso que
anuncian expresamente las sagradas

letras no denota cansancio ó disminución de fuerzas en el supremo Hacedor. Imaginarlo sería blasfemia. Tampoco quiere decir, que cesó en aquel momento toda acción del Omnipotente en orden á sus criaturas. Únicamente cesó la acción creativa de este mundo aspeetable. Por lo demás, siempre ha seguido criando almas y obrando prodigios en el orden de la naturaleza y de la gracia, porque en Dios nos movemos, vivimos y somos, según el Apóstol; y si un solo momento nos dexase de su mano, volveríamos á la nada, de donde salimos.

Ademas, Dios está ocupado eternamente en las operaciones inmanentes de su divino entendimiento y voluntad, con el conocimiento, amor y gozo de sí mismo y de sus perfecciones infinitas.

En la obra pues de la creación como que salió de sí mismo para comunicarse *ad extrã*, como dicen los

teólogos, y cuando concluyó esta acción creativa, como que volvió á entrar en sí mismo y en su eterno reposo. Así para memoria de aquel singular beneficio, y de este descanso eterno que goza siempre en sí mismo, consagró el día séptimo, ordenando descansar en él al hombre, para que le diese culto, y se santificase al mismo tiempo. Fué pues de precepto divino la santificación de este día en la ley primitiva de los Patriarcas desde la creación del mundo, como afirman San Juan Chrysóstomo, el Nisenó, San Agustín y San Teófilo con otros muchos Padres.

En el progreso de los siglos esta ley positiva fué particularmente intimada á los judios por ministerio de Moyses sobre el monte Sinai en memoria de su salida y libertad de la esclavitud de Egipto. Por manera que les era prohibido en sábado aderezar comida, caminar mas de una milla, comprar, ni vender cosa alguna, y

en fin toda obra servil, para que se ocupasen totalmente en alabar á su Dios.

¿ Pero qué digo? aun entre los mismos gentiles se encuentran vestigios claros del dia séptimo consagrado al Señor. Sabemos que los Druidas de la Bretaña tenian este dia por santo; que los Fenicios consagraban un dia de los siete á Saturno: que en Delfos se cantaba á Apolo un hymno cada siete dias: lo mismo hacian los Atenienses en el séptimo dia de la luna, y Hesiodo llama sagrado el dia séptimo. Todo esto prueba la exáctitud con que se observaba el dia consagrado á Dios, asi en la ley patriarcal, como en la dispensacion mosaica, cuyo acto religioso vino á degenerar en supersticion entre los gentiles, que trasladaron á sus ídolos el culto debido á solo el verdadero Dios.

Despues de la Resurreccion de Jesu Christo y venida del Espíritu Santo, la fiesta del sábado ó último dia de la

semana se trasladó al domingo por institucion divina. Asi consta por tradicion apostólica derivada hasta nosotros, por testimonio unánime de los Padres. S. Ignacio, discípulo de S. Pedro, exhorta á los christianos de Magnesia á no dexarse seducir del error acerca de la observancia de la ley ceremonial judaica, sino que adopten una conforme al dia del Señor ó domingo, en que nuestra vida resucitó por él de entre los muertos, por su muerte misma. S. Ireneo, S. Dionisio de Corinto, S. Meliton Sardicence, Orígenes, S. Cipriano, para omitir otros muchos, testifican la misma verdad; y Clemente Alexandrino ilustrando la sentencia de S. Ignacio, de conformar la vida con el dia del Señor, dice: El que guarda el precepto del evangelio, hace su vida dia del Señor, porque desecha todo mal pensamiento, y se hace verdadero iluminado, adoptando pensamientos espirituales y christianos, de sabiduría y

santidad con que glorifica la resurrección de Jesu Christo y venida del Espíritu Santo, misterios inefables obrados en el domingo para complemento de su victoria sobre el príncipe del infierno, y conclusion de la grande obra de la salud del hombre.

Asi el dia festivo de la semana, que en su origen fué instituido para dar gracias á Dios por el beneficio de la creacion, confirmado en la ley de Moyses en memoria de la libertad del pueblo escogido de la esclavitud de Egipto, vino á ser en la ley de Gracia trasladado al domingo, para que alabásemos en él al Señor, no solo por los beneficios comunes de Criador y Provisor general, sino principalmente por la redencion del género humano por medio de la encarnacion, muerte y resurreccion del Hijo de Dios, que envió sobre nosotros á su divino Espíritu para que nos iluminase y dirigiese durante nuestra peregrinacion. La deuda pues primera de toda cria-

tura racional y capaz por consiguiente de conocer y amar á Dios, es tributarle homenaje, como á Señor de infinita Magestad, su Criador, su Bienhechor, su Padre y último fin. Su excelencia suprema y sus infinitas perfecciones exigen de justicia este culto en señal de nuestra gratitud y reconocimiento á su soberana bondad.

La santificacion de nuestras almas es un nuevo titulo de justicia que nos obliga á consagrar á Dios ciertos dias para procurarnos los socorros debidos, y hacer provision de remedios propios á la curacion de nuestras dolencias espirituales; porque de nada nos servirian los misterios obrados á beneficio de nuestra salud, si no procurásemos aplicarnoslos siendo cooperadores de Dios en nuestra santificacion, negocio único nuestro, y que pide nuestra mayor atencion, no solo por su incomparable importancia, sino por ser precepto del Señor, y fin último de nuestra redencion.

Supuesta la obligacion de observar el dia festivo por la ley natural, divina, positiva y eclesiástica, resta instruiros en el modo de observarlo, para que sea razonable vuestro culto, conforme al oráculo de S. Pablo, y aceptas á Dios vuestras solemnidades.

El precepto pues de santificar al Señor el domingo y dias solemnes, en parte es *afirmativo*, porque prescribe ciertas obras, y *negativo* en parte, por las que prohíbe. Estas son todas las serviles; conviene á saber, las de los artesanos y siervos, como tambien las de grangería y comercio, sin que valga la excusa de hacerlas por diversion; los procesos civiles ó criminales, la caza con estrépito &c. Sobre todo lo cual se debe deferir al dictámen de un Director sabio y prudente, para nada hacer en estos dias que se oponga al fin de su institucion; es decir, á dar gloria á Dios, y santificar nuestras almas.

Por esta causa mandan muchos Con-

cilios, que en los dias festivos se cierran las casas de juego, las tabernas, las fondas mientras se celebran los divinos Oficios. Otros prohiben los bayles, principalmente los públicos y promiscuos. S. Carlos Borromeo prohíbe todo juego, combate, danza ó festin en estos dias. Un dia festivo, dice el Concilio de París, empleado en ociosidades, es un dia de bestias; pero gastado en diversiones y liviandades es un sábado de satanás, una fiesta consagrada al diablo. Guardad el sábado; esto es, el dia festivo, dice S. Agustin, no carnalmente como los judios, que abusaban de este descanso para pecar. Mejor hubiera sido, añade, que hubiesen estado cavando todo el dia, que parte de él baylando.

¿Qué mas? Teodosio el mayor prohíbe en el siglo IV, aun á los mismos paganos, los juegos gymnásticos, los de torneos, de pelota, las carreras del circo, la caza y la pesca. Teodosio el menor extendió esta prohibicion

á las fiestas solemnes del año, al tiempo de Cuaresma y de Resurrección: Leon y Antemio prohibieron en estos dias toda diversion teatral. Uno de los Concilios Cartaginenses presentó un memorial á Teodosio para que pudiese en todo su vigor la ley de Graciano contra los juegos públicos en tales dias, y el IV de Cartago manda sean excomulgados los que despreciando el culto solemne de Dios en estos dias, gasten el tiempo en juegos y diversiones profanas. Todo á fin de que diésemos á Dios lo que es de Dios, como nos ordenó Jesu Christo.

El descanso pues del sábado patriarcal y mosayco, ó de la ley natural y escrita, trasladado al domingo y dias solemnes de la ley de gracia, debe ser una imitacion del reposo de Dios en la eterna contemplacion de sus perfecciones y atributos, y del que gozan los bienaventurados en el cielo, que es una continua accion de fervor. El descanso del Señor, dice

S. Agustin, es todo accion, y el del christiano debe ser una continua aplicacion á dar alabanzas á Dios, y á santificar su alma con los actos de religion, como el Chrysostomo se explica.

Los principales de estos son la oracion pública y privada, la contemplacion, la instruccion en los misterios de la fe, la educacion de los hijos, el exercicio de las obras de misericordia, el exámen de conciencia, el uso frecuente de la confesion y comunion, la asistencia al santo Sacrificio de la Misa, con todo lo demas que conduzca á dar gloria á Dios, al bien de nuestra alma y de nuestros hermanos. Y si alguna honesta recreacion se nos permite, es despues de haber llenado los deberes de la religion.

¡Pero ó tiempos! ¡ó costumbres! ¡ó vergonzosa indolencia! ¡ó confusion de nuestro siglo! Si atendemos al idioma de la religion, el hombre fué criado á imagen y semejanza de Dios para servirle y amarle en esta vida,

á fin de gozarle para siempre en la eterna. Mas si escuchamos el lenguaje del siglo, y examinamos las obras de las gentes del mundo, el hombre nació para pasarlo bien, y los dias festivos no tienen para él otro destino que la diversion, para solazarse y descansar del trabajo de la semana. El juego, la taberna, los espectáculos, los convites donde la gula compite con la vanidad; los bayles, donde alterna la sensualidad con la gula y el luxo ruidoso, ¿no son estas las principales ocupaciones de los dias festivos en nuestro siglo corrompido? ¿No se reserva la mayor funcion teatral para el dia mas solemne? El que oye Misa busca la mas ligera, á fin de que le quede mas tiempo para gozar de los placeres. Con esto creen haber cumplido con el precepto de santificar las fiestas, viviendo satisfechos de sí mismos; mientras Dios los reprueba; y despues de haber pasado sus dias en delicias, descienden en un momento al abismo,

segun la expresion de la Escritura.

Este olvido de Dios, este abandono de las obligaciones de christiano, esta dura cerviz con que resistimos al yugo de la ley, esta insensibilidad con que oímos las mas terribles amenazas de parte de Dios, esta profanacion de los dias que le estan consagrados por derecho natural, divino y positivo; he aqui, señores, el primero y funesto origen de las calamidades públicas, que hace dias nos affigen; de la guerra que nos destruye; de la peste en fin, que con pasos de gigante se acerca a devorarnos.

Ni es menos criminal, ni de consecuencias menos funestas la profanacion del santuario, segundo origen de los males que nos oprimen, y castigo que nos amenaza. Renovad aqui vuestra atencion.

II. Aunque Dios, por la inmensidad de su Sér, existe en todas partes por esencia, presencia y potencia, y por esta razón, dice S. Pablo, que

conviene orar en todas partes, porque en todo lugar se le debe el sacrificio de alabanza; sin embargo ha reservado para sí ciertas porciones de tierra, que consagradas á su nombre, mira como sus delicias, su casa propia, y lugar destinado para recibir los homenajes debidos á su Soberanía, y comunicar como desde propiciatorio sus adorables misericordias al hombre. He aquí el origen del respeto debido á los templos, y del pavor con que debemos entrar en el santuario, lleno siempre de la Magestad de Dios.

El Señor está en su templo, decía el Real Profera, y el Señor está en el cielo. En el cielo como en su trono, porque en él beatifica á los bienaventurados, y en el templo, porque en él justifica á los pecadores. En el cielo, porque en él es glorificado por los ángeles y por los hombres; y en el templo, porque en él se comunica á los justos. En el cielo, porque allí creemos está sentado Jesu Christo á la

diestra de Dios padre; y en el templo, donde real y verdaderamente existe el mismo Salvador, sacramentado por nuestro amor baxo las sagradas especies de pan y vino. En el cielo, porque desde él hace descender sobre nosotros todo perfecto don el Padre de las luces; en el templo, porque en él somos purificados en las aguas saludables del sacro Bautismo, y reconciliados muchas veces por medio de la Penitencia. En el cielo, porque allí esperamos gozarle eternamente en compañía de los ángeles y Santos, embriagados con aquel torrente de dulzura, que les sirve de alimento y de bebida; y en el templo, porque en él participamos del Pan de los ángeles; es decir, del adorable Cuerpo y Sangre de Jesu Christo, que se nos da por vianda, y como una prenda de la bienaventuranza.

¡Qué poderosos motivos para tener pavor, respeto y veneracion á los templos de Dios! Pero ¡ó confusion vergonzosa de los christianos de nuestros

días! La Iglesia, casa de Dios, casa de oración, paraíso de las delicias del Señor sobre la tierra, se ha convertido ya en casa de conversacion; donde no tanto se trata de dar culto y honor á Dios, de implorar su misericordia, de gemir por nuestras culpas, quanto de las vagatelas y futilidades del mundo, de ver y de ser vistos, de hacer ostentacion del luxo y de la moda, por criminal y detestable que sea; y como si no bastase para irritar al Señor haberle injuriado en las calles, plazas y teatros, se le viene á insultar en el sagrado asilo de su propia casa con la vanidad, la cita, la seña, la palabra inmodesta.

¡Ah! ¿cuándo volvereis vosotros, dias felices de la Iglesia primitiva, siglos religiosos, en que los fieles no osaban hablar, ni aun entre dientes, en el templo, ni les era licito respirar con fuerza? Cuando se juntan á celebrar las solemnidades, decia Casiano, hay tanto silencio entre la innumerable multitud, que solo se oye

al que canta los hymnos; y al acabar, se la oracion principalmente ni escu- pen, ni se suenan las narices, hasta haber el Sacerdote concluido las preces.

¿Pero qué digo? Los paganos mismos y los demas sectarios de falsas religiones, ¿no tienen mas respeto á sus templos que los christianos de nuestros dias? Entremos en ellos, decia un gentil, con la mayor modestia; al acercarnos al sacrificio baxemos la vista, y preparemos la ropa con mucha compostura, altamente persuadidos á que todos los males que nos sobrevienen dimanen de nuestra falta de veneracion en el templo. Si esto es así, dice S. Agustin, ¿qué deberemos esperar nosotros profanando el santuario del verdadero Dios?

Temblad y estremeceos, oyentes: Jesu Christo, la mansedumbre misma por esencia, y la misericordia por naturaleza, castiga con el mayor rigor á los profanadores de su casa. En efecto sufrió ser perseguido, toleró con pa-

ciencia las mas atroces injurias, y una muerte afrentosa; pero cuando vió profanada la casa de su Padre, devorado del zelo de su honra, tomó un látigo, y arrojó de ella á los contratantes, derribando sus mesas y el dinero por el suelo. Mi casa, les dice, es casa de oracion, y vosotros la habeis convertido en casa de negociacion. Ni debeis perder de vista, que todo lo que en el templo vendian á la sazón los Judios eran cosas destinadas para los sacrificios. Sin embargo los castiga sin misericordia, porque faltaban al respeto debido al santuario: crimen horrendo que atrae sobre nosotros la ira del Señor, y que con dificultad se nos perdona.

Pueblo mio, el que te alaba y llama feliz, dice el Profeta, ese te engaña. El Señor ha fulminado las mas terribles amenazas contra los profanadores de su casa. Oidle hablar por Ezequiel: Hijo del hombre, entra á ver las abominaciones que executan

estos en el templo; y despues de habérselas mostrado, concluye: Mis ojos no los perdonarán, ni me compadeceré de ellos, y cuando clamaren á grandes voces, no los oiré.

Ni es menos terrible la sentencia del Apóstol S. Pablo cuando dice: Si alguno violare el templo de Dios, el Señor lo destruirá; y el santo Profeta Isaias da la razon diciendo: Obró iniquidades en la tierra de los Santos, y no verá la gloria del Señor. No quiere esto decir, hermanos míos, que hay pecados irremisibles en la Iglesia, sino la grave dificultad de que sean perdonados los cometidos en el santuario: no por falta de potestad en los dispensadores de los misterios de Dios, sino por falta de disposicion y de arrepentimiento en los reos; pues de ordinario en ellos un abismo llama á otro abismo, vuelven la espalda á Dios, como los jóvenes que vió Ezequiel; el Señor en castigo los abandona á sus pasiones, retira su gracia; ellos la resis-

ten cerrando de propósito sus ojos á la luz, y caen al fin en la impenitencia.

He aqui, señores, las funestas conseqüencias á que os expone la transgresion de los dias festivos, y la profanacion de los templos. Segun las santas Escrituras que os he manifestado, el castigo de semejantes crímenes no solo es temporal; es decir, la carestía, la hambre, la esterilidad de la tierra, la guerra, la peste y demas aflicciones que nos oprimen; sino tambien el espiritual y eterno; esto es, la privacion de la gracia, la impenitencia, el olvido de Dios, y la privacion de su vista en una eternidad de tormentos.

Volved pues, prevaricadores, volved en vosotros mismos, como os dice el Señor por un Profeta. Dios ha jurado no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y sane; os visita con la tribulacion; pero os espera para usar de misericordia con vosotros. Volved ya, hijos pródigos, á la casa de

vuestro Padre Dios, que os aguarda con los brazos abiertos, deseando adornaros con la preciosa estola de su gracia.

Implorad pues con sumision y confianza en esta hora la alta proteccion de su putativo padre Josef, este ministro fiel, á quien constituyó el Señor gefe y director de su casa y familia sobre la tierra. Acogeos asimismo bajo la augusta proteccion y patrocinio de vuestra Madre dolorosa, que dirigirá vuestras súplicas para que sean oidas, y tengan el feliz éxito que deseais.

Acompañados de tan altos protectores, llegad ya con confianza ante el trono de aquel Dios misericordioso, que os llama y os convida con su gracia. Venid á mí, nos dice, que yo os aliviare en vuestros trabajos. Acercaos, no dudeis, yo soy el Señor. Si vuestros pecados fueren innumerables, y mas roxos que la grana; si llegais arrepentidos, si dexais vuestras iniquidades,

si os convertis á mi de corazon, y os pondré mas blancos que la nieve, me acordaré de mi alianza con vosotros, retiraré el azote, os consolaré, y sereis mi pueblo fiel.

No despreciemos pues, señores, estos silvos amorosos de nuestro Pastor, estas magníficas promesas, hijas de su inefable bondad. Digámosle ya de corazon con el hijo pródigo: ¡Padre! nosotros hemos pecado contra el cielo, y en vuestra presencia: no somos dignos de llamarnos hijos vuestros; mas volvemos arrepentidos, renunciamos del cuerpo del pecado. ¿Nos desamparareis, Padre amoroso? Aquí de vuestra clemencia; ni nos levantaremos de vuestros pies hasta haber obtenido el perdón de nuestras culpas; pues ya conocemos y confesamos, que solo á vos es debido el honor, la gloria, la alabanza, y la acción de gracias por todos los siglos de los siglos. Amen.
DIXE.

SERMON DEL DULCE NOMBRE DE JESUS,

predicado á la Venerable Confraternidad de Animas de la Parroquial de Santa Ana de la ciudad de Granada.
Año 1801.

Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem.... Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen, ut in nomine JESU omne genuflectatur.
Ad Philip. 2.

SEÑORES:

¡**C**on qué satisfaccion no vengo á hablaros hoy desde esta augusta cátedra! Todo cuanto se presenta á mis ojos

si os convertis á mi de corazon, y os pondré mas blancos que la nieve, me acordaré de mi alianza con vosotros, retiraré el azote, os consolaré, y sereis mi pueblo fiel.

No despreciemos pues, señores, estos silvos amorosos de nuestro Pastor, estas magníficas promesas, hijas de su inefable bondad. Digámosle ya de corazon con el hijo pródigo: ¡Padre! nosotros hemos pecado contra el cielo, y en vuestra presencia: no somos dignos de llamarnos hijos vuestros; mas volvemos arrepentidos, renunciamos del cuerpo del pecado. ¿Nos desamparareis, Padre amoroso? Aquí de vuestra clemencia; ni nos levantaremos de vuestros pies hasta haber obtenido el perdón de nuestras culpas; pues ya conocemos y confesamos, que solo á vos es debido el honor, la gloria, la alabanza, y la accion de gracias por todos los siglos de los siglos. Amen.
DIXE.

SERMON DEL DULCE NOMBRE DE JESUS,

predicado á la Venerable Confraternidad de Animas de la Parroquial de Santa Ana de la ciudad de Granada.
Año 1801.

Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem.... Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen, ut in nomine JESU omne genuflectatur.
Ad Philip. 2.

SEÑORES:

¡**C**on qué satisfaccion no vengo á hablaros hoy desde esta augusta cátedra! Todo cuanto se presenta á mis ojos

y á mi espíritu, me infunde la mas sólida confianza. Si atiengo á mis oyentes, veo un pueblo numeroso y fiel, postrado á los pies de los altares, para dar honor y gloria á Jesu Christo; una devota y venerable Confraternidad, que le dirige los mas ardientes votos por la libertad de sus difuntos hermanos; una Confraternidad que gime como la viuda de Nain por su hijo, no solo en este día, sino en el veinte y seis de Abril, y nueve siguientes, en el de comunión general de cada mes, y en otros muchos días festivos, en que la Santidad de Pio VI. les concedió Indulgencia plenaria, que pueden aplicar por las almas de sus cofrades; una Confraternidad, que erigida en otro tiempo baxo el amparo de Jesus de la Humildad, quando trataron de señalar *canónicamente* segun el tenor de la Bula su festividad principal, votó por aclamacion el día del Dulce Nombre, en quien siempre ha colocado su esperanza y sus delicias. Si reflexiono so-

bre este digno objeto de sus cultos, veo un augusto nombre superior á todo nombre, sin cuya virtud nadie puede salvarse, y en cuya presencia se postran los cielos, la tierra y los abismos; hablo del adorable nombre del Salvador único de las almas Jesu Christo, verdadero Dios y Hombre, nuestro Redentor.

Mucho desearia poderos hablar con extension de todos los augustos nombres que á este deseado de las gentes atribuyen las santas Escrituras. Pero como la materia es tan extensa, no puede cómodamente reducirse á los estrechos límites de un discurso. No hablo pues de sus gloriosos títulos de Omnipotente, Infinito, Eterno, Inmenso, que convienen á este Verbo humanado en quanto Dios. Tampoco vengo á hablaros de aquellos nombres metafóricos, que le atribuyen las Escrituras: Cordero, por exemplo, Leon de Judá, Piedra angular, Vid, y otros semejantes, que caracterizan sus accio-

nes. Limitóme por esta vez á tratar del nombre propio y esencial del Hombre Dios; es decir, del nombre de Jesus, que se interpreta Salvador, haciéndoos ver, que es el mas digno de vuestras adoraciones. Primero, por su excelencia; segundo, por su virtud; tercero, por su piedad; tres breves reflexiones que encierran su verdadero elogio, objeto de vuestras atenciones y de mis endeables conatos. Ayudadme todos á pedir la gracia, postrándoos con sumision y rendimiento ante el augusto trono de Je-us sacramentado. Para conseguirla imploremos la proteccion de su Madre, saludándola con el ángel. *AVE MARIA.*

Humiliavit &c.

Por poco que reflexemos sobre el augusto nombre de Jesus, propio y peculiar del Verbo humanado, halla-

mos un nombre proclamado por el ángel antes de ser concebido en el vientre virginal de su Madre, segun el evangelio, y permanente antes que el sol, como David se explica. ¿Quién no inferirá de este principio su mayor sublimidad y excelencia?

En efecto, si exáminamos todo el antiguo testamento, sus leyes, sus ceremonias, sus oblacones, sus sacrificios, no son otra cosa que figuras de un Christo Jesus ó Salvador del género humano. Este inefable nombre incluye todos aquellos que atribuyeron los Profetas al Hombre Dios ó Mesías verdadero. Oid, os ruego, á Isaías: *He aqui, dice, una Virgen concebirá y parirá un hijo, y tendrá por nombre Manuel, que se interpreta Dios con nosotros, porque en él nos movemos, vivimos, y somos, segun el Apóstol.*

¿Osaremos, señores, negar estas atribuciones á Jesus? ¿No confesamos como católicos, que está con nosotros como Verbo del Padre, que to-

mó nuestra humanidad en el seno virginal de María por obra del Espíritu Santo, para manifestar nuestra naturaleza, y elevarla á la diestra del Altísimo? ¿No está Jesus con nosotros hasta la consumacion de los siglos en el augusto Sacramento de nuestros altares, para consuelo de nuestra peregrinacion en este valle de lágrimas; para defensa y escudo inexpugnable contra todos nuestros enemigos visibles é invisibles; para comunicárse nos por alimento, haciéndonos participantes de todo lo que es en sí, á fin de que seamos una cosa consigo mismo, como él lo es con su Padre Celestial? ¿No está Jesus con nosotros cuando somos reengendrados en las aguas saludables del sacro Bautismo, haciéndonos vivas imágenes suyas por medio de su gracia, templos vivos del Espíritu Santo, hijos adoptivos de Dios, y coherederos del Reyno inmortal con el mismo Jesu Christo?

Mas no limitemos nuestra atencion

al nombre de *Manuel*, igualmente característico del Mesias, que propio y esencial de *Jesus*. Recorramos sumariamente los demas caractéres del *Desseado* de las gentes. Arrebatado un Profeta del astro divino, le denomina *Admirable*, *Consiliario*, *Dios Fuerte*, *Padre del siglo futuro*, *Príncipe de la paz*; nombres verdaderamente sublimes, pero contenidos en el de *Jesus*.

En efecto ¿qué cosa mas admirable que este augusto nombre en la conversion del género humano? ¿Qué eras; ó mundo criminal! al tiempo de la venida de Jesus? Una olla encendida con el fuego inextinguible y voraz de la concupiscencia, un caos horroroso de las mas espesas tinieblas en materia de religion y de costumbres. El culto del verdadero Dios se había transferido á las mas viles criaturas, los vicios mas vergonzosos eran divinizados, y adorados los animales mas inmundos: al demonio mismo se

178 SERMONES

ofrecian sacrificios cruentos de víctimas humanas. ¡Qué horror! ¡qué ignorancia! ¡qué crueldad!

Mas Jesus eleva el glorioso estandarte de su Cruz; clama desde ella; y su voz penetrante destronca poderosamente los cedros del Líbano, hace que se estremezcan los montes, y atrae á sí todas las naciones. El misterioso Egipto, la Grecia ingeniosa, la Scytia bárbara, la Persia sensual, la India feroz, la soberbia Roma, las gentes todas doblan su alta cervíz al oír el nombre de Jesus, y la cruz hasta allí despreciable, adorna bien presto la frente de los mas poderosos monarcas.

Este inefable nombre resuena con magnificencia hasta la extremidad de la tierra. ¡Qué mutacion tan extraña! Los soberbios se humillan; cesan los sacrificios inhumanos; caen por tierra los ídolos, no con menor impulso que Dagon á presencia del arca, y sus templos son demolidos ó consagrados

VARIOS. 179

al nombre de Jesus, que fué el admirable y verdadero Consiliario en toda la grande obra de la conversion del género humano.

¡Qué de máximas de vida eterna no sembró Jesus por todo su evangelio! Como descendió del cielo por nuestra salud, todo cuanto dixo y obró sobre la tierra se dirigió á este fin. Las gracias que nos mueven, que nos incitan, que nos inclinan al bien, y nos hacen presentes las promesas de la vida futura, ¿no son otros tantos dones y consejos saludables de nuestro amabilísimo Jesus, en cuyo nombre únicamente podemos ser salvos, como dice el Apóstol?

¿Mas qué digo? ¿No le confesamos por verdadero Dios y hombre? Dios por toda la eternidad como su Padre Celestial, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de esencia y trinidad de Personas. Y hombre en tiempo, hecho segun

S. Pablo semejante á nosotros, para que nos compadeciese como á hermanos, é intercediese por nosotros al Altísimo, que siempre le oye por la reverencia que le es debida, y porque desde luego le dió toda potestad en el cielo y en la tierra.

De aqui la irresistible fortaleza del nombre de Jesus para ahuyentar los demonios, triunfar de sus astucias, evitar sus lazos y domar las mas rebeldes pasiones. ¿Qué no podría yo deciros aqui de la constancia de los mártires, y sufrimiento de los confesores entre los mas crueles tormentos! ¿De dónde esta fortaleza? Del dulce nombre de *Jesus*, por quien padecian y á quien de todo corazon invocaban. ¿De dónde la generosa resolucion de los Apóstoles en la conquista espiritual del universo? Del nombre de *Jesus* que predicaban, y de cuyo divino Espíritu estaban llenos. ¿De dónde su dominio sobre las enfermedades y su potestad sobre los

demonios? Del nombre de *Jesus*, en cuya virtud curaban y lanzaban los espíritus infernales.

¿Qué mas? Este Padre del siglo futuro, que vivió entre nosotros, y padeció muerte afrentosa por consumir nuestra redencion, resucitándose á sí mismo, se hizo garante de nuestra resurreccion á un reyno inmortal, que consiste en verle y gozarle eternamente. Este era el fin de la mision de Jesus, anunciado en las escrituras con los nombres de *Manuel*, *Admirable*, *Consiliario*, *Dios Fuerte*, *Padre del siglo futuro*, y *Príncipe de la paz*; porque reconciliados ya con su Padre Celestial por medio de su preciosa Sangre, nos abrió las puertas de la mística Jerusalem, este reyno eterno de Dios, que no tendrá fin, alteracion ni discordia, sino una suma paz, reposo y perpetua tranquilidad, á la cual somos llamados, y tenemos un derecho incontestable, por la inmensa caridad del Hombre

Dios que se humilló por obediencia hasta la muerte, y por esto le fué dado el nombre de JESUS, superior á todo nombre, como dice el Apóstol.

El en efecto se eleva sobre el de todos los grandes héroes asi de este siglo como del futuro, segun la expresion de Tertuliano: por él reynan los reyes, y administran los poderosos la justicia, pues por derecho inviolable es Rey de reyes y Señor de los que dominan. ¿Pero qué mucho si es mas elevado que los cielos, como afirma S. Pablo? Los mas poderosos monarcas, los conquistadores mas famosos, son nada en su presencia, Jesus se eleva sobre todo, sobre los Angeles, Arcángeles, Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Potestades, cuya felicidad consiste en cantar incesantemente la gloria y divinidad del Salvador al rededor del sólio de Dios. Este fué, segun el Apóstol, el precepto que el Señor les impuso cuando introduxo

en el mundo á su primogénito; conviene á saber, que adorasen á JESUS los ángeles como criaturas suyas.

Pero no es esto lo mas, sino que el inefable nombre de *Jehova* ó *Dios*, no es superior al de JESUS. Formemos el paralelo. *Jehova*, dice un célebre Orador, significa: *To soy el que soy*, para dar á entender que es Criador; *Jesus* es Criador y Salvador. *Jehova*, fuente y origen del sér; *Jesus*, origen de la gracia y de la gloria. *Jehova*, destructor de Faraon; *Jesus*, vencedor del demonio y del infierno. *Jehova*, legislador de los judios; *Jesus*, de los christianos. *Jehova*, conductor de los Hebreos por el mar Roxo y el desierto á la tierra de Canaan; *Jesus*, por medio de su Sangre, conductor de los fieles al cielo, verdadera tierra de promision. ®

Todo conspira á persuadirnos, que el nombre de *Jesus* estaba representado en el de *Jehova*, ó por mejor

decir, que *Jehova* era enigma del de *Jesus*, y *Jesus* declaracion de *Jehova*. De donde infiere un grave expositor, que el que ofende y blasfema del nombre de *Jesus*, comete mayor pecado que el que injuria el nombre de *Dios*; porque ante el nombre de *Jesus*, propio y esencial del Hombre *Dios*, y superior á todo nombre, como dice S. Pablo, deben postrarse los cielos, la tierra y los infiernos. Los cielos, esto es, las mas sublimes Intelligencias que le sirven de trono, y son fieles ministros de sus voluntades; la tierra, es decir, los hombres de todas condiciones y estados, que deben reconocer la soberania de *Jesus*, y doblarle sumisos la rodilla; los infiernos, quiero decir, los réprobos y ángeles apóstatas, que á pesar de su rebelion y su soberbia, creen estremeciéndose, que *Jesus* es Hijo de *Dios* vivo, Criador del cielo y la tierra, y Salvador del género humano.

¿Pero qué mucho, si aún las mis-

mas cosas inanimadas é insensibles manifiestan su gloria, y reverencian su omnipotencia? El nombre de *Jesus* es loado desde el oriente al occidente, segun el vaticinio de *David*, por los reyes de la tierra, por los príncipes y jueces del universo. Los cielos revelan su gloria, y el firmamento anuncia las obras de sus manos. El sol mismo se detuvo un dia en su carrera, porque reverenció, dice S. Juan *Chrysóstomo*, el nombre de *Jesus* en el de *Josue*; y si el reloj de *Achaz* volvió ácia atrás diez líneas, fue para dar muestra y verdadera señal de la venida al mundo del *Salvador* de las naciones.

¿Pero qué digo? En el conflicto de los mártires ¿no vimos muchas veces postrarse rendidas las bestias mas feroces al oír pronunciar el nombre de *Jesus*? ¿No vimos disolverse las mas horribles máquinas, y extinguirse los mas voraces elementos? ¿No podré yo concluir de aquí, que el

augusto nombre de *Jesus* incluye todos los nombres atribuidos al Mesías, y que es superior á todo nombre, porque todo se postra en su presencia, segun la expresion del Apóstol?

II. Igualmente cierta es su mayor excelencia, atendida su virtud, por medio de la cual nos libró del poder del demonio, sanó nuestras dolencias, y nos suministró los medios de salvarnos. Seguidme atentos. Por el pecado de origen, como la fe nos enseña, perdido el derecho de hijos de Dios, y la opcion á su reyno inmortal, quedamos hijos de ira, y esclavos del demonio, adictos á una muerte y á una pena eterna. Pero la inmensa caridad de nuestro Dios compadeció al linage humano: arrojó una mirada favorable sobre el hombre su enemigo, y queriéndole redimir de la dura esclavitud de satanás, y del imperio de su eterna muerte, venida la plenitud del tiempo, envió al mundo á su Unigénito, para que fuese el JESUS

ó Salvador, nombre que le habia dado antes de ser concebido en las entrañas virginales de su Madre, para que con su virtud deshiciera el imperio de las tinieblas y reconciliara el cielo con la tierra.

¡Con cuánta anticipacion no anunció el Señor la venida misericordiosa de este deseado de las gentes! En efecto, desde que la astuta serpiente engañó en el paraíso á nuestros primeros padres, le intimó Dios la maldicion de andar siempre arrastrando su pecho por el suelo, haciéndole saber, que el hijo de una Mujer, esto es, JESUS, hijo de María, quebrantaria su cabeza, sin quedarle mas arbitrio que poner asechanzas á su calcañar. Este es el Augusto personaje que se representaba á Moyses y á los hijos de Israel, cuando cantaban sobre Elim: mi fortaleza y mi alabanza es el Señor, y se ha convertido en mi Salvador. No temáis, ciudades de Judá, dice un Profeta,

ne aquí á vuestro Dios. Escuchad razones endurecidos, el Justo, el Salvador ó *Jesus* está próximo.

¿Qué mas? Este es el Dios hombre que *Isaias* y *Ezequiel* prometen como pastor de *Israël*; *Zacarías* como Sacerdote y Rey; el Angel del Testamento que lleva la salud sobre sus alas, y Sol de justicia, segun el Profeta *Malaquías*: el que amenaza la ruina de la muerte y del infierno por *Oseas*; el Dios máximo del *Eclesiástico*, destinado para Salvador de sus escogidos, y Redentor de todo el mundo. *Daniel* lo vió acercarse al mas anciano de días, y recibir de su mano una potencia eterna y un Reyno inmortal, compuesto de todas las naciones del universo; cuyo soberano imperio reconocido por *S. Pablo*, lleno de admiracion exclama: Vos, ¡ó mi Dios! habeis puesto baxo sus pies todas las cosas, dándole un nombre superior á todo nombre, y ante quien tiemblan los abismos. Su voz formida-

ble, que conmovió los desiertos de *Cadés*, y destruyó á los fuertes y robustos de *Moab*, triunfó é hizo enmudecer á todos los oráculos del demonio. Los simulacros del *Egypto*, su mansion favorita, cayeron por tierra al acercarse á sus confines *Jesus*, fugitivo de *Herodes*, conforme al vaticinio de un Profeta.

Añadid á estos oráculos la confession de los mismos espíritus infernales cuando acercándose *Jesus* á la region de los *Gerasenos*, le salieron dos endemoniados al encuentro, clamando á grandes voces: ¿Qué tenemos que ver contigo *Jesus*, hijo de Dios? ¿Has venido para atormentarnos antes de tiempo? Seria infinito, si quisiera referir por menor todos los gloriosos triunfos conseguidos del demonio en virtud del inefable nombre de *Jesus* por los héroes de nuestra augusta religion. Consultad las vidas de los *Antonios*, *Macarios*, *Hilarios* y *Benitos*, y hallareis muchos testimo-

nios auténticos de esta verdad.

¿Mas para qué me canso? ¿No es este el nombre único en que podemos obtener la salud de nuestras dolencias, ya sean las corporales, ya las espirituales? Arrojad por un momento la vista sobre las santas escrituras, y hallareis curados por la virtud omnipotente de *Jesus* los leprosos, los cojos, los tullidos, los lunáticos, los endemoniados, los febricitantes, y resucitados los muertos. La Cananea, los ciegos de Jericó, el paralítico, la hija de Jairo, la suegra de S. Pedro, el ciego de nacimiento, el hydrópico de la casa del Príncipe de los fariseos, el enfermo de la piscina, el hijo de la viuda de Naím, Lázaro y otros muchos ¿no son testimonios indubitables, que *Jesus* no vino á curar sanos, sino enfermos, y á establecer la salud en el universo?

Mas no limitemos su virtud á las dolencias del cuerpo. Este Médico soberano lo es principalmente de la sa-

lud de las almas. El publicano, la Magdalena, la Samaritana y otros grandes pecadores, inficionados del contagio de la culpa, ¿no obtuvieron por la virtud de *Jesus* la salud espiritual?

¡Feliz Judea, que lograste ser visitada de este Médico omnipotente! ¡O si tú universalmente hubieses reconocido esta visita! Mas conoció el buey á su dueño y poseedor en el tiempo mismo que *Israel* desconoció á su Dios, segun la expresion de un Profeta. Tú viste á tu maestro, á tu Salvador, á tu Padre á la frente de un pueblo fiel que le seguia, ansioso de su doctrina, por las calles, los montes y desiertos, glorificando á Dios qu habia enviado á *Jesus*, salud de las naciones.

¿Y terminaron, os ruego, con la vida los aciertos de este Médico soberano? ¿Se extinguió por su muerte la virtud del nombre de *Jesus*? ¿Cesó por su crucifixión la salud de su

pueblo? ¡Ah señores! Aquí fué donde se estableció con permanencia. La muerte, el infierno y el pecado fueron víctima de la muerte misma de *Jesús*; y por ella fué arrojado del mundo, y ligado en el abismo el príncipe de las tinieblas su tirano. Sí, ¡ó mi buen *Jesús*! elevado sobre el árbol sacrosanto de la Cruz, traxiste á ti todas las cosas, conforme á vuestra infalible prediccion. Aquí consumaste el sacrificio cruento por la salud del género humano. Deshecha la synagoga, suprimido el antiguo sacerdocio, derogada la antigua ley, sus ritos, sus sacrificios y ceremonias, cesaron las figuras á presencia de la realidad, y en nuevos Sacramentos con ceremonias mas nobles y gracias mas abundantes, nos preparaste los medios mas eficaces de conseguir la salud eterna.

¿Hablo yo por entusiasmo, señores? ¿No salieron místicamente los Sacramentos, que son los únicos medios de nuestra salud, del costado de

Jesús, que abierto de una lanzada sobre la Cruz, arrojó al instante sangre y agua? ¿No fué *Jesús* autor de los Sacramentos, por los cuales nos comunica la fe, la gracia santificante, el augusto carácter de christianos, haciéndonos participantes hasta de su misma divinidad? ¿No son ellos el único medio de salvarnos del diluvio del pecado, en que naufragó nuestra naturaleza desde la culpa original? ¿No son un efecto de la virtud omnipotente de *Jesús* estas gracias victoriosas, abundantes y misericordiosas, que nos solicitan, nos mueven, nos inclinan, nos convierten, nos reconcilian con Dios, sin las cuales nada podemos, y con las cuales lo podemos todo en el órden espiritual? ¿Se nos ha dado por ventura otro nombre que el de *Jesús*, en que podamos ser salvos?

¡O admirable piedad de nuestro Salvador! ¡ó bondad inefable! Tú fuiste el origen de su beneficencia en

orden á nosotros. Sus obras todas fueron efecto de su ardiente amor. El reynó siempre en su corazon, en sus labios y en sus manos. Aun necesito de vuestra atencion por un momento. Jesus quiere ser glorificado en sus obras, y excitar vuestra gratitud.

III. Si yo hablase á un pueblo incrédulo de los misterios de Jesu Christo, me sería muy fácil presentaros los testimonios más auténticos de la divinidad de su religion, y los irrefragables monumentos de su piedad con nosotros. Pero como tengo el honor de predicar á unos oyentes fieles, en cuyo corazon han grabado altamente sus padres las verdades del catolicismo, me creo dispensado de ilustrar por principios la materia. Bastará pues traerlos sumariamente á la memoria algunas de sus principales obras, para demostraros la piedad de *Jesus*.

En efecto ¿qué pudo mover al

Verbo Eterno á descender sobre la tierra, sin dexar el seno de su Padre, y tomar nuestra mortalidad? Su piedad infinita, que le hizo abreviar los días, para ser *Jesus* ó Salvador del hombre, á quien miraba como sus delicias. ¿Qué pudo mover á este Dios humanado, siendo mas elevado que los cielos, á nacer desconocido, en el mayor abandono, reclinado entre animales en un pobre pesebre? Su inmenso amor al hombre, cuya soberbia y altivez venia á curar á costa de humillaciones. ¿Qué pudo estimularle á padecer frio, sed, hambre, persecuciones y todo género de trabajos, desde su juventud hasta morir crucificado, sin tener donde reclinar su cabeza, y cubierto de oprobrios en un duro leño? Su inefable misericordia, que le hacia mirar la cruz con gozo, por la gloria de ser *Jesus* ó Salvador del hombre.

Reflexad sobre todas las palabras que habló durante su vida mortal, y

constan de los evangelios, y vereis cómo respiran piedad y amor á la criatura, y que se encaminan todas á dirigirla por las sendas de la justificación. La penitencia, la humildad, la dulzura, el amor á Dios y al próximo, y las obras de misericordia para conseguir el reyno inmortal, son siempre el digno objeto de sus sentencias y discursos. Admirable efecto de su ardiente caridad, que acreditó en todas sus obras con el fin de salvar al hombre.

Su vida, sus trabajos, su pasión, sus milagros, su muerte, su resurrección, sus sacramentos, su gloriosa ascension, la venida del Espíritu Santo, ¿no son otros tantos monumentos auténticos é irrefragables, de que todas las acciones y misterios que obró *Jesus* antes y después de subir á la diestra de su Eterno Padre, fueron y son efectos de su piedad, de su ardiente amor al linage humano, y de un deseo sincero de nuestra salud?

¿Qué no podría yo añadir aquí en confirmacion de esta verdad, si quisiese referiros el por menor de los rasgos de su piedad en orden á los pecadores? ¿No aboga incesantemente por ellos ante su Padre Celestial, manifestándole las llagas que recibió por salvarlos? ¿No llora por ellos su espíritu divino con gemidos inenarrables? ¿No hace descender sobre nosotros sus dones soberanos y gracias abundantes, que nos excitan á penitencia, y nos confirman en sus divinas promesas?

Todo, señores, conspira á persuadirnos, que el inefable nombre de *Jesus* es el más digno de nuestras adoraciones, por su excelencia, que encierra la de todo nombre, que se eleva sobre todo nombre, y ante quien se postran los cielos, la tierra y los infiernos; por su virtud que vence al demonio, cura todas nuestras dolencias, y nos prepara los medios de nuestra salvacion; por su piedad

y clemencia, que siempre animó su corazón, sus manos y sus labios á favor del pecador. Titulos verdaderamente adorables, y que exigen de justicia nuestro reconocimiento y fiel correspondencia.

Sería en efecto reo de la mayor ingratitude el que no se diese por obligado á tantos beneficios; vosotros principalmente los que estais alistados bajo las banderas de *Jesus*; los que habeis hecho eleccion de su augustó nombre, como fiesta privilegiada, para obrar en ella vuestra salud y la redencion de vuestros hermanos difuntos; los que habeis finalmente recibido con mano tan liberal del sumo y visible Pastor de la Iglesia tan singulares indulgencias en este dia, asi para vuestras almas; como para las de vuestros cofrades; ¿qué responderéis á *Jesus* en el dia terrible de su furor, si despreciais ahora su misericordia?

¡Ah señores! los dias son breves,

la eternidad se acerca, y el juicio de Dios llega. Huid con tiempo de la ira futura, y del castigo que de todas partes os amenaza. ¿Hasta cuándo, os ruego, osereis duros é incircuncisos de corazón? ¿Cuándo doblareis vuestra altiva cerviz con sumision al suave yugo de la religion y de la moral christiana? ¿Cuándo reconocereis lo que debeis á *Jesus*; es decir, cuándo amareis con toda vuestra alma, vuestra mente y potencias á *Jesus* vuestro Salvador y Redentor, que habiendose siempre llevado en su corazón, en sus labios y en sus manos, se dignó amarnos hasta el fin, quedando sacramentado entre vosotros hasta la consumacion de los siglos? Ofrecedle pues el sacrificio de amor y de alabanza que de justicia exige de vosotros, derramando vuestro corazón en su presencia. ¿Cuán digno es *Jesus*, este Cordero immaculado, que quita los pecados del mundo, de recibir de todas las naciones el honor, la gloria, la

divinidad y la accion de gracias por su excelencia, virtud y piedad!

Vos, ¡ó mi buen *Jesús* y adorable Salvador! dignaos por vuestra inmensa caridad arrojar en esta hora una mirada favorable sobre este pueblo. Congregados en este augusto templo, en el cual presidís en medio de nosotros, os pedimos con lágrimas de compuncion, con corazon contrito y humillado, por la exáltacion de nuestra fe católica, y extirpacion de todas las heregias; por la paz y concordia entre los Reyes y Príncipes christianos; por la conversion de los pecadores á verdadera penitencia, y de todos los infieles, hereges y cismáticos al gremio de nuestra Santa Iglesia; por la salud de sus Pastores y de nuestros augustos Soberanos; por el aumento espiritual y temporal de esta Venerable Confraternidad; por la remision en fin y libertad de sus difuntos cofrades, para que desatados de los vinculos que los detienen en el purgatorio,

suban en este momento á gozar de vos, que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reynas, Dios por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

SERMON
DE S. JUAN DE DIOS;

PREDICADO
A LA CIUDAD DE GRANADA.

Año 1801.

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo..... et proximum sicut te ipsum. Matt. XXIII. 37. et 38.

SEÑORES GRANADA:

Si yo hubiera de presentaros hoy el retrato de un grande de la tierra, mas conocido por sus blasones que por sus virtudes, procuraria desde luego realzar sus bellas calidades, y dotes apreciables de su naturaleza: diseñaria sus mayores proezas, las muestras de su valor y de su sabia política: amplificaria sus servicios á

favor de la patria; y para suplir el mérito que no hallase en mi héroe, subiria de generacion en generacion, hasta encontrar las hazañas de sus ascendientes, estos pomposos títulos que tanto el mundo aprecia. Mas como la carne y sangre jamas adquieren derecho sobre el reyno de Dios, la nobleza y mérito de sus héroes dimanar de muy distinto principio. La caridad, alma y nervio del christianismo es el alto y único origen de la verdadera grandeza delante del Señor, en cuya presencia todo lo mundano es frívolo y caduco.

Esta virtud sublime, y la mayor de todas, en cuanto mira á Dios, se denomina *amor* y *misericordia*, si se refiere al próximo. Por manera que abraza los dos grandes preceptos en que estriba toda la ley, segun el evangelio; es decir, el de amar á Dios sobre todas las cosas, y á nuestros hermanos como á nosotros mismos; preceptos tan íntimamente unidos, que

no puede observarse uno sin otro.

He aqui, Señores, los dos únicos títulos que ensalzan y califican á los hijos de Dios, y que los hacen tanto mas elevados, quanto mas se han señalado en ellos. Con arreglo pues á estos irrefragables principios de nuestra moral, deberé yo formar el elogio de un héroe de la religion, comparable á Abraham por su fe, á Moyses por su mansedumbre, á Job por su paciencia, á los mas austéros anacoretas por sus penitencias, y á los taumaturgos por sus grandes milagros: hablo de S. Juan de Dios, este hombre extraordinario, suscitado por el Señor en los últimos siglos para apóstol, reparador y víctima de la caridad. Yo no haré mas que recorrer sumariamente su preciosa vida, para manifestaros que esta excelente virtud fué su carácter distintivo en lo moral, porque todas sus acciones respiran *amor á Dios, y caridad con el próximo*: dos reflexiones breves, dignas de esta cátedra, de

mi héroe, y de tan respetable senado. Pidamos las luces del Espíritu Santo, por la poderosa intercesion de María Santísima. Saludémosla todos con el ángel. *Ave María.*

Diliges &c.

Siempre la caridad ó amor de Dios se ha mirado en la Iglesia como principal deber y basa de la religion en lo moral. Cuando el Señor congregó en el monte Horeb á toda la descendencia de Abraham, en la cual queria conservar la memoria y culto de su nombre, les dixo por ministerio de Moyses: Escuchad, hijos de Israël: El Señor Dios nuestro ha hecho alianza con nosotros, y me ha hablado cara á cara sobre el monte Horeb para haceros saber sus voluntades..... Oye, Israël, Dios vuestro Señor es el solo y único Señor: ama-

reis al Señor Dios vuestro con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma, y todas vuestras fuerzas.

La condicion que sirve aquí de cimiento á la alianza que Dios hace con nosotros en persona de los israelitas, es el fundamento de la Ley natural, que Jesu Christo renovó en los mismos términos, y que debia extenderse á todos los siglos, á todas las naciones, y á todos los hombres. He aquí el poderoso estímulo que hacia decir á Juan de Dios como á otro Pablo: La caridad de Dios me hace instancia. Miróla pues desde sus primeros años como norte fixo de sus operaciones, y empezó desde luego á sentir en su corazón sus admirables efectos. Apenas, qual otro Abraham, salió de su tierra, de su casa y familia, quedó abandonado á la Providencia en tierra extraña; y para huir la ociosidad, raíz de tantos males, se aplicó á la inocente vida de pastor; pero sin perder de vista los dos poderosos moti-

vos que le obligaban á amar á su Dios; esto es, sus grandes perfecciones y su beneficencia.

Mira pues al Señor como un tesoro inmenso; como un Sér supremo, que posee todo dón perfecto, y lo derrama sobre la tierra; como un manantial inagotable de justicia, de sabiduría, de virtud, de bello orden, de ciencia, de inmutabilidad, de bondad y de toda perfeccion; como un Dios que desciende del seno de su Padre Celestial para humanarse, vivir entre nosotros, padecer y morir por nuestro amor: y encendido Juan de estas consideraciones, exclama muchas veces con David: *¿Qué retribuiré al Señor por los beneficios que me ha hecho?* ¡Inmenso eres, Dios mio! decia con S. Agustin, y por esto debeis ser amado sin medida por los que redimisteis con vuestra preciosa sangre.

Figuraos, señores, á este nuevo Jacob conduciendo por espacio de catorce años su grey por la soledad, don-

de habla Dios al corazón, principalmente de las almas sencillas, y donde todo las excita á dar alabanza al Señor. El cielo, este libro abierto de sus maravillas; las aguas cristalinas que se despeñan por las rocas, y serpeñean por los valles; los frutos espontáneos de la naturaleza; la fragancia de las flores; el suave canto de las aves, son otros tantos poderosos estímulos que encienden el corazón de Juan en el amor de su Dios.

En este simple ejercicio quisiera permanecer toda su vida, libre del tumulto y bullicio del siglo. Pero la Providencia, que le destinaba para mas altos fines, no solo le permitió variar de profesion, sino tambien caer en su desgracia, para levantarle con ventajas. Juan en efecto dexa el rebaño, se aplica á la milicia, y sirve baxo nuestras vanderas en la jornada de 1522 contra Francia, y despues en las guerras de Hungría.

La libertad de la tropa, y los malos

exemplos, que corrompen de ordinario las buenas costumbres, fueron insensiblemente resfriando la caridad de Juan, extinguieron su piedad y su devocion, corrompieron su corazón, y le hicieron caer en el abismo de la culpa. Con tanta facilidad, ¡ó mi Dios! caen por tierra los cedros poderosos del Líbano. ¡Estremeceos, señores! El justo justifíquese mas, y el que está en pie procure no caer, segun la expresion del Espiritu Santo; porque nadie sabe si caerá para levantar como Juan.

En efecto una peligrosa caída de un caballo excitó en él la luz como en otro Pablo, para levantarse hombre nuevo, y seguir en todo la voluntad de su Criador. En dos dias no comió bocado por la fuerza del dolor de sus culpas, hasta que el cielo le proveyó de alimento, como á Elías y al primer ermitaño. A la edad de cuarenta años vuelve á su oficio de pastor, entra en sí mismo, reconoce su yerro,

210 SERMONES

y con un torrente de lágrimas de compuncion repara con ventajas como otro Pedro su caída.

Emprende una vida austera, mortificada, penitente, á imitacion del Rey Profeta, castigando su cuerpo y reduciéndolo á servidumbre, qual otro Pablo. Multiplicada su caridad por medio de sus buenas obras, se enciende en vehementes deseos de ir á buscar la corona del martirio, para dar testimonio con su sangre de la Divinidad de Jesu Christo. Animado de este ardiente deseo, fruto de su amor y caridad, y estímulo de ella misma, marcha al Africa con pasos de gigante. De Gibraltar pasa á Ceuta con el ardor del ciervo que busca las fuentes de las aguas. Vende allí sus cortos bienes, y los distribuye en alivio de los pobres cautivos, á los cuales consuela en su tribulacion, confirma en la fe católica, exhorta al amor de Jesu Christo, y solo desea el momento favorable de ser sacrificado por su gloria.

VARIOS. 211

¡Víctima preparada de la caridad! lograrás tus designios: morirás con la gloria de mártir, y con el dolor de no serlo. La apostasia de uno de los fieles, y el dictámen de su Confesor, le hicieron volverse á España. Tomó tierra en Gibraltar, compró una cesta de quincalla, de estampas y de libros devotos, y se dirigió á esta capital, lugar que Dios le habia destinado para cruz y teatro de su ardiente caridad.

Aquí entró este nuevo Apóstol á los cuarenta y tres años de su edad, en ocasion que el V. Juan de Avila, maestro y director de los mayores santos de su tiempo, predicaba á la ciudad la solemne fiesta de S. Sebastian. Juan de Dios oyó á este nuevo Ambrosio, y derretido como otro Agustino en lágrimas, llenó la Iglesia de sollozos y lamentaciones, detestando á gritos sus pecados: deshacia su pecho á golpes como S. Gerónimo, implorando en altas voces el perdon y la mi-

sericordia del Señor. Herido con la flecha del divino amor, salió Juan como fuera de sí, discutiendo por las calles y plazas á manera de loco, perseguido y maltratado de los muchachos y del populacho, y sin decir mas palabra que: *Misericordia, Señor, misericordia.*

Volvió Juan á su casa desfigurado y lleno de heridas. Dió quanto tenia á los pobres, reducido á una absoluta pobreza, para morir al mundo y á sí mismo, y vivir crucificado con Jesu Christo. Bien presto vuelve á su pretendida locura, corriendo como antes por las calles, hasta que algunos por caridad le recogieron, y lleno así de sangre y de lodo, le presentaron al V. Juan de Avila.

Este varon apotólico al instante conoció la mocion de unas gracias extraordinarias en Juan de Dios: confesólo generalmente, dióle saludables consejos, y dexólo ir en paz, sin prohibirle por entonces su aparente lo-

cura: teniendo presente, que David se habia fingido loco en presencia del Rey Achís, y que habia baylado delapte del Arca quando la mandó traer de casa de Aminadab; ni se le ocultó que Isaías dexó el hábito de penitencia, y ceñido un saco á la cintura marchó desnudo delante de Israël, y que S. Efrem se fingió loco quando supo le habian elegido Obispo.

Siguió pues Juan en su fingida extravagancia, de cuyas resultas le conduxeron al hospital de los locos, tratándole como á tal, y haciéndole sufrir todo género de penalidades; las cuales toleraba gozoso por amor á Dios, con espíritu de penitencia, y por via de satisfaccion de sus pecados. Así estuvo hasta que el V. Juan de Avila, viéndole hecho un cadáver por su flaqueza, cubierto de heridas y de llagas como un leproso, le mandó emplearse en lo sucesivo en un género de vida mas conveniente á sí mismo, y mas útil á sus hermanos.

Obedeció Juan al punto á la voz de Dios en su director, y en el momento apareció sereno, pacífico, y en todo su acuerdo, con admiracion de los que le custodiaban. Continuó sin embargo por algun tiempo en el hospital cuidando de los enfermos hasta fin del año 1539, en que salió á manifestar al mundo el ardor de su caridad con los miembros de Jesu Christo; es decir, con los pobres y enfermos; segunda reflexion de este discurso, que pasó á exponeros con la posible brevedad. Seguidme atentos.

II. Amarás á Dios tu Señor (dice Jesu Christo) de todo tu corazon... He aqui el mayor y primer mandamiento. El segundo es semejante á este. Amarás á tu próximo como á ti mismo; y por esto afirma San Juan, que el que dice ama á Dios, sin amar á su hermano, permanece aun en tinieblas, y es un mentiroso, porque el que no tiene amor fraternal, no conoce á Dios, que es la caridad misma. He

aqui, señores, el fundamento del christianismo, el compendio de su moral, la llave maestra de las escrituras, el origen de las obligaciones de la caridad y union de los fieles.

Penetrado de estas verdades salió Juan de Dios del hospital á manera de un rio caudaloso, que fertilizando la tierra del corazon humano, lleva por todas partes los abundantes frutos de su caridad. En cada uno de sus hermanos, ya pobres ó ya enfermos, contempla á su amado Jesu Christo, y oye su voz, que interiormente le dice: Juan, todo lo que haces por algunos de mis hermanos, lo haces por mí: en el hambriento me alimentas; me das de beber en el sediento; en el desnudo me vistes; en el huésped me recoges; en el enfermo me asistes; en el llagado me curas; y yo mismo seré la recompensa.

¡O caridad de mi adorable Salvador! ¡qué llama no encendiste en el corazon de Juan! Tú le viste, ¡ó

Granada! tú le viste mas de una vez salir como el siervo del evangelio, por todas tus calles y tus plazas buscando pobres y enfermos que traer á su casa. Tú le viste esperarlos como otro Abraham, por las encrucijadas y entradas de los caminos, para hospedarlos, lavarles los pies, y alimentarlos. Tú le viste como á Tobías, buscándolos por las cavernas y las cuevas. Tú le viste penetrar como otro Job, por despoblados y desiertos, para deramar por todas partes los frutos de su misericordia y caridad con sus hermanos. Tú le viste como al piadoso samaritano, cargar al herido y moribundo, no ya sobre su jumento, sino sobre sus espaldas, para conducirlo al hospital. Tú le viste:::

¿Mas quién es capaz de reducir á compendio los esfuerzos de su caridad? ¿Cómo hay enfermos, se decia con S. Pablo, sin estarlo yo de compasión? ¿Cómo hay quien les niegue su asistencia, privándose del precioso sa-

crificio de la misericordia? No querais, decia á los ricos con Tobías, no querais volver la espalda á ningun pobre, para que el rostro de Dios no se aparte de vosotros. No seais omisos en visitar los enfermos, les repetia con el Eclesiástico, si quereis recibir las bendiciones que tiene Dios prometidas á esta obra de misericordia. Partid vuestro pan con el necesitado, los reconvenia con Isaías, hospedad en vuestra casa al pobre y al peregrino; cuando viereis un desnudo, vestidlo, y no desprecieis vuestra carne, para que oigais en el último dia aquellas dulces palabras de Jesu Christo: Venid, benditos de mi Padre, poseed el Reyno que os está preparado desde el principio del mundo, porque tuve hambre, y me disteis de comer; sed, y me disteis de beber; fui peregrino, y me hospedasteis; estuve enfermo, y me visitasteis.

Así se explicaba con frecuencia este apóstol de la caridad en el tiempo mis-

mo en que servia de amparo al huérfano, de defensor á la viuda, de padre y tutor al enfermo, y de zeloso misionero al pecador. No gasta la gallina tanta solicitud en recoger y abrigar sus polluelos, como Juan en buscar los pobres y enfermos, en conducirlos á su casa, en curarlos, asistirlos, y solicitarles la posible comodidad y regalo.

No contento con saber como San Juan Limosnero el tiempo de la enfermedad de cada uno, ni limitándose á curar los enfermos de Granada, como Santa Paula los de Roma, entró en el vasto proyecto de construir este hospital general, para recibir en él y curar á los de todo el mundo. Como era tan ardiente su caridad, alcanzaba su calor á todas partes.

¡Que no pueda yo, señores, presentaros aqui el por menor de la oficiosa solicitud de Juan de Dios, hasta ver concluido este suntuoso edificio para sus enfermos! Baste decir, que el

Obispo de Tuy, Presidente á la sazón de esta Real Chancillería, despues de haberle dado cierta forma de hábito, y puéstole por nombre *Juan de Dios*, le auxilió para este fin con gruesas limosnas, y lo mismo á su imitacion el Marques de Tarifa, y otros poderosos de esta capital, admirando todos en Juan un varon de Dios, principalmente luego que supieron habia consagrado su vida natural por los pobres, en especial por los enfermos, obligándose con voto expícito, y por oficio, á solicitarles toda posible asistencia.

No me detengo á referiros cuán acepta era al Señor la caridad y solicitud de Juan de Dios con los enfermos. Baste deciros, que si Abraham en Mambré, Lot en Sodoma, y Tobías en su casa merecieron por su misericordia hospedar en lugar de peregrinos á los ángeles, Juan de Dios no solo mereció en premio de su caridad igual hospedage, sino tambien el

del Rey de los ángeles Jesu Christo, disfrazado en hábito de peregrino, que le dixo: *Juan, á mí me lavas los pies, y á mí me sirves en persona de los pobres.* Baste añadir, que S. Rafael no menos sirvió á Juan de Dios que á Tobias en el ministerio de los enfermos. *Juan, el mismo oficio tenemos,* le dixo un dia, *toma este pan que el cielo te envia para ocurrir á tu necesidad.* ¡Cuántas veces no asistia el santo Arcángel á barrer el hospital, á dar de comer á los enfermos, á curarlos, á hacerles la cama, tomando el hábito y fisonomía de Juan de Dios, entre tanto que el Santo recogia limosna para ellos! Mientras durare la memoria de los siglos, se leerán con admiracion sus obras de caridad con los enfermos, y la Iglesia de los santos enarrará sus limosnas. Ni la persecucion, ni las injurias, ni el desprecio, ni los malos tratamientos fueron capaces de disminuir, mucho menos de extinguir el ardor de su caridad.

¿Pero qué digo? ¿Qué mayor caridad que exponer la propia vida por sus hermanos? Mientras mas asquerosa y pestilente era la enfermedad, mas asistia, acariciaba y regalaba al enfermo. Sentia sus dolores é incomodidades como si fuesen propias; y cuando el voraz incendio de este su hospital, tú le viste, ¡ó Granada! saltar intrépido en medio de las llamas, discurriendo ileso por ellas como los tres mancebos del horno de Babilonia, hasta sacar sobre sus hombros y poner en salvo á todos sus enfermos, porque era mas intenso el ardor de caridad que interiormente le abrasaba, que el del fuego material que le rodeaba por defuera.

En este laborioso é inocente ejercicio de misericordia pasaba Juan gozoso los dias y las noches, concediendo apenas un ligero descanso á sus fatigados miembros, por darlo á los pobres enfermos, miembros de Jesu Christo. Esta sola consideracion

era todo su consuelo en este valle de lágrimas. Pero Dios, en cuya mano está el número de nuestros días, había ya numerado los de Juan de Dios, y hallándole justo en su balanza, determinó darle la eterna recompensa de su caridad.

Mas para que no faltasen las piedades de este varon de misericordias, le sugirió de antemano instituyese hijos, que herederos de su espíritu exercitasen la caridad con los enfermos por todo el mundo christiano, y en todos los siglos posteriores. Asegurado así el patrimonio de su misericordia, y conociendo se acercaba su última hora, despues de haberse despedido de sus hermanos y enfermos, recomendándoles la caridad, union y amor recíproco; despues, repito, de haber recibido el sagrado Viático de mano del Arzobispo, á quien encomendó con mucha instancia sus pobres, moribundo como estaba, sacando fuerzas de su flaque-

za misma, se puso á orar de rodillas, y así entregó el espíritu en manos de su Criador, que antes y despues de su preciosa muerte se ha dignado distinguirle con innumerables milagros, haciéndole digno objeto de la veneracion de la Iglesia, de la aclamacion de los pueblos, y de la imitacion de sus hijos.

Este es, señores, el fiel y verdadero retrato de San Juan de Dios, cuya memoria celebrais. Su ardiente amor al Señor y su misericordia con el próximo le harán siempre pasar en los anales de la Iglesia por apóstol y víctima de la caridad, por tutor y padre de los pobres y enfermos, por defensor de la viuda, y asilo del huérfano; en una palabra, por modelo y exemplar de los verdaderos christianos, que se glorían de discípulos de Jesu Christo, por su amor á Dios y caridad con el próximo. *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.... et proximum sicut te ipsum.*

Solo resta, señores, que no seais ociosos admiradores de las sublimes virtudes de este héroe de la religion, que nació en lo interior de Portugal, vino á ilustrar vuestra patria, destinado por Dios para modelo vuestro. Su amor y caridad, que os edificaron por algun tiempo, serán vuestro mas terrible fiscal en el dia de la cuenta, si no le imitais en el cumplimiento de estos dos preceptos, en que consiste toda la ley. En vano pues os gloriareis de hijos de Abraham, si no corresponden vuestras obras. A vosotros tiene Dios encomendados sus pobres, sus pequeñuelos y enfermos. Vosotros sois sus administradores y tutores natos, y á proporcion que seais misericordiosos con ellos, lo será el Señor con vosotros; porque tiene revelado, que *en la medida que midiereis, habeis de ser medidos*. No os dexeis pues seducir del espíritu de avaricia, porque Dios no puede ser burlado ni enga-

ñado en el juicio de vuestra administracion. Considerad, en el pobre á Jesu Christo y dadle lo que la Providencia depositó en vuestras manos para su alivio. Asi cumplireis con el precepto de la caridad, fin de vuestra peregrinacion, y objeto principal de vuestros deberes. Este es el culto que Juan de Dios exige de vosotros, y este es el único medio de haceros dignos de las bendiciones de Dios, que vive y reyna, Padre, Hijo y Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

SERMON
DE SANTO TORIBIO
DE MOGROVEJO,

PREDICADO

EN EL CONVENTO DE MADRES CAPUCHINAS
al Santo Tribunal de la Inquisicion
de Granada. Año 1801.

*Quasi sol refulgens, sic ille effulsit
in templo Dei. Eccli. Luc. 8.*

Lució en el templo de Dios, como
sol resplandeciente.

ILLMO. SEÑOR.

Asi habla el Espíritu Santo, infalible apreciador del mérito, en elogio de Simon, hijo de Onías, aquel sumo Sacerdote que apoyó su casa, y fortaleció su templo; que curó á su

gente, y la libró de la perdicion; que amplificó la ciudad santa, y adquirió mucha gloria en la conversacion de su pueblo; que resplandeció como la estrella de la mañana en medio de la niebla, y que fue adornado con las virtudes de los mayores santos. Y las mismas palabras no dudo yo aplicar á la dulce memoria de un héroe de la religion de Jesu Christo, comparable á Abel por su piedad, á Abraham por su fe, á Moyses por su dulzura, á Finees por su zelo, y á los mas austéros solitarios por sus duras penitencias: habló de Santo Toribio de Mogrovejo, este hombre singular, suscitado por Dios en los últimos siglos para modelo de las mas sublimes virtudes, para zelador de su honra, exemplar de sus pastores, amplificador de su Iglesia, reformador de su disciplina, gloria y apoyo de este Santo Tribunal, y apóstol del nuevo mundo.

Bien quisiera, señores, dar á es-

tas ideas toda la luz de que son susceptibles; pero como la materia es tan extensa, y los oyentes por lo comun impacientes por la brevedad, ciñéndome á las palabras de mi tema, os lo representaré como un hermoso sol que iluminó en su tiempo á la Iglesia con el resplandor de las más sublimes virtudes. El asunto es de sumo interés, digno de esta cátedra, de mi héroe y de tan respetable auditorio. Pidámos las luces del Espíritu Divino por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla humildemente con el ángel.

Ave Maria.

Quasi sol refulgens

Para manifestaros á Toribio como un sol resplandeciente que iluminó á la Iglesia con sus rayos, no necesito, señores, presentaros aqui el cúmulo

de sus heróycas virtudes. El pormenor de todas ellas me llevaria muy lejos, dando ocasion á que se oyesen con disgusto las verdades mas importantes. No hablaré pues de su devota piedad, tan singular en Toribio, que aun siendo niño, miraba como su única diversion hacer altares, y ordenar procesiones, como otro S. Ambrosio; y que á imitacion de Samuel y de Ana la profetisa no acertaba á separarse dell templo, derritiendo su corazón como cera en la presencia del Señor. No hablaré de la pureza angelical de este nuevo Josef, que no solo supo triunfar de los asaltos de una muger lasciva y desenvuelta, sino que la convirtió á verdadera penitencia. No hablaré de su abstinencia y duras mortificaciones, que le hacian parecer un esqueleto animado á fin de sujetar su cuerpo y reducirlo á servidumbre como otro Pablo. No hablaré con extension de su caridad y misericordia, que cre-

ciendo con él desde su infancia, le hacian pasar como á otro Job por padre de los pobres, pies del tullido, ojos del ciego, tutor del huérfano, y defensor de la viuda. No hablaré en fin de otras muchas virtudes que obtuvo en grado heróyco. Fixame por esta vez su humildad y su zelo por la gloria de Dios, que fueron como virtudes características que le distinguen del común de los Santos, y como resplandores principales con que este sol iluminó la Iglesia. Reflexemos.

Como Dios destinaba á Toribio para luminar del Santuario, y gloria del Sacerdocio, le dotó desde luego de un excelente fondo de humildad para solicitar el cimiénto de las demas virtudes. Asi aunque oriundo de una de las mas ilustres y esclarecidas familias del reyno de Leon, conociendo que sus primeros ascendientes le habian dexado por herencia la muerte y el pecado, y que por consiguien-

te su primer título era el de pecador, jamas se dexó deslumbrar de la vanidad y orgullo de la vida. Ni pudieron pervertir la rectitud de su corazon los malos exemplos de muchos de sus iguales, que engreidos con los vanos títulos de su nobleza y opulencia, miran á los demas hombres como viles insectos, ó como sublunares y mixtos de otra naturaleza inferior á la suya, queriendo que se respeten sus pasiones, ó que se canonicen sus crímenes. Valladolid, Coimbra y Salamanca serán siempre testigos fidedignos y de mayor excepcion, que Toribio en sus estudios y conducta supo maravillosamente enlazar los mayores progresos en las ciencias, y exercicio de las virtudes mas sublimes con la humildad mas profunda.

¿Qué tienes que no hayas recibido? se reconvenia á sí mismo con S. Pablo. Y si lo has recibido, ¿por qué te glorias como si no lo hubieras recibido?

Figuraos, señores, á Toribio en el Colegio de S. Salvador de Oviedo como á otro Basilio en Atenas, que aventajándose á todos en las ciencias por su aplicacion y talentos, por huir del aura popular y los aplausos, escollos en que han naufragado muchas grandes almas, se refugia continuamente al templo á meditar en la grandeza de Dios y en su miseria propia: en aquella para ensalzarla, y en ésta para humillarse hasta el polvo de la tierra.

De una parte contempla á su Criador como un Sér supremo, que posee todo perfecto don, y lo derrama sobre sus criaturas; como una fuente inagotable de sabiduría, de santidad, de justicia, de virtud, de bello orden, de ciencia y de toda perfeccion. De otra parte se considera á sí mismo como el mas vil gusano de la tierra, desprecio de la plebe y oprobrio de los hombres, concebido en culpa, condenado en pena de ella á

vivir del sudor de su frente, expuesto á cada momento á ser presa de gusanos, combatido interior y exteriormente de los mas formidables enemigos, y próximo á caer en las manos de Dios vivo, que resiste á los soberbios, y solo exálta á los humildes.

Animado de estas verdades, fixa su vista en Jesu Christo, este libro abierto, que presenta á nuestros ojos el modelo mas perfecto de la verdadera humildad, y oye la voz del Salvador que le dice: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.* Palabras adorables que tuvo siempre Toribio altamente grabadas en su alma, despreciando todo lo terreno y á sí mismo, por lograr á Jesu Christo, segun la expresion de S. Pablo.

Soberbio lucifer, decia, que brillabas como el astro de la mañana, que decias en tu corazon ingrato, me elevaré sobre los cielos, pondré mi sólio sobre los astros de Dios, me

sentaré en el monte del testamento, subiré sobre las nubes, y seré semejante al Altísimo, tú caíste del cielo y fuiste precipitado en el profundo lago del abismo. Orgullosa Nabucodonosor, tú que te hacías adorar por Dios, fuiste arrojado de la compañía de los hombres, para habitar entre las fieras, y comer paja como los bueyes, hasta que reconocieses el dominio del Excelso. ¡O mi adorable Salvador! Vos os humillasteis por amor al hombre, hasta la muerte, y por tanto Dios os exaltó, y os dió un nombre superior á todo nombre, ante el cual se postran los cielos, la tierra y los infiernos. ¡O Madre del Divino Amor y la mas santa de todas las criaturas! porque te humillaste confesándote esclava del Señor, fuiste elevada á la altísima dignidad de Madre suya, y alabada de todas las generaciones.

Con estos ó semejantes soliloquios se humillaba Toribio hasta el polvo

de la nada. Ni fué posible que admitiese empleo alguno, sino por obediencia y dictámen de sus mayores, por el baxo concepto que de sí mismo tenia formado. Lejos de Toribio esta orgullosa altanería, con que lisonjea la ambicion á los hijos del siglo, haciéndoles creer que toda recompensa es corta á sus distinguidos méritos y servicios al santuario y á la patria.

No me detengo á manifestaros, cuanto agradaba al Señor esta humildad de Toribio. Baste decir, que mientras él mas se humillaba, mas era exáltado en la divina presencia; porque como reflexiona S. Bernardino, no atrae el imán con tanta fuerza al fierro, como la humildad á la gracia; pues el Señor que mira tan de cerca á los humildes, como de lejos á los soberbios, no sabe despreciar un corazón contrito y humillado, segun la expresion de un Profeta.

Asi quisiera permanecer Toribio desconocido de los mortales, y morir en su nido como inocente paloma, libre del tumulto del siglo, y de los tropiezos que trae consigo el gran mundo. Pero como Dios no crió la luz para que estuviese oculta, sino para iluminar su Santuario, movió el corazon del Rey á que le nombrase para una plaza de este régio Tribunal, á fin de que el que tanto habia trabajado por humillarse, exaltado por su diestra, empezase á promover la gloria de su nombre.

¡Qué confusion para Toribio! ¡qué ejercicio para su humildad! ¡qué de instancias no hizo para que le exonerasen de empleo tan difícil! Mas conociendo al fin ser voluntad de Dios, se rindió gustosamente al sacrificio de la obediencia. En el año 1575 entró Toribio á ilustrar este santo Tribunal, para zelar el bien de las almas y la gloria de su Criador. Seguidme atentos.

II. Nada hay, señores, tan difícil de desempeñar como este empleo, segun la reflexion de S. Gregorio. Necesita el que lo exerce un temperamento de virtud, que solo se encuentra en hombres extraordinarios; esto es, un zelo moderado por la prudencia, como dice el Eclesiástico, y una prudencia animada de zelo; de suerte, que ni la severidad infunda terror, ni la dulzura cause relajacion; que la humildad no dé lugar al desprecio, ni la superioridad haga orgullosos. Tu zelo dice S. Bernardo, debe inflammarlo la caridad, informarlo la sabiduria, afirmar lo la constancia, ardiente, circunspecto, invencible, discreto.

Tal fué el zelo de Toribio para con todos los reos de este santo Tribunal. Su objeto era convertirlos, no precisamente castigarlos. ¡Qué de correcciones paternales! ¡qué suaves amonestaciones! ¡qué frecuentes vencimientos no empleaba para gar-

narlos á Jesu Christo! Ni usó jamas del rigor de la justicia, sin haber antes apurado todos los medios de dulzura y afabilidad. ¡Cuántas veces no pernoctaba en la oracion, para obtener de Dios la conversion de estos enemigos declarados de la doctrina de su Iglesia! ¡Qué de limosnas! ¡qué de sacrificios! ¡qué de austeridades no dirigia á este fin! ¡Cuántas veces no castigaba en su inocente cuerpo los delitos de los reos, para calmar asi la ira del Señor, y atraer sobre ellos su divina misericordia! ¡Ah, señores! ¡qué no sabriamos de las conquistas del zelo de Toribio, si pudiese hablarnos el inviolable secreto de este santo Tribunal!

Mas estos son ensayos solamente del ardiente y caritativo zelo de nuestro héroe. Seguidle con la consideracion á las vastas regiones del Perú, á cuya capital Lima fué promovido de Arzobispo á los cuarenta y tres años de su edad, y admirareis

los mas gloriosos trofeos de su zelo en la conversion de las almas. En 1581 llegó Toribio á Panamá, primera escala del mar del Sur, donde experimentó nuevos peligros y trabajos despues de los ya experimentados en su larga navegacion: peligros en los caminos, peligros en los rios, peligros en los despeñaderos de las Andes, peligros de ser devorado por cocodrilos en el paso del Chagre; todos los sufre gustoso por ir á conducir el rebaño que Dios le habia encomendado.

Entró al fin en Lima, esta capital del Perú, mas célebre á la sazón por el tumulto de sus vicios y desórdenes, que por el inmenso número de sus habitantes, y toda ella mudó con su llegada de semblante. La usura, los juramentos, la mala fe, las blasfemias, el dolo, la injusticia, la ignorancia, el error y otros vicios capitales que estaban como de asiento en Lima, doblaron su dura cervíz, y

vinieron bien presto á ser trofeos de su apostólico zelo.

En observancia de lo ordenado por el Santo Concilio de Trento, salió Toribio á visitar su rebaño, para conocer sus ovejas, y ser conocido de ellas, conforme al oráculo de Jesu Christo dirigido á sus pastores. Los caminos mas ásperos, las montañas mas elevadas se suavizan y allanan á presencia de su ardiente zelo por la salud de las almas. Hecho todo para todos, como otro Pablo, amonesta, instruye, predica, oportuna, importunamente, catequiza, corrige con suavidad y fortaleza, infatigable siempre en promover la honra de su Dios, y ganar almas á Jesu Christo. ¡Qué hermosos fueron, Señor, los pasos de este Evangelista de la paz y de los bienes celestiales!

¿Mas quién es capaz de reducir á compendio los frutos abundantes de su zelo y trabajos apostólicos? ¿Qué solitud igual á la de Toribio, que pasa-

ba los días trabajando y las noches sin mas que un corto reposo; que bastaba por sí solo á catequizar el infiel, á dirigir el perfecto, á disputar con el herege, á convencer é instruir al libertino? ¿Cuántas veces no pasaba el peso del día, del calor y del frio por montañas escarpadas, sin mas alimento que su ardiente deseo de ganar almas para el cielo? ¿A cuántos peligros no se expuso por convertir á los indios salvages? ¿Cuántos trofeos no erigió sobre la idolatría? ¿Qué de concilios provinciales y diocesanos no celebró, para reformar la disciplina y las costumbres? ¿Qué fortaleza, qué constancia en sostener los inviolables derechos de Dios y de su Iglesia? Mientras durare la memoria de los siglos se leerán con admiracion sus trabajos apostólicos, y las gloriosas conquistas de su zelo, principalmente en aquellas vastísimas regiones, donde abundando tanto la mies, habia tan pocos operarios.

Alégrate, Iglesia santa, Sion Augusta, no digas ya que estás desierta: despójate de los vestidos de luto, y adórnate con los de tu mayor gala. He aquí un hijo que anduvo en obsequio tuyo mas de cinco mil leguas, casi siempre á pie, por montes donde apenas se veían las huellas de algunas fieras: un hijo, que reengendró en las aguas saludables del sacro Bautismo infinito número de almas: un hijo, que confirmó por su mano cerca de un millon de personas: un hijo, que estuvo por mas de veinte y cuatro años en un círculo casi continuo del altar al púlpito, y del púlpito al confesonario, pudiéndose contar el número de las conversiones por el de los oyentes y penitentes; y esto con tanta celeridad, como que marchaba siempre en alas de su caritativo zelo al socorro de sus hermanos.

En esta laboriosa tarea ocupaba Toribio los días y las noches, negando muchas veces á sus fatigados

miembros el preciso descanso, por ganar almas para el cielo. Pero el Señor, en cuya mano está el número de nuestros días, hallándole ya justo en su balanza, determinó llamarle á la eterna recompensa que merecia su apostólico zelo.

Quando le dieron pues la noticia, que su enfermedad era mortal, dixo inmediatamente con David: *Mucho me alegro de lo que me habeis dicho: iremos á la casa del Señor. Deseo, añadió con S. Pablo, ser desatado de los vínculos de la mortalidad, para estar con Jesu Christo.* Despues hizo le cantasen al harpa el salmo: *Credidi propter quod lacutus sum, ego autem humiliatus sum nimis;* y en el día Jueves santo á los sesenta y siete años de su edad, y veinte y cuatro de Arzobispo, entregó su dichosa alma en manos de su Criador. ®

Este es, señores, Toribio Alfonso de Mogrovejo, honor y gloria de su Colegio, de este santo Tribunal y de

244 SERMONES

la Iglesia de España. Su rara humildad y su apostólico zelo en sostener la causa de Dios, y promover la conversion de las almas le harán siempre pasar en los anales de la Iglesia por un sol resplandeciente que la iluminó con los rayos de su doctrina; que la edificó con sus virtudes; que la sostuvo en sus derechos con invencible fortaleza, y que la aumentó infinitamente en el número de sus creyentes. Digno por tanto de las bendiciones de Dios y de los hombres, de las aclamaciones de los pueblos, de la invocacion de los fieles, y de la devocion de este santo Tribunal, que debe siempre mirarlo como su Abogado, protector y norma en su delicado ministerio.

Suscitad ¡ó Dios mio! en vuestra Iglesia muchos Sacerdotes fieles, muchos vasos de eleccion, que animados del espíritu de Toribio, instruyan á los pueblos en vuestros adorables misterios, los exciten con su exemplo á

VARIOS. 245

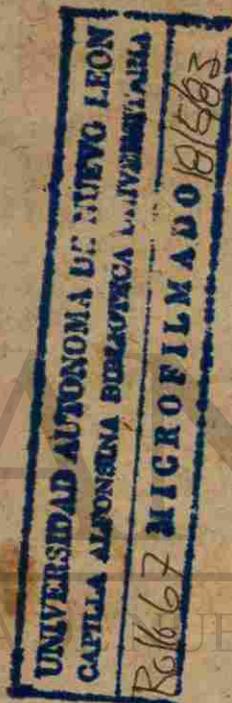
la observancia de vuestros divinos Mandamientos, y los conduzcan fielmente por las sendas de la justificacion, para que todos os conozcan, os amen y confiesen, que solo á Vos es debida la gloria, el honor y la alabanza por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

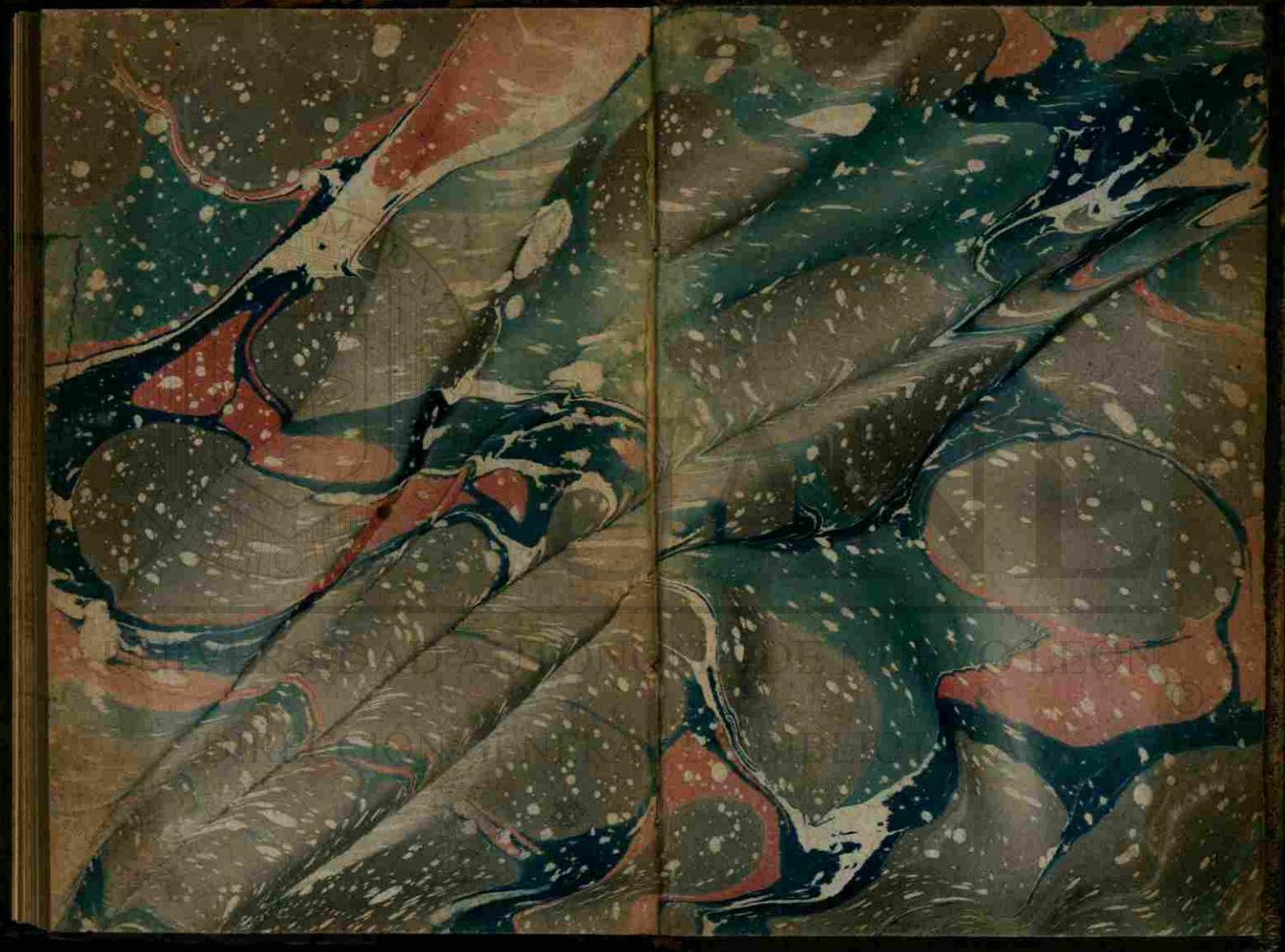
O. S. C. S. R. E.

*M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino.*

TABLA
DE LOS SERMONES
contenidos en este tomo.

Sermon de la Institucion del Santísimo Sacramento.	Pág. 1
Sermon de la Pasion de Jesu Christo.	33
Sermon del Patriarca S. Josef.	78
Sermon de la Feria VI post Dominicam V Quadragesimæ.	102
Sermon de S. Antonio Abad.	121
Sermon de Rogativa por la peste.	143
Sermon del Dulce Nombre de Jesus.	271
Sermon de S. Juan de Dios.	202
Sermon de Santo Toribio de Mogrovejo.	226







BIBLIOTECA DE NUESTRO TIEMPO